Poesías. Vol. 1. Estudios poéticos

Índice:

ADVERTENCIA

CARTA-PRÓLOGO AL EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

CARTA AL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO, MARQUÉS DE VALMAR.

PRIMERA PARTE: POESÍAS TRADUCIDAS

SEGUNDA PARTE: POESÍAS ORIGINALES

APÉNDICE : POESÍAS DE LA PRIMERA JUVENTUD (INÉDITAS O POCO CONOCIDAS)

POESÍAS — I: ESTUDIOS POÉTICOS

ADVERTENCIA

Vieja es la disputa y aún se mantiene en pie en nuestros días: ¿Fué Menéndez Pelayo poeta? Tal vez más de un lector de la voluminosa obra que llevamos publicada, ni siquiera se dé cuenta del terreno en que se plantea la cuestión; no nos referimos en la *pregunta que acabamos de formular al genio poético que anima, aún en los asuntos de pura investigación, toda la producción crítica y erudita de Dn. Marcelino, ni a las elevadas ideas y bellos pensamientos de que están sembradas por todas partes sus obras; ni siquiera a la prosa artística, sonora, con ritmo y medida, que brota espontánea de su pluma. Nos preguntamos sencillamente si Menéndez Pelayo fué lo que en general se entiende por poeta; es decir, un escritor que expresa sus pensamientos en la forma de ritmo y rima, estrofas y períodos que tradicionalmente se viene conociendo por poesía.*

Porque si Dn. Leopoldo Augusto de Cueto le elogia como a tal poeta, y Valera por poeta, y poeta genial, dice que le recibe en la Academia Española, y otros muchos de sus contemporáneos de España o Hispano-América, como Alarcón, Fernández-Guerra, Laverde, Caro, Gómez Restrepo Calixto Oyuela, etc., elogiaron con calor sus versos, no faltaron tampoco quienes con desdén los mirasen y hasta hicieran de ellos dura crítica. Valga como ejemplo de estos últimos aquel franco tirador literario de Valbuena que en sus Ripios Académicos *, mezclando una pobre crítica gramatical con un poco de política y un mucho de sal gorda, componía una mesa revuelta, a la que se sentaban con gusto murmuradores fáciles y escritores despechados;* los incomprendidos *de entonces y de todos los tiempos.*

«Clarín», el condiscípulo y apasionado amigo de Menéndez Pelayo, que tantos elogios hizo de los estudios de crítica literaria *de Dn. Marcelino, se colocó en un término medio: ni falto de inspiración, ni tampoco un poeta genial. Y el mismo Dn. Juan Valera templó más tarde los elogios que había hecho al principio en la* **[p. VI]** *Academia Española; veinte años después, al escribir el prólogo a los Estudios de erudición con que investigadores y extranjeros rindieron* Homenaje *al gran polígrafo español, escribe: «Yo creo que el Sr. Menéndez Pelayo es tan excelente escritor como notabilísimo erudito,* sin que le niegue tampoco el lauro de poeta».

En las antologías de la poesía española del siglo XIX aparecen turnando, según los gustos, la Epístola a. Horacio, La Galerna del Sábado de Gloria, y la Carta a mis amigos de Santander; *de las demás poesías de Menéndez Pelayo pocos se acuerdan. Y en cuanto a la crítica moderna e Historias de nuestra Literatura o no lo mencionan o tratan muy por encima el tema de la poesía de Menéndez Pelayo.*

Sin que entremos en el fondo de la cuestión, pues no es éste lugar apropiado, nos parece evidente que la figura colosal de nuestro gran crítico, ha oscurecido y dejado como en olvido al poeta. Le ha ocurrido algo de lo que él dice con referencia a Dn. Juan Eugenio Hartzenbusch, su predecesor en la silla académica: «El vulgo literario dió en tenerle por erudito, bibliotecario e investigador, más bien que por vate inspirador».

Y el caso es que Dn. Marcelino aspiró, desde muy joven, al lauro de poeta, y en ser poeta cifró su ilusión durante varios años, aún en medio de todos los otros triunfos de su pluma—polémicas sobre La ciencia española, Historia de los Heterodoxos, etc.—, y *triunfos en la cátedra, en las Academias y en el Congreso.*

Para la mayoría de los lectores será una sorpresa encontrarse con dos nutridos tomos de Poesías *de un autor que tal vez no es para ellos más que un poeta de circunstancias, un rimador erudito y de pelo rapado, en el que no habla más que la ciencia como musa inspiradora; no un vate inspirado por el numen, que suelta al viento su canto sonoro, semi-inconsciente y semidivino. Y subirá de punto su admiración al encontrarse en el* Apéndice, *que al primer volumen de* Estudios poéticos *hemos añadido, todo un largo Poema en octavas reales, escrito con facilidad asombrosa por un chiquillo que no había cumplido los 15 años, varios sonetos amorosos de corte clásico dedicados a su Belisa, y hasta una elegante composición latina, en la que, castamente velada por los dísticos, palpita una honda, pero ennoblecida pasión:*

> Oscula loquenti qui tibi rapiat, felix!
> Felix qui possit nuptam te ducere lectum,
> Fulmine contactus dummodo postea cadatl [1]

[p. VII] *He aquí una nueva sorpresa para el lector de este primer volumen de* Poesías: *Menéndez Pelayo tenía gran aptitud para la rima, componía con harta facilidad a pesar de lo que muchos han creído, «su Pegaso, dijo Valera, necesita más que espuela, freno». Y sin embargo, como se verá con frecuencia en varias de las poesías del segundo volumen, es decir, el correspondiente a* Odas, Epístolas y Tragedias, *al que igualmente hemos añadido otro* Apéndice *con poesías inéditas o no coleccionadas, Dn. Marcelino, huyendo de la rima que tan bien se le daba, busca ya una manera más personal en fondo* y forma; *olvida por completo la trompa bélica, aquella* lira

> *«Ministra un día de guerrero canto»*

no sueña ya con su Belisa ni con su Epicaris; huye de toda expresión romántica; ha roto los antiguos moldes desde que compuso su Epístola a Horacio, y está *aprendiendo a verter el viejo vino en odres nuevos; los pensamientos del mundo greco- latino cristianizado, en un verso blanco de intenso ritmo interno, en un libre cabalgar de estrofas, en un eco permanente de sonoridades, que le conducen insensiblemente a la prosa llena, rotunda y poética de algunos capítulos de los* Heterodoxos.

A la nueva forma de poesía pertenecen la Carta a mis amigos de Santander, La Galerna del Sábado de Gloria, A Lydia, Sus ojos, Elegía en la muerte de un amigo, Diffugere nives, A Aglaya, *el fragmento dramático* Séneca, y otras *varias.*

En ésta, que pudiéramos llamar, tercera edición de Odas, Epístolas y Tragedias, *no se repiten poesías ya insertas en el tomo de* Estudios Poéticos, como *se hizo en las ediciones anteriores, porque uno y otro libro los imprimimos ahora formando una Serie de las* Obras Completas *de Menéndez Pelayo, con el título de* Poesías I y Poesías II. *Esto facilita ya en gran parte la tarea de clasificar cronológicamente las composiciones de ambos tomos, cosa necesaria para quienes con todo este*

material,—creemos que completo—, que ahora publicamos, quiera hacer un estudio de Menéndez Pelayo poeta. *Porque, como ya dijimos antes, disputaron los contemporáneos, se muestran hoy diversos pareceres entre los críticos,* et adhuc sub judice lis est *sobre si /ué o no Dn. Marcelino poeta.*

RAFAEL DE BALDÍN LUCAS

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES

[p. VIII] N 0 T A S

Estos volúmenes de Poesías, por voluntad expresa de Dn. Enrique Menéndez Pelayo, que obedecería a un mandato de su hermano, han sido sometidos a la Censura eclesiástica.

Varias de estas poesías llevan notas de variantes en manuscritos autógrafos, en otras impresiones o en correcciones marginales de su autor. He aquí las siglas y abreviaciones de que nos valemos en las citas: L. T.= La *Tertulia;* R. C. A. = *Revista Cántabro-Asturiana;* Corr. de M. P. = corrección de Menéndez Pelayo; 0. E. T. = *Odas, Epístolas y Tragedias,* 2.ª edición.

No lleva esta Serie, como otras de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, catálogos de autores y materias; los juzgamos innecesarios por la índole del asunto; pero sí hemos puesto al final del volumen segundo un índice de primeros versos, que será de gran utilidad.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. VI]. [1] . El subrayado es nuestro.

POESÍAS — I: ESTUDIOS POÉTICOS

[p. 7] CARTA-PRÓLOGO AL EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

Mi antiguo amigo y querido compañero: Desea el brillante y estudioso joven D. Marcelino Menéndez Pelayo que yo escriba algunas páginas, como en señal de estimación literaria, al frente de sus *Estudios Poéticos.* Tengo escasa afición a los prólogos, que suelen ser ociosos encarecimientos o anticipaciones poco sustanciales de las ideas del libro, y prefiero satisfacer ahora la deuda que la amistad me impone, conversando un rato con usted acerca de esta colección poética y de las altas dotes literarias que adornan a su autor.

Muchas veces, con el contentamiento íntimo de quien ama de veras las letras, hemos hablado usted y yo de Menéndez, como de un hallazgo intelectual. Tesoro nos parecía en verdad, y tesoro de más valor que el que pueden constituir los diamantes y el oro, el peregrino conjunto de facultades literarias que rara vez se encuentran tan admirablemente unidas y hermanadas en un solo individuo. La erudición de Menéndez, que no es superficial y mal ordenada, sino bien asentada y robusta, sería para cualquier maduro entendimiento caudal magnífico de ilustración y sólido fundamento para dar rumbo certero al juicio y al examen crítico de las cosas humanas; para un joven de ventiún años, es simplemente un fenómeno extraordinario y hasta pasmoso.

Soñar con los aplausos científicos o literarios en los albores de la juventud, escribir versos, afanarse por alcanzar triunfos **[p. 8]** en las aulas; ésa es la historia honrosa de casi todos los estudiantes que sienten hervir en su pecho el ansia de la gloria. Pero encerrarse sin tregua desde la edad de catorce años en archivos y bibliotecas, para buscar, oscuro, reflexivo, incansable, sin excitación ni vigilancia de parte de la familia, sin la menor distracción mundana, no los medios fáciles de lograr desde luego halagos y estímulos del amor propio, sino las verdaderas y primordiales fuentes del saber; ésa es la historia única y exclusiva de Marcelino Menéndez. Ha trastornado en esto gloriosamente las leyes naturales de la vida. Todos empiezan dando pábulo a la fantasía, y dejan para más adelante las graves tareas de la reflexión y los martirios de la investigación científica. Menéndez antepone la reflexión a la fantasía, para que ésta halle después en sus vuelos más seguro y acertado camino.

Aun recuerdo que nuestro amado e ilustre companero Hartzenbusch, me habló alguna vez de un mozo de pocos años, que llamaba la atención en la Biblioteca Nacional por su asidua asistencia, por su corta edad, por su perseverante estudio, y hasta por la importancia de los libros y manuscritos cuya lectura solicitaba. ¿Quién había de ser este viejo de quince años, sino Marcelino Menéndez, que a los veinte se ha atrevido a escribir nada menos que la *Historia de los Heterodoxos Españoles,* esto es, a acometer una de las empresas más arduas, más comprensivas, más filosóficas y de mayor alcance crítico que pueden intentarse entre nosotros?

Usted, aludiendo a la dificultad de poner en claro y aquilatar hoy día la parte que hayan tenido en el movimiento filosófico moderno los sabios y los pensadores españoles, dice en uno de sus más bellos discursos académicos, que «sería pedir heroicidades pedir que alguien se ponga con paciencia a estudiar y a extractar volúmenes en folio, en latín casi todos, a fin de resumir y juzgar doctrinas que a pocos españoles interesan». Pues bien, las muestras que Menéndez ha dado y está dando de su

profunda perspicacia y de su animoso espíritu para desentrañar y sostener las verdades de la ciencia histórica, dan motivo a esperar que él sea uno de los raros y heroicos campeones del saber, que, lejos de arredrarse ante esos innumerables y gigantescos volúmenes de enmarañado lenguaje, cifran su gloria en desenterrar **[p. 9]** los tesoros del pensamiento humano en los siglos pasados, en hacer brotar luz purísima del caos de los archivos y bibliotecas, y en devolver a su patria el patrimonio de sus grandezas intelectuales, desconocidas o usurpadas por las naciones extranjeras.

Versado en las nociones abstrusas de la filosofía, y en la historia crítica y literaria de nuestra patria; helenista y latinista aventajadísimo; conocedor de varios idiomas modernos; doctor en Filosofía y Letras, premiado por sus felices estudios; bibliófilo sagaz e infatigable, que ha explorado ya con extraordinario fruto las principales bibliotecas de Europa: todo esto es Menéndez... Los que así viven en la esfera de la meditación y del estudio, suelen apartarse por necesidad y por instinto del campo risueño y fantástico de la poesía. No acontece esto a nuestro ilustrado joven. Abarca mucho más. Siente con intensidad la noble emoción de lo bello y el embeleso de la armonía y es delicado poeta y versificador gallardo.

Pero el hombre está lleno de contradicciones; es circunstancia ingénita e inevitable de su ser, y por eso nunca acertamos a comprenderle. Alguna sorpresa me causó leer la lista de los poetas traducidos por Menéndez, los cuales deben de ser, a lo que puede conjeturarse, sus poetas favoritos... ¡Cómo! Menéndez, que, con todo el brioso fervor de los polemistas antiguos, está siempre apercibido a romper lanzas con cualquiera que osa siquiera mirar de reojo las cosas santas de la religión y de la moral, escoge para un ostentoso ramillete de flores poéticas, vates livianos como Safo y Teócrito, obscenos como Catulo y Petronio, impíos como Lucrecio y Byron. Quiere presentar una muestra de poesía moderna italiana, y en vez de acudir a los hermosos himnos y cantos líricos de Mamiani, de Borghi, de Manzoni, u otros semejantes, traduce Los Sepulcros de Hugo Fóscolo, uno de los tres ilustres poetas italianos absolutamente contagiados de los rencores políticos de la Revolución Francesa. [1] Es una hermosa declamación poética, que ha cautivado a Menéndez por las galas del estilo y por las bellas imágenes paganas. Pero carece de la hechicera sencillez que es, en todas las literaturas, privilegio de los siglos **[p. 10]** clásicos. Los sepulcros no inspiran a Fóscolo las meditaciones, ni los sentimientos de humildad, de ternura, de piedad y de melancolía que ante la imagen de la muerte brotan naturalmente del alma humana. Sus reflexiones son acentos de orgullo. No piensa en el cielo, piensa sólo en la gloria terrestre. Es pagano en la forma, y a todos ésta nos complace; pero lo es mucho más en el fondo, y tanto, que se atreve a ensalzar los ritos gentílicos, y a menospreciar y a calumniar los usos y hasta los sacerdotes de la Iglesia cristiana. Puede decirse que es más pagano que los paganos mismos. Éstos tenían su cielo; Hugo Fóscolo no cree en él, y no le queda más religión en sus versos que la frase acerada de la ira impía y la vehemencia del odio político.

Pindemonte, a quien fué dedicada la obra, contesta a Fóscolo con otro canto a Los Sepulcros. Casi tan poeta y tan artista como Fóscolo, parece que completa y rectifica las ideas de su amigo. Siente y no declama. Antes que el renombre de los héroes y de los sabios, ve en la tumba la triste pero dulce ilusión de los afectos que interrumpió la muerte:

«¡Quante memorie di dolor comuni,
di comuni piacer!.....»

Ve asimismo en el camposanto el consuelo de las celestiales esperanzas. Dice a un desventurado que está orando ante el sepulcro de su esposa estos cristianos y bellísimos versos:

«Ma il solitario loco orni e consacri
religïon, senza la cui presenza
troppo è a mirarsi orribile una tomba.
. . . . . .
Nel rio, che si lamenta, e in ogni fronda
che il vento scuota, sentirai la voce
della tua sposa; con le amiche note,
sotto il suo busto, nella pietra incise,
ti parlerà: *Pon,* ti dirá, *pon freno,*
caro, a tanto dolor; felice io vivo.»

Menéndez, que ve bien claro todo esto, pero que se enamora del vuelo ambicioso de los versos de Fóscolo, los traduce con gran vigor y con sobriedad clásica. Aumenta esta sobriedad en los pasajes escabrosos; así es que corre su pluma como sobre **[p. 11]** ascuas en la invectiva contra los enterramientos cristianos, procurando envolverla y disfrazarla con atavíos de severa forma, y se guarda bien de traducir la *venal prece,* idea que, según él mismo me ha dicho alguna vez, le parece falsa, prosaica y de perverso gusto.

Quiere evocar la veneranda imagen de un prelado que, entona religiosos cánticos, y fija Menéndez su elección en el famoso Sinesio, filósofo alejandrino que asombró a Arcadio por la osadía de sus palabras en el último año del siglo IV, y que, proclamado obispo, aunque era casado, por el clero y el pueblo de Tolemaida, no renunció ni a su mujer ni a sus ideas paganas. Dudan mucho Villemain y otros críticos modernos de su sincera conversión y hasta de su bautismo; pero seduce la viva imaginación que resplandece en sus escritos, donde intenta amalgamar los principios cristianos con el vago y peculiar misticismo de la escuela neoplatónica. Menéndez no acierta a resistir en las letras a la tentación de lo bello, y su paráfrasis de la oda, que llama *teológica,* de Sinesio, da testimonio de su gusto alto y acrisolado. La oda empieza en tono poco episcopal, pero sube en seguida, merced sin duda en gran parte a la fantasía delicada de nuestro poeta castellano, a los más puros espacios de la idealidad cristiana. Es más; por obra y virtud de la peregrina habilidad de Menéndez, la poesía del semipagano Sinesio adquiere a veces la entonación sencilla, la candorosa gracia y el espiritual alcance de Fray Luis de León. ¿Quién no recuerda al leer las siguientes estrofas la elevación ideal de aquel gran pensador católico?

Sino aquella luz pura,
Aquella eterna fuente
De do mana el saber que siempre dura,
Que es la gloria esplendente,
Y la verdad, la ciencia y la hermosura.
. . . . . .
Allí brotó la llama

Del alto pensamiento,
Puro destello que el Señor derrama
Desde el sublime asiento,
Soplo vital que la materia inflama.
. . . . . .
De terrena existencia
Rotos los férreos lazos,
[p. 12] Has de volver, humana inteligencia,
Con místicos abrazos
A confundirte en la divina esencia.

No puedo, porque sería enojosa tarea, examinar las composiciones griegas escogidas por nuestro amigo. Pero no he de prescindir enteramente de la oda segunda de Safo, por la inmenssa celebridad de que ha gozado desde el retórico Longino hasta la era presente. La oda es tan misteriosa como su autora. A fuerza de ver ya ensalzado, ya vilipendiado por escritores de todos tiempos el nombre de esta mujer insigne, y de leer acerca de su vida tantas relaciones novelescas, inclusa la absurda y anacrónica de la pasión que inspiró a Anacreonte, el cual nació cerca de medio siglo después que la poetisa de Lesbos, entra el pensamiento en un mar de confusiones acerca de las verdaderas circunstancias de su situación social, de su carácter y hasta de su figura. Platón, Plutarco y muchos otros la pintan hermosa; Ovidio, que vivió seis siglos después que ella, y Pope, a veinticuatro siglos de distancia, la presentan fea y odiosa. La historia de su arrebatada pasión por Faón y su salto desde el promontorio de Léucade al mar Jónico, tiene visos de una mera invención legendaria; y tanto más que no faltan autores antiguos [1] que atribuyen este romántico suicidio por despecho amoroso, a otra Safo, hetaira, también lesbiana, mas no de Mitilene, sino de Eresa. Usted no ignora que el sabio alemán Ottfried Müller sostiene que *Faón* no es más que un personaje mítico, poéticamente celebrado por Safo. Lo único que puede llamarse histórico, es que Alceo, su contemporáneo, en los versos que a ella consagra, le manifiesta admiración profunda, llama divina a su sonrisa, y le expresa amor respetuoso. Herodoto también habla de ella en términos honrosos.

Mal se avienen estos atendibles testimonios con las repugnantes liviandades que escritores de épocas muy posteriores han atribuído a Safo. Le han aplicado, encarnizándose con ella, aquel terrible dicho, acaso humorístico, de Luciano: «No es a los hombres a quienes aman las lesbianas.» ¿Quién sabe si las acusaciones contra ella fulminadas, habrán nacido exclusivamente de su **[p. 13]** famosa oda A *la amada?* Esta oda es sin duda el modelo más acabado de las composiciones eróticas, pero ¡qué triste amor expresa! El amor de la sensación y no del sentimiento. No temo confesar que no he podido nunca dejarme arrastrar por el torrente de admiración que en edades antiguas y modernas ha producido esta viva pintura del encendimiento de los sentidos. Conozco su concisión ática, su verdad absoluta; imagino el hechizo, en oídos griegos, de la incomparable cadencia, magia y resonancia del idioma helénico; y todavía me parece esta obra, más que verdadera poesía, una descripción fisiológica perfecta y elocuente.

Algunos han creído que el verdadero título de esta oda no es *A la amada,* sino *Al amado.* [1] No sé qué pensar. Me holgaría de que así fuese. No tendría, al menos, el disgusto de imaginar que la antigüedad impúdica nos ha legado una obra que, por preciosa que por su forma sea, parece precursora de la monstruosa literatura que ha producido en nuestros días la novela titulada

Mademoiselle Girod, ma femme.

De las traducciones de esta oda tan admirada ¿he de decir la verdad? no me gusta ninguna: ni la de Boileau, ni la del inglés Philips, ni la de Delille, ni la de Castillo y Ayensa... ni siquiera la de nuestro Menéndez, que es una de las mejores. En todas encuentro pobreza de lengua y artificio de estilo. La imitación de Catulo me complace mucho más, tal vez porque el idioma latino se acerca más al griego, tal vez, asimismo, porque Catulo toma las palabras de Safo para hablar a su Lesbia, y esta poesía de sensualidad desaforada parece menos impropia bajo la pluma de un amante, que bajo la pluma de una mujer.

Siempre he profesado mala voluntad a las traducciones en verso de los poetas de la antigüedad, y el tiempo y la experiencia literaria no han hecho más que confirmar mi aversión. Una traducción poética de Homero, por ejemplo: cualquiera de las tres mejores, la de Pope, la de Voss, la de Monti, tiene necesariamente un sabor moderno, un esmero artificial que hiela a los lectores. ¿Cómo reproducir en el lenguaje poético de una sociedad refinada, que se paga de primores de ingenio, y se asusta de la desnudez de los cuadros y del estilo, la vigorosa ingenuidad de los poetas **[p. 14]** antiguos? ¿Cómo embelesar, ni conmover el corazón, ni acalorar la fantasía con la imagen y el recuerdo de costumbres, ritos e ideas de pueblos que creen, obran, piensan y sienten de un modo tan diverso del nuestro? Y esto en lenguas modernas, animadas de muy distinto espíritu, y en metros modernos, de especial acicalamiento y artificio, donde, al querer reproducir trabajosamente textos sánscritos, hebreos, griegos, persas, latinos o árabes, ha de asomar infaliblemente el filólogo antes que el poeta.

Y si esto acontece cuando acometen la arrogante tarea de traducir antiguos poemas ingenios como Menéndez, dotados de estro verdadero, ¿qué ha de ser cuando se arrojan a tamaña empresa meros humanistas sin imaginación y sin vuelo? Hermosilla, traductor de Homero, y Berguizas, traductor de Píndaro, eran indudablemente insignes helenistas. Sus versiones poéticas se caen sin embargo de las manos, y el lector, chasqueado, no puede menos de exclamar: ¡Y no son más que esto los grandes poetas que la historia, la voz de los siglos, la admiración universal ofrecen al mundo respectivamente como el arquetipo de la grandeza épica y de la sublimidad lírica!

Voss es el más fiel y escrupuloso de los traductores de la *Iliada.* El idioma alemán, por su cualidad especial de poder combinar varias palabras en una sola, se presta grandemente a la versión. El libro de Voss es glacial.

La traducción de Pope es la más elegante; y ya sabe usted cuánto han dado que decir sus británicos y modernos atildamientos, y las burlas que han provocado sus primorosas frases, como cuando Héctor tiende sus *tiernos* brazos (fond arms) al *amable* niño (lovely boy), y llama a Andrómaca con sentimental afectación *«la mejor parte de mi alma»* (My soul's better part). En la *Iliada* no se encuentra ni lo de *tierno*, ni lo de *amable*, y en vez de la frase, de moderna y algo *cursi* galantería, que Héctor dirige a la afligida matrona, Homero se limita a decir: DaimÕnie (noble mujer o digna mujer). No comprendió Pope y muy pocos han comprendido que las frases metafísicas del lenguaje moderno, acaso los idiomas mismos, son completamente impropios de Hornero, y que la grandeza de éste consiste principalmente en una mezcla de patriarcal llaneza y de barbarie heroica.

No hay duda; esta literatura de las traducciones poéticas de **[p. 15]** la antigüedad es ardua y

arriesgada; casi me atrevo a decir imposible. Si la traducción es absolutamente fiel (fílológicamente se entiende), ni las palabras modernas alcanzan a dar a la poesía el color y la intención de las antiguas, ni el vulgo de los lectores puede comprender, sentir y admirar. Si es libre y desembarazada, quedan desnaturalizados por fuerza el texto y el espíritu antiguo: la versión es entonces una temeridad o una caricatura o una calumnia literaria.

En esta familiar conversación, puedo decir a usted sin rebozo, porque él no ha de llevarlo a mal, que nuestro excelente amigo Laverde, con su alma pura y profundamente cristiana, ha advertido, algo compungido y pesaroso, la visible predilección literaria que Menéndez manifiesta al paganismo antiguo y al paganismo moderno. ¡No traduce a Klopstock, ni a Lamartine, ni a otros poetas en cuyas obras rebosa el sentimiento cristiano, y traduce a Chénier y a Fóscolo y a Lord Byron, que en nada creen! Desearían Laverde y otros amigos de nuestro brillante joven, que hubiera éste reunido a las flores poéticas de insano aroma que forman la mayor parte de su espléndido ramillete, otras muchas de no menos vistosos matices y de más pura, espiritual y consoladora influencia. Pero ¿quién, si conoce las circunstancias morales e intelectuales de Menéndez, no ha de absolverle por completo? La predilección pagana es evidente, pero no hay que ver en ella ni sombra siquiera de impiedad, de impureza, de escepticismo, ni de audacia. Es simplemente la predilección literaria del estudiante entusiasmado, del mozo helenista, que bebió el sentimiento de lo bello en las más nobles y mágicas fuentes estéticas que ofrece la historia del mundo.

No se precia por cierto de osado en estas materias nuestro querido joven. Para convencerse de ello, basta parar la atención en los pasajes escabrosos y comparar la versión con los textos respectivos. Siempre que frisan éstos con lo impío o con lo impúdico, Menéndez suprime o atenúa y modifica todo aquello que, traducido con fidelidad escrupulosa, podría lastimar los sentimientos que han nacido en las sociedades modernas de otros principios, de otras creencias y de otras costumbres. Suprime, por ejemplo, en el idilio segundo de Teócrito, la parte lasciva y descompuesta de la extraña relación de amores que la **[p. 16]** desdeñada Simeta dirige a la Luna; y no habrá usted dejado de notar que cuando, en este mismo idilio, alude la hechicera a aquella fea y repugnante costumbre, contraria a los instintos naturales, que con tan cándida barbarie se menciona a cada paso en la literatura de la antigüedad greco-romana, Menéndez elude hábilmente la dificultad en este verso:

> «No sé de *quién;* mas vive enamorado.»

La duda que expresa Teócrito no es tan vaga. Don José Antonio Conde, que, si bien puliendo un poco la pástoril rudeza, lo traduce todo, dice con franco estilo, expresando la celosa angustia de Simeta:

> «La madre de Filista mi flautera
> Me dijo estaba Delfi enamorado;
> *si de mujer o de varón* tenía
> amores, no sabía ciertamente.»

El sabio prelado mejicano, que acaba de publicar su esmerada y bella traducción de los bucólicos griegos, [1] resuelto a no ofender en caso alguno las leyes del pudor, comete a sabiendas en la versión *laudables infidelidades*, como él mismo las llama, y no habiendo de expresar, cual lo hace Conde, que Delfis, en sus extravíos amorosos, no distingue de sexos, le ocurre dar a las dudas de la madre de

Filista un carácter nuevo y completamente femenino. Traduce así:

«Entre varias noticias me ha contado
que Delfis se halla de otra enamorado:
Si es *virgen o viuda*
La buena anciana duda.»

¡Digno y noble prelado, que, convencido de que no es dable ni conveniente privar al mundo moderno del estudio de los modelos clásicos, arrostra, ilustrado y brioso, la traducción de la literatura pagana, expurgándola de las manchas morales que la envilecen y la afean!

[p. 17] Este elevado y sano miramiento a las costumbres ha obligado infinitas veces, como usted sabe, a los traductores cristianos, a convertir en garridas mozas y zagalas a los pastores y mancebos de los poetas del gentilismo. Hidalgo, vate andaluz, transformó en una lozana pastora al desdeñoso Alexis de Virgilio. [1] Pérez del Camino hizo primorosas doncellas de ciertos mimados mancebos de Catulo; y usted mismo, en su traducción de Schack, convierte en muchacha a un escanciador árabe.

Al ver a Menéndez tan cuidadoso de evitar cuanto puede sonar como escándalo en oídos delicados y timoratos, ¿quién se atreve a acusarle por su vehemente preferencia a las obras maestras del clasicismo antiguo? ¿Qué hombre de acrisolado gusto, incluso Fray Luis de León, que *labraba con manos cristianas* el mármol gentílico, no ha incurrido en este literario pecado? Y, en resolución, ¿qué toma Menéndez de los poetas antiguos de más temeroso renombre? De Petronio, una recia y elocuente sátira del desenfreno e ignominia de las costumbres de la decadencia romana; de Catulo, el elegante epitalamio de Julia y Manlio, que algunos juzgan traducción de Safo; de Lucrecio, la famosa invocación, que parece un canto cristiano, donde, con una grandeza, del sentimiento humano hasta entonces nunca empleada, se anatematiza inexorablemente, cual un martirio horrendo, el bárbaro sacrificio de Ifigenia.

Menéndez hace gala de su *paganismo* literario y artístico. Y ¿cómo no ha de hacerla, si sabe comprender y sentir las grandezas intelectuales y morales del mundo antiguo, si ve al Dante tan enamorado de ellas, que las ensalza sin medida, y hasta las santifica en sus versos? ¿Ha de ser Menéndez, en el siglo XIX, menos tolerante con los paganos sabios y virtuosos que lo fueron los ortodoxos de la Edad Media? Dante coloca a Trajano en el *Paraiso.* La Iglesia casi canoniza a Aristóteles, y el mismo Dante **[p. 18]** hace de él el más grandioso elogio llamándole *el maestro de los que saben,*

«Vidi il maestro di color che sanno.»

(Inferno, canto IV.)

Si alguien no hallase bastante clara y legítima la arraigada afición de Menéndez a los poetas de la antigüedad, que en nada amengua su rigorosa ortodoxia, lea su *Epístola a Horacio,* obra animada, sincera, vigorosa y profunda; elogio fervoroso de la belleza y de la cordura; magnífica apoteosis del gran poeta romano. Aquí ya no es Menéndez solamente el estudiante entusiasmado que, a los veintiún años, nos sorprende por los triunfos de su claro ingenio y de su estudio perseverante: es el hombre de

precocidad inaudita, firmemente asentado en el pedestal de la madurez y del talento, que siente, juzga y proclama grandes principios con la voz serena y poderosa de la convicción y de la verdad.

¿Cómo no ver la entereza del alma, el enérgico impulso de la conciencia, el arranque de la fantasía, en estos robustos y bellísimos versos?

«¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía...
Canta.de amor, de vinos y de juegos,
Canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
Quiero las calles de la antigua Roma,
Con Damasipo conversar y Davo,
Reírme de epicúreos y de estoicos,
Viajar a Brindis, escuchar a Ofelo,
Sentarme en el triclinio de Mecenas,
Y aprender los preceptos soberanos
Que dictaste festivo a los Pisones ...»
.....
«La antigüedad con poderoso aliento
Reanime los espíritus cansados,
Y este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime,
Sus fuerzas agotando en el vacío,
Por influjo de nieblas maldecidas
Que abortó el Septentrión, ante su lumbre
Disípense otra vez...»

[p. 19] Menéndez ha traducido con soltura y gracia a varios poetas modernos, especialmente a Byron y al catalán Rubió y Ors. Admira a Chénier, con razón, porque su gusto es acendrado; y especialmente, según yo creo, porque no pertenece a su época, porque es un verdadero adepto de las Musas paganas, porque cifra todo su conato en introducir el espíritu antiguo en la poesía francesa. Pero le admira con exceso, llamándole *divino* en su bellísima oda al poeta Cabanyes. Y, sin embargo, ¡cosa extraña!, no es Chénier el poeta que con mayor inspiración interpreta el poeta castellano. En la traducción de *La Jeune Captive* (la hermosa Amada, Duquesa de Fleury, encarcelada, como Chénier, en Saint-Lazare) resplandecen la gracia y la limpieza de estilo de Menéndez; pero no ha pasado a la versión española todo el encanto, toda la gentileza, toda la ternura sencilla, a la manera griega, que campean en el original francés.

No obstante, la escuela poética de Menéndez es al parecer la de Chénier, que éste define claramente en el siguiente verso:

«Sur des pensiers nouveaux faisons des vers antiques.»

¿Y qué me dice usted de los cantos latinos *goliardescos*, juguetón desenfado de una musa de veinte años? Erradamente juzgaría quien viese en ellos indicio de las aficiones de nuestro austero y morigerado Menéndez. Halló en Leyden una colección de poesías latinas estudiantescas *(Carmina variorum ludrica, selecta ad usum* lætitiæ), en las cuales se canta festivamente el amor y el vino, no como Anacreonte o Baltasar de Alcázar, sino por el estilo de nuestro obsceno *Cancionero de Burlas*, esto es, con la tabernaria franqueza que empleaban en la Edad Media los estudiantes juglares de las naciones septentrionales.

Menéndez no se aventura tanto; pero canta también la taberna, adonde de cierto no ha ido nunca. No le mueven en estos cantares, algo desmandados, ni la mujer ni el vino. Le mueve el antojo literario de imitar aquellos atrevidos versos escolares, y lo hace por cierto con donaire y desenvoltura. Son, a mi ver, sus versos *goliardescos* como una travesura poética, semejante a las que cometen los niños, por el gusto, de romper alguna vez las amarras de una educación severa y recogida.

[p. 20] Al terminar estos desaliñados renglones, que he tenido que escribir a la carrera, por apremiar el tiempo para la publicación de los *Estudios Poéticos*, me asalta el temor de disgustar a Menéndez con mis encarecidas alabanzas. Pero ¿qué importa? Él las ignora; se halla en este momento en Santander y cuando las vea impresas, se resignará, sin sentir por ello engreimiento de ninguna especie. Me complazco en creer que a su entendimiento *extraordinario* junta una modestia también *extraordinaria.* Bien la necesita para no caer en los desvanecimientos de amor propio en que caen tantos sin gran motivo, y que son una de las enfermedades morales más incurables y más enfadosas de la generación presente.

Con usted, amado, compañero, no me disculpo por dirigirle esta que ya va siendo interminable carta, pues sé que profesa, como yo, admiración y afecto al mozo privilegiado que nos permite ver, como una gloria futura de la patria, y como singular alianza de índole intelectual, al ferviente pagano literario en el más austero ortodoxo cristiano, y al poeta, ya fogoso, ya idealista, en el bibliógrafo obstinado y *benedictino.*

Madrid, 16 de mayo de 1878.

De usted muy afecto compañero

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

MARQUÉS DE VALMAR

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 9]. [1] . Fóscolo, Monti, Alfieri. Los han llamado burlescamente los Triunviros de la literatura italiana.

[p. 12]. [1] . Ateneo y otros por él mencionados.

[p. 13]. [1] . Pierron, Histoire de la Littérature Grecque.

[p. 16]. [1] . *Poetas bucólicos griegos,* traducidos en verso castellano por Ipandro Acaico.—Méjico, 1877.

[p. 17]. [1] . No se atrevió a tanto Fray Luis de León. Él traduce impertérrito la verdad, por desagradable que le parezca. Así empieza la égloga segunda:

> «En fuego Coridón, pastor, ardía
> Por el hermoso Alexis, que dulzura
> Era de su sefior ...»

POESÍAS — I: ESTUDIOS POÉTICOS

[p. 21] CARTA AL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO, MARQUÉS DE VALMAR.

DE LA MORAL Y DE LA ORTODOXIA EN LOS VERSOS [1]

Carta al Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar.

Mi distinguido amigo y querido compañero: Con gran placer he leído la discreta y amena carta que me dirige usted y que sirve de prólogo a las poesías de Menéndez Pelayo. Yo, que animé al autor a que las publicase, celebrándolas como en mi sentir merecen, me creo ahora en el deber de hacer público mi juicio, divulgando la alabanza. Nada más natural que dar a este juicio literario forma de carta, a fin de imitar a usted y contestar a la suya.

Harto sé que el mérito del señor Menéndez Pelayo no ha menester que yo le encomie para que brille y sea reconocido por todos. Usted, además, ha hecho ya en este punto cuanto hay que hacer, y poco o nada deja para mí. Sin embargo, la publicación de las poesías del señor Menéndez Pelayo suscita entre nosotros una cuestión muy debatida en otros países, pero que en España tiene cierta novedad, y sobre esta cuestión quiero yo dar mi parecer, en parte conforme con el que usted ha dado.

Como la cuestión ha nacido de las poesías mismas, tengo que empezar hablando de ellas.

[p. 22] El señor Menéndez, con sobrada modestia, las titula *Estudios.* No juzgándose quizá con inspiración propia o concediendo a ésta poco valor y amando mucho la forma poética y los primores de estilo, el señor Menéndez ha dado en su libro la preferencia a las traducciones y paráfrasis sobre las poesías originales. Las traducciones van primero y ocupan más de las dos terceras partes del tomo. Las poesías originales van al fin como humilde apéndice. Tal colocación y el título mismo de *Estudios* que lleva el volumen, muestran que su autor apenas se atreve a presentarse como poeta y se presenta como estudiante erudito y aficionado, en lo cual va ya contra lo que en España generalmente se cree y se usa.

Entre nosotros es idea común que la poesía depende de la inspiración y no del saber. El erudito predispone en contra suya a la generalidad de los lectores, los cuales deciden desde luego o sospechan que no puede ser poeta por lo mismo que es erudito. Casi todos imaginan que el saber es un peso que impide volar al poeta; que lo sabido no deja lugar para lo inspirado, y que la poesía viene a ser un producto misterioso e inconsciente del espíritu del hombre.

No pecaré yo de escatimar a la poesía lo que tiene o puede tener de intuitivo, de espontáneo, de influído por un estro celestial, de quien el mero discurso no se da cuenta. Hay cosas inefables en prosa, cosas que no acierta a expresar el más diestro empleo de la palabra humana, y que el poeta expresa de un modo vago por la inspirada melodía de sus canciones. Hay verdades que la ciencia no ha descubierto aún, que tal vez la ciencia no descubrirá nunca, y que el poeta adivina, columbra y deja entrever en sus versos, gracias a una intuición y a una inspiración maravillosa. Pero, ¿por qué

estos favores, por qué estas iluminaciones súbitas, por qué estos regalos del numen y estos a modo de besos que dan las musas, han de ser sólo para los ignorantes? Lo que podrá ocurrir es que mil ideas que el erudito o desecha por vulgares, o que, conociendo que son de otro o de todos, trata de revestir de peregrina forma, para que en esto al menos tengan novedad, cogidas al vuelo en la conversación, sean para los ignorantes tan inauditas y estupendas que se alucinen hasta soñar que son revelación de **[p. 23]** su genio; algo por donde ellos presumen que son objeto del caso divino y ministros y hierofantes de los númenes en este bajo mundo.

Basta lo expuesto para que se note la poca razón que llevan los partidarios de los genios incultos; pero la preocupación existe en nuestro país y más arraigada de lo que se cree, sobre todo desde la época del romanticismo. Si rara vez halló defensores francos por escrito, o, mejor dicho, por impreso, entienden los más que poesía y erudición son calidades punto menos que incompatibles. Nace de aquí algo a modo de divorcio entre los poetas legos o incultos que apenas saben la gramática y los eruditos cuando quieren ser o son poetas. Acontece además con frecuencia que, como los hombres prodigan con facilidad encomios a la memoria de cualquiera persona y son avaros de encomios al entendimiento y a otras facultades, a todo el que sabe algo y hace algo medianamente bien, si es erudito en un grado le suponen erudito de diez, a fin de achacar a su memoria lo que tal vez sea obra de su inventiva. Y, por el contrario, el genio inculto, por poco que sepa, hace gala de saber mucho menos aún, a fin de que se pasme el orbe todo viendo cómo adivina las cosas o cómo Dios se las revela sin que él se tome el menor trabajo.

Al considerar los dos bandos, de genios incultos por un lado y de eruditos por otro, casi siempre me he inclinado yo del lado de los eruditos y en contra de los genios incultos, cuya exuberancia vana y cuya lozanía resonante y sin sentido me cansaban. Pero confieso que de algunos años a esta parte he estado y estoy con frecuencia muy tentado a irme con los genios incultos y a huir lejos de los que admiran a los sabios. En tales extremos ha venido a dar, a mi ver, la sabiduría. El estudio de la estética y de otras filosofías primeras y segundas, el carácter enciclopédico y somero que hoy tiene el saber, la inconsistencia en las ideas o un sistema adoptado sin fe y por comodidad, al cual suelen ajustarse muchos haciendo gala de consecuencia y firmeza, han producido un género deplorable de poesía llena de sequedad sentenciosa, donde se aspira a desdeñar la forma por el fondo y donde el fondo suele ser a menudo alguna vulgaridad hinchada. Con relación a tales **[p. 24]** producciones, prefiero las de aquellos que no saben a punto fijo lo que van a decir. Tal vez, por una feliz casualidad, atinan a veces y dicen algo bueno, mientras que los poetas estéticos y filosóficos novísimos, ni por casualidad atinan jamás con la verdadera poesía.

Con lo expuesto se explica por qué el carácter literario del señor Menéndez Pelayo me es tan simpático, desde luego. El señor Menéndez no se precia de poeta inspirado porque Dios quiere, no desdeña el estudio afectando inspiración; pero su estudio es el que conviene al poeta y no se cifra en incongruentes e indigestas filosofías.

Poco ha vivido aún, y ésta, sin duda, es una de las razones por que crea pocas obras originales e imita o traduce; pero imita y traduce de donde debe y como debe.

Aquí surge ya la cuestión a que dan lugar estas poesías del señor Menéndez Pelayo.

Es de notar... ¿y por qué no decirlo todo, ya que hablamos en confianza, y que ésta es carta que yo dirijo a usted y no al público? Es de notar, repito, que cierta parcialidad política se ha atribuído la gloria de contar al señor Menéndez entre los suyos, y que dicha suposición ha sido corroborada por los contrarios, acusando al señor Menéndez por lo mismo que los otros le ensalzan. En suma, y para evitar perífrasis, el señor Menéndez es encomiado por unos como perteneciente a lo que llaman por excelencia partido católico, y es denigrado por otros con el apodo de neo-católico o ultramontano.

Miradas las cosas con imparcialidad, ni unos ni otros tienen razón. El joven de quien hablamos no ha mostrado hasta el día sus opiniones políticas. Y en punto a sus creencias religiosas, será, sin duda, muy buen cristiano; pero no con aquella violencia exclusiva de que en el día gustan algunos a fin de hacer efecto.

El señor Menéndez ni es ni puede ser un anacoreta, consumido por los ayunos y mortificaciones, agobiado por el peso de la edad o devorado interiormente por el fuego espiritual de amores sobresubstanciales. El señor Menéndez es un mozo de veintidós a veintitrés años, muy estudioso y aplicado, con más trato de libros que de mujeres, y con más afición al **[p. 25]** estudio que a los deportes; mas no por eso deja de ser joven, deja de ser artista y poeta, y deja de amar la hermosura de este universo visible, del cual es compendio y bellísimo resumen la criatura humana, con su alma y con su cuerpo, tal como Dios lo ha formado.

Ahora bien; si esto es así, como lo es, ¿qué tiene de pecaminoso ni de extraño que el señor Menéndez, sin incurrir en ciertos abominables extravíos que usted hace patentes en su carta-prólogo, ora traduzca, ora cante por sí, del amor y de la hermosura? ¿Acaso la religión cristiana se opone a esto y somete a todos los fieles a un ascetismo ineludible? ¿Va a ser clérigo o va a meterse fraile el señor Menéndez? ¿No puede estar enamorado de su Epicaris y celebrarla y describirla y ponderar su material hermosura, así como la del alma, sin ofender por ello los más recatados y severos oídos? Y, aunque el señor Menéndez hubiera de meterse fraile o cosa por el estilo, ¿qué haría más que Fray Luis de León y que Fray Diego González y que tantos otros en fingirse enamorado de alguna ninfa o pastora, a fin de que este género de poesía no faltase en su colección, y a fin de que no careciese su lira de una de las más suaves y musicales cuerdas?

La lira cristiana no ha desechado jamás el amor de las mujeres como uno de los más sabrosos y abundantes veneros de inspiración. Hasta los más rígidos doctores han encomiado a la mujer en este sentido, rayando en lo hiperbólico a veces. Así, por ejemplo, el famoso Padre Maestro Fonseca llega a sostener que a Dios, *en criando a la mujer, se le fueron los ojos tras ella,* y dijo: «Por ésta dejará el hombre al padre y a la madre.» Y cuenta también aquel hermoso panegírico que hizo Zorobabel de la mujer en presencia del rey Darío y de toda su corte, mientras que Apemen, que era la amiga del rey, daba a su majestad palmaditas y le quitaba la corona y le hacía otras donosas burlas, de lo que el rey recibía gran gusto. Por todo lo cual, visto el discreto elogio de Zorobabel, Darío le abrazó y colmó de presentes. Y refiere, además, Fonseca otros mil sucesos, todo para demostrar que está vinculado en las mujeres lo mejor de los placeres humanos. Y esto no por malicia., ni porque el hombre se instruya en lo malo, sino por **[p. 26]** instinto infalible. En prueba de cuya verdad cuenta el Padre Maestro una aventura que se lee en las vidas de los solitarios y anacoretas, y es que uno que se crió en el yermo desde chiquitito, llegó a ser hombre con barbas sin haber visto mujeres y sin saber lo que eran, hasta que vió a unas muy ataviadas y hermosas en cierta ermita. El mozo preguntó al viejo anacoreta, con quien iba, qué animales eran aquéllos, y el viejo contestó que eran demonios. El viejo preguntó a su

vez, muchos días después, al mozo, qué causaba mayor recreación en sus pensamientos, y el inocente contestó que los demonios que en la ermita había topado.

Y aunque este cuento le traiga Boccaccio profanamente, ya se ve que tiene bueno y santo origen.

Y sirviéndome aún de la grave autoridad de Fonseca, añadiré que los doctores cristianos celebran a la mujer por otros mil motivos, y singularmente por la piadosa liberalidad que usan, supliendo las menguas de los monasterios, enriqueciendo los altares, regalando misas a las ánimas del purgatorio y honrando con fiestas y novenas a los santos del cielo. Y asegura, por último, el Padre, que esto no lo hacen sólo las virtuosas y castas, sino las traviesas y alborotadas. «Una mujer, dice, por traviesa que sea, jamás deja sus rosarios, sus ayunos, sus devociones, sus oraciones, sus misas a Nuestra Señora y el abstenerse los sábados de grosura, y muchas veces los miércoles; cosas que, aunque no sean de merecimiento, ayudan para salir de la culpa.»

Ya se ve por lo expuesto la benignidad con que trata nuestra religión a las mujeres. No nos extrememos, pues, por lo severos. No condenemos el amor natural que las mujeres nos inspiran. Este amor, si no es cristiano, se debe tolerar en poco, como mal necesario. El amor místico hacia la mujer, ese sí que es intolerable.

Yo lo he dicho mil veces, y lo quiero repetir ahora: el amor místico y quinta-esenciado por la mujer, será cristiano; pero como son cristianas las herejías. No es esto decir que a mí no me agrade dicho amor en poesía, sobre todo si esta poesía es de Petrarca o de Dante. Hasta la absuelvo yo de la nota de herética, suponiendo que Laura o Beatriz es figura alegórica **[p. 27]** que representa la patria, la virtud, la ciencia, la teología; algo, en suma, de tan sublime y tan cercano a Dios, que casi, y sin casi, puede adorarse como atributo divino personificado, de un modo imaginario. Pero si en Laura o en Beatriz persistimos en ver meramente a una mujer de carne y hueso, fuerza será confesar, por mucho que la cosa nos deleite, que los poetas andan sobrados de adoración y se hacen idólatras, tomando lo humano por divino y por celestial lo terreno.

En este amor ultra-espiritual y místico hacia la mujer, hay además uno de dos vicios: o refinada hipocresía, a fin de que las incautas se fíen y no pongan su descuido en reparo, acerca de lo cual ya disertó chistosamente Byron en el *Don* Juan, [1] o algo de malsano y enteco que no deja de propender a lo vicioso. De ambas maneras, tiene el petrarquismo, ya por instinto, ya por reflexión ladina del poeta, notable afinidad con el molinosismo.

Mucho se podría disertar sobre este punto; pero con el propósito de hacer notar los peligros que esconde, me limitaré a observar lo borroso, vago y esfumado de los límites y fronteras, señales y mugas, que separan lo platónico de lo no platónico. El discretísimo Baltasar Castiglione, en su *Cortesano,* hace decir al famoso Bembo, valido de León X, y que amó sin duda platónicamente a Lucrecia Borgia, que el amor platónico se extiende hasta el beso en los labios.

Yo declaro a usted que al leer esto no puedo menos de sospechar que el divino Platón y Baltasar Castiglione y el cardenal Bembo, eran tres socarrones insignes y redomados; no acierto a creer en la buena fe y sinceridad de sus amores místicos; y hasta se me antoja que, fuera de los extravíos **[p. 28]** gentílicos que usted explica, no hay nada más lascivo en líricos griegos y latinos que este amor

espiritual del Bembo, que va hasta el beso, entendido como él lo entiende y expresa.

El amor místico de la mujer, no le quepa a usted duda, es un enredo engañoso y nada más; y, lejos de ser cristiano, está condenado por los verdaderos autores cristianos, los cuales, en vez de convertir, como el Bembo, hasta el beso en la boca en misticismo, toman y aconsejan que se tomen las precauciones más singulares a fin de no caer en la tentación. Los libros devotos y las historias eclesiásticas están llenos de estos abusos y ejemplos. San Buenaventura no quería que el hombre se sentase al lado de la mujer ni que le hablase al oído. «La conversación de la mujer es fuego», dicen mil autores. El venerable P. Murillo asegura que el aliento de la mujer enciende. «No hay que fiar en parentesco, por allegado que sea», exclama el mismo Padre. San Agustín sostiene que para triunfar de la mujer importa echar a huir en viéndola, etc., etc. Sería cosa de nunca acabar seguir citando. Basta lo que se cita para demostrar que en el amor del hombre hacia la mujer interviene siempre la sensualidad, y que los tales amores platónicos suelen ser perversión, malicia y sofistería.

En vista de todo lo dicho, no estoy, aunque me pese, de acuerdo con usted en las diatribas que lanza contra la segunda oda de Safo, tildándola de harto materialista.

En dicha oda, así como en el idilio de Teócrito, titulado *La hechicera*, que también traduce Menéndez, hay pasión amorosa, natural y franca; pero si carece esta pasión de los refinamientos alambicados del misticismo, no es por eso más inmoral que dicho misticismo, tratándose de amor entre mujer y hombre.

Por lo demás, creó que ese amigo nuestro, que usted recuerda y a quien trata de calmar, se ha excedido no poco, compungiéndose y apesarándose por el paganismo erótico de nuestro joven poeta. Éste ha sido tan delicado y circunspecto en la elección de composiciones para traducir y ha sabido velar tan púdicamente algún pasaje un poco vivo, al verterle a nuestro idioma, que casi todo lo podría leer la más recatada doncella sin comprender lo pecaminoso.

[p. 29] Conviene reflexionar también que hay libros para diversos fines; y que un libro, en que se trata de reproducir en una lengua viva la desnuda belleza gentílica, no es propiamente para las doncellas recatadas, sino para otro público, a quien de seguro no se le abrirán los ojos ni se le agriará la inocencia con leerle. Usted conoce de sobra esta verdad y aclara las cosas en su carta-prólogo, de suerte que, si una niña cándida la leyera, podría servirle de comentario y de ilustración para entender en los versos lo que sin carta-prólogo jamás hubiera entendido. Ésta es la mejor demostración de que el señor Menéndez Pelayo no ha traspasado los límites del más rígido y severo decoro. [1]

Si traduce el señor Menéndez a Catulo, no traduce ninguna de las muchas composiciones de dicho autor censurables por la obscenidad, sino el *Epitalamio de Julia y Manlio,* lleno de belleza moral y pura. Todos los otros versos que traduce y publica en el tomo el señor Menéndez, están igualmente exentos de impureza; como, por ejemplo, el *Canto Secular* y la oda XII del libro I de Horacio, la Olímpica XIV, de Píndaro; un fragmento de Petronio, la elegía de Ovidio a la muerte de Tibulo y el idilio de Bión a la muerte de Adonis.

Una composición bastante viva y primaveral ha traducido el señor Menéndez: el idilio de Teócrito, titulado *Oaristys;* pero se ha guardado bien de ponerlo en los ejemplares que destina al público,

incluyéndoselo sólo en dos o tres docenas de ejemplares, en papel de hilo, que a sus más íntimos ha regalado.

Andrés Chénier imita o parafrasea, más bien que traduce este idilio, mientras que nuestro joven poeta le traduce al castellano con concisión y fidelidad pasmosas.

[p. 30] Pero esta misma composición, que es la más libre de todas las del tomo, no se puede decir que sea viciosa ni inmoral, sino sencilla y harto cercana a la naturaleza. Es un diálogo entre un boyero y una muchacha que guarda cabras, la cual, previa palabra de casamiento, cede a las súplicas y atrevimientos de su amante.

Por lo demás, usted sabe de sobra que no hay esa solución de continuidad entre la cultura gentílica y la cristiana, que los acusadores y censores del señor Menéndez Pelayo quieren suponer, sin duda. A través de la Edad Media persisten el gusto pagano, el empleo de la mitología, las canciones báquicas y amatorias, las fiestas que tenían más del antiguo paganismo que del espiritualismo nuevo, y el entusiasmo fervoroso por la primavera, el amor y la fuerza fecundante que da vida a todos los seres.

Lo que vino con el Renacimiento fué el saber más fundamental de lo antiguo, la depuración del gusto literario, el estudio crítico de los buenos autores; pero no vino, porque ya estaba, y no puede menos de estar siempre por ser tan propio de la natural condición de los hombres, la afición a los deleites, el amor de la hermosura física y el epicurismo que se complace en los banquetes y en la bebida.

La poesía de la Edad Media dista mucho de haber sido siempre ascética y severa. Tanto la erudita, cuanto la popular, si es lícito y fundado, y si no es arbitrario hacer esta distinción, tuvieron en la Edad Media mucho de licencioso y pecaminoso. De ello dan testimonio nuestro arcipreste de Hita y no pocos versos de nuestros cancioneros y romanceros. De ello dan testimonio las otras literaturas, en las diversas lenguas vulgares de Europa, y las poesías latinas que han publicado y coleccionado Follen, Edelestand, Du Méril y otros.

El concepto, por consiguiente, de que hubo un paganismo antiguo, y de que después, desde el Renacimiento y la Reforma, el mundo se descristianiza de nuevo y nace el moderno paganismo, es un concepto completamente falso, en el cual, no obstante, fundan en el día muchos severos y religiosos críticos sus más crueles censuras. El antiguo paganismo ha persistido siempre sin extinguirse jamás. La cultura greco-latina, en lo que **[p. 31]** tenía de corrompido, ha sido condenada, si bien con poco fruto, por la cultura cristiana; pero en lo que hay en dicha cultura greco-latina de noble, de hermoso, de poético, de delicado, de conforme con las más brillantes y egregias condiciones y prendas de nuestro ser de hombres, la cultura cristiana ni ha borrado ni ha querido borrar un tilde; antes bien, todo ello, filosofía, ciencia, poesía, arte, ha entrado como elemento, si humano preciadísimo, en el acervo común de la civilización más ortodoxa.

En este sentido el señor Menéndez Pelayo es pagano; muestra esa visible predilección que usted afirma que sus amigos lamentan; pero lo que se puede y debe afirmar es que es grecolatino, esto es, que todavía, después de dos o tres siglos, durante los cuales se diría que los pueblos del Norte, los germanos, tienen la hegemonía de la civilización, el señor Menéndez Pelayo se obstina en creer, con fe profunda en nuestro destino, que el cetro civilizador no ha sido arrebatado de entre las manos de

los pueblos románicos, de las naciones europeas, cuyas costas el Mediterráneo baña con sus ondas azules, y cuyos campos dora un sol más radiante y fecundo.

Por esta creencia del señor Menéndez Pelayo se explica bien su predilección a lo clásico, sin tener que condenarle por pagano. En medio de todo, su paganismo no le extravía; y me pesa de que usted mismo se haya dejado arrastrar casi insensiblemente de la exagerada *pudibundez*, que hoy se estila en lo escrito e impreso, y que por desgracia dista infinito de estar en las costumbres, hasta decir que *flores poéticas de insano aroma forman la mayor parte del espléndido ramillete*, o dígase de los Estudios poéticos del señor Menéndez Pelayo. ¿Quién sabe?, me digo yo; tal vez mi moral sea más relajada; tal vez tenga yo embotado el olfato púdico; sin duda carezco de aquella sutil sensibilidad de narices que tuvieron varios santos, como San Felipe Neri y Santa Catalina de Sena, por donde percibían al punto el *insano aroma* de todo lo deshonesto. Lo cierto es que yo no percibo *el insano aroma* en las flores poéticas del señor Menéndez Pelayo. Me inclino, no obstante, a sostener que en las traducciones de latinos y griegos no hay tal *insano aroma.*

Más bien se muestra algo más libre y atrevido el señor **[p. 32]** Menéndez Pelayo en dos composiciones que ha escrito como facetia erudita, y en las cuales, lejos de imitar las obras de la docta antigüedad clásica, imita fiel y dichosamente la poesía popular de la Edad Media; pero estas dos composiciones están en latín, que, si bien fácil y llano, no creo que entiendan todos, y mucho menos las mujeres. Por otra parte, el desenfado, la juvenil alegría y hasta la licencia de estas composiciones del señor Menéndez, no son nada en comparación de la desvergüenza de las composiciones estudiantescas que le sirven de modelo.

No pocas de las tales composiciones báquicas y amatorias, cantadas por estudiantes y compuestas a menudo por sacerdotes, como, por ejemplo, el célebre Gualtero Mapes, arcediano de Oxford, son de una insolencia grande, que nuestro joven poeta se guarda de imitar, y están llenas del paganismo más crudo, mezclado, con frecuencia, en irreverente y sacrílego maridaje, con ideas y sentimientos cristianos. [1]

[p. 33] No faltaban santos, como San Urbano, San Nicolás y San Martín, a quienes la gente alegre había convertido en patronos de sus desafueros, francachelas, comilonas y lascivias. Así es que, en la fiesta de San Martín, pongo por caso, se cantaban himnos de lo más licencioso que es posible imaginar, donde se llama a la fiesta a dioses como Baco, Pontina y Sileno; a otro dios que no nos atrevemos a designar sino con el epíteto de *ithyphallus*, cuya ferocidad queda velada entre los pliegues del idioma helénico, y a las bacantes que a dicho dios ithyphallus son tan apasionadas.

Du Méril trae en su colección muchas de estas canciones báquicas y amatorias, compuestas las más por o para estudiantes; donde se canta de vino, de mujeres, de amores y deleites; donde se celebra la vuelta de la primavera, en el tono del Pervigilium Veneris, que fué muy imitado en toda la Edad Media; y donde a menudo ofenden más las impurezas, porque son más crudas o más grotescas y menos elegantes que en los poetas gentílicos de la antigüedad clásica.

Así, por ejemplo, el mismo asunto del idilio Oaristys, de Teócrito, que traduce el señor Menéndez, está en un cantar, medio en alemán, medio en latín, compuesto por estudiantes, pero con la notable diferencia de que en Teócrito es inocente todo, y acaba en boda, y en el cantar estudiantesco termina

así:

Ipsa tulit camisiam,
Die beyn die waren weiss.
Fecerunt mirabilia,
Da niemand nicht um weiss.
Und da das spiel gespielet war
Ambo surrexerunt,
Da giemg ein jeglichs seinem Weg
Et numquam revenerunt.

En las dos poesías latino-bárbaras o populares y estudiantinas del señor Menéndez, están el estilo y las ideas y las expresiones tan bien imitadas que dichas poesías no parecen escritas ahora, sino halladas en antiguo códice y escritas en el siglo XIII por algún escolar de Salamanca, el cual leía más en el Arte de amar que en las Decretales. Así exclama:

[p. 34] *Nec Decretalia lego,*
Nec libros Pandectarum,
Erit mihi solus Naso
Magister Sententiarum.
. . . . . .

Uror amore puellae,
Nec jam maturam sperno;
Illa est decora facie,
In hac sapientiam cerno.
Non solum pulchritudine
Sed venustate capior,
Et lascivienti risu
Cultu et munditiis rapior.
Et mauras et judaeas
Simul fideles amo;
Et fremens sicut cervus
Pro eis semper clamo.
. . . . . .

Scio ludere alea,
Et cantilenas pangere,
Et rhytmice saltare,
Crumata et tibiam tangere.
Scio vina discernere
In poculis commixta;
Agnosco odorem aquae
Fugio velut arista.
In potatorio carmine

Nulli secundus cedo,
Et carmina pro poculis
Omni pincernae reddo.
Sum vagus sicut ventus
Et liber sicut avis;
Me rapiet usque ad mortem
Illa stultorum navis.

Creo yo que con lo que he expuesto hasta aquí; lo cual no viene a impugnar, sino a corroborar lo que usted tan discretamente expone, queda absuelto nuestro amigo de las acusaciones de paganismo en cuanto a lo moral.

En cuanto a lo metafísico o dogmático, las acusaciones son vagas e infundadas. Si traduce el señor Menéndez el principio del poema de Lucrecio, con la invocación a Venus, el elogio de Epicuro y la invectiva contra la religión, lo hace **[p. 35]** por amor al arte, y no porque sea materialista y ateo como Epicuro y Lucrecio. Es evidente que nuestro poeta, al referir el sacrificio de Ifigenia, puede exclamar con el poeta latino:

Tantum religio potuit suadere malorum,

sin que sea extensiva la reprobación a todas las religiones, sino limitándose a las falsas, crueles y sedientas de sangre.

Ni traduce o imita Menéndez Pelayo el *Canto de los sepulcros* de Fóscolo, algunas composiciones de Andrés Chénier, como *El ciego y El joven enfermo,* y la oda A *Venus,* del portugués Filinto, porque sean estos poetas paganos del nuevo paganismo, sino porque estos poetas son excelentes poetas.

De Byron ha imitado Menéndez el *Himno a Grecia* (Canto III del *Don Juan);* pero, ¿qué hay en este himno, bellamente imitado, que se oponga a los sentimientos y creencias del cristiano? ¿No se llama en este himno a nueva vida, recordando sus pasadas glorias, al pueblo, en cuyo seno, y con el auxilio humano de cuya lengua, letras y filosofía se formó, mediante la inspiración celestial, el dogma de nuestra fe? ¿No se le excita para que recobre la libertad, peleando contra los infieles que le tienen oprimido?

Por otra parte, hay que considerar que el poeta, ora sea imitador, ora traductor, ora invente asunto y todo, no tira a demostrar o probar cosa alguna, sino a crear o a reproducir la belleza, dondequiera que la halla. El poeta es impresionable, y no hay que pedirle estrecha cuenta de sus impresiones y entusiasmos, ni tratar de ponerlos en armonía, ni menos de eslabonarlos formando sistema.

Ya, con los años, el señor Menéndez, que no es sólo poeta, sino pensador y filósofo y prosista fecundísimo dejará consignadas sus creencias, doctrinas y opiniones con la debida trabazón dialéctica. Es prematuro e impertinente querer rastrear hoy todo esto por traducciones o imitaciones poéticas donde el entusiasmo del joven poeta y erudito puede nacer de la forma y no del fondo, de las imágenes, de la expresión y de los afectos y no de las doctrinas.

Tal vez la obra maestra del señor Menéndez, entre otras traducciones, es la que ha hecho del *Himno de Prudencio en* **[p. 36]** *loor de los mártires de* Zaragoza. En verdad que aquí no peca de pagano. El himno es cristianísimo. Pasma la energía de la obra original y la no menor energía con que está traducida. Pero, ¿será por eso el señor Menéndez responsable de lo que Prudencio siente y cree? ¿Será su cristianismo tan sombrío y entusiasta de la sangre como el del antiguo poeta hispanolatino? ¿Creerá el señor Menéndez que la fin del mundo está cercana, que Cristo va a venir fulminando a juzgar a las gentes, y que los ángeles de cada ciudad se presentarán ante Él para calmar su ira, trayéndole, en azafates de oro y cual rico presente, huesos y sangre, y llagas, y miembros humanos destrozados y cubiertos de cicatrices y gangrena? Es innegable que el señor Menéndez, cuya imaginación poética es cual claro espejo, reproduce todo esto porque es sublime, aunque sea feroz; y, sin sentir como Prudencio en lo real, siente artísticamente como él, dando idea de lo que, en la época terrible de la caída de la antigua civilización, ocupaba el espíritu de los hombres más egregios y de los poetas más inspirados.

Algo parecido es conveniente decir acerca de una oda de Sinesio (la primera), que el señor Menéndez imita o traduce con mucha libertad. La oda es bella, está llena de elevados sentimientos y aspiraciones. Su dicción recuerda la de nuestro Fray Luis. No nos metamos, pues, en honduras, ni decidamos aquí hasta qué punto el misticismo de Sinesio tiene algo de panteísta, de emanatista, de neo-platónico o de gnóstico, no de buena ley, sino herético. Yo tengo para mí que cuanto dice Sinesio es ortodoxo; hasta lo último de que el alma ha de ir:

> *Con místicos abrazos*
> *A confundirse en la divina esencia.*

Traduciendo literalmente, dice el poeta griego: «abrazado con el Padre, diosa en Dios te deleiterás.»

Pero, en fin, sean como sean estos atrevimientos místicos, ni el señor Menéndez va a poner la traducción de la oda en un libro de oraciones, ni va a hacer de ella una adición al catecismo. Baste para nosotros que la traducción del himno de Sinesio, sea bella, aunque demasiado libre, y aconsejemos al señor Menéndez que traduzca también los otros siete himnos **[p. 37]** que de Sinesio se conservan, si bien procurando ceñirse más al original, que bien puede.

El señor Menéndez tiene admirable facilidad para el trabajo; pero su ardor, su fuga, su impaciencia son más admirables, si bien le perjudican a veces. Se diría que todo lo quiere hacer a escape. Y en verdad que a escape lo hace todo. No se comprende de otra manera cómo en los pocos años que lleva de vida ha escrito tanto, ha leído y ha aprendido tanto.

No es de extrañar que haya a veces algo de endeble y desmayado en sus traducciones, como, v. gr., la traducción de *La joven cautiva*, de Andrés Chénier, la menos dichosa de todas, y que se queda a cien leguas de la composición original, quizá la más bella del poeta galo-greco, y una de las más bellas que en francés se han escrito. En cambio, ya hemos dicho que en otras traducciones es el señor Menéndez insuperable.

Usted, amigo mío, encomia con razón y fundamento, a par que las traducciones, las pocas poesías

originales del señor Menéndez. Aunque me haga eco de lo que usted dice, quiero y debo acompañarle en sus alabanzas.

Entre estas poesías originales hay dos, en mi sentir, de primer orden: la *Epístola a Horacio*, y la *Oda a la memoria del poeta catalán Cabanyes, muerto en la flor de su edad.*

En ambas composiciones explica Menéndez de un modo magistral su teoría del arte, e insinúa, con el precepto y con el ejemplo, aquella sentencia de Andrés Chénier, que es el principio capital de su doctrina:

Sur des pensiers nouveaux faisons des vers antiques.

Pero ya es tiempo de que yo termine esta carta harto prolija y desordenada. Convenimos en todo, y mi propósito al escribirla ha sido corresponder a la amabilidad con que usted me honra escribiéndome la suya, a que contesto, y dar también, valga por lo que valga, testimonio ante el público del extraordinario valer literario y poético de nuestro joven y modesto amigo. Éste no se ha mezclado hasta ahora en negocios políticos, mas no lleva trazas de ser lo que llaman vulgarmente un *neo;* y si alguien le elogia, imaginando que lo es o lo ha de **[p. 38]** ser, ya puede desengañarse y cesar en el elogio, que el señor Menéndez no perderá nada.

Usted ve en el señor Menéndez, como en singular alianza de índole intelectual, a un ferviente pagano literario, a un austero católico ortodoxo, a un poeta ya fogoso, ya idealista, y a un bibliógrafo obstinado y benedictino . Yo veo también algo de esa alianza, aunque no la encuentro singular, y entreveo y columbro que ha de salir de ella cierta combinada unidad, de cuyos caracteres y condiciones ya hablaremos dentro de algunos años, si vivimos para entonces.

Entretanto, consérvese bueno, y créame su afectísimo amigo,

JUAN VALERA.

Madrid, 1878.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 21]. [1] . *Nota del Colector.*— Como contestación a la Carta-Prólogo anterior publicamos ésta del Sr. Valera, que, por ser posterior a la impresión de los *Estudios Poéticos*, no pudo aparecer en la primera edición, pero que Menéndez Pelayo tenía el propósito de intercalarla si hacía reimpresión de su primer libro de versos. Publicada en *Obras Completas de* Juan Valera, tomo XXIV, págs. 283-311.

[p. 27]. [1] . Allí se desata Byron en injurias contra Platón, exclamando:

> *Oh Plato! Plato! you have paved the way*
> *With your confounded fantasies, to more*
> *Immoral conduct by the fansied sway*

Your system feigns o'er the controlless core
Of human hearts, than all the long array
Of poets and romancers: you 're a bore,
A charlatan, a coxcomb; and have been,
At best, no better than a go-between.

[p. 29]. [1] . Es evidente que usted y yo, en nuestras cartas, prólogo la una y juicio la otra, nos hemos engolfado en lo pecaminoso, con ocasión de censurarlo, aclarándolo todo, y poniendo puntos sobre las íes; lo cual no puede menos de ocurrir, siendo nosotros críticos analizadores. Así es que, al libro del señor Menéndez, si se considerarse formando un todo con nuestras cartas, le sucedería lo que a las ediciones expurgadas de los clásicos para uso de los estudiantes, en las que dice Byron, con chiste, en el *Don Juan*, que todo lo malo está luego reunido en un apéndice:

Which saves, in fact, the trouble of an indez

[p. 32]. [1] . Las composiciones de Guillermo Mapes son a veces muy graciosas, y justifican el título de Anacreonte inglés que le dieron en su tierra. No puedo resistir a la tentación de poner aquí una de estas composiciones, que dice:

Mihi est propositum in taberna mori,
Vinum sit appositum morientis ori.
Ut dicant, cum venerint angelorum chori:
Deus sit propitius huic potatori.
Poculis accenditur animi lucerna;
Cor imbutum nectare volat ad superna;
Mihi sapit dulcius vinum in taberna,
Quam quod aqua miscuit praesulis pincerna.
Suum cuique proprium dat natura munus;
Ego numquam, potui scribere jejunus;
Me jejunum vincere posset puer unus;
Sitim et jejunium odi tamquam funus.
Tales versus facio quale vinum bibo,
Non possum scribere nisi sumpto cibo;
Nihil valet penitus quod jejunus scribo,
Nasonem post calices facile praeibo.
Mihi nunquam, spiritus prophetiae datur,
Nisi cum fuerit venter bene satur;
Cum in arce cerebri Bacchus dominatur,
In me Phoebus irruit ac miranda fatur.

[p. 41] PRIMERA PARTE : POESÍAS TRADUCIDAS

ODA PRIMERA DE SAFO

Poikilóqron' ¦qan§t 'Afrodˆta

¡Oh tú en cien tronos Afrodita reina,
Hija de Zeus, imnortal, dolosa:
No me acongojes con pesar y tedio
Ruégote, augusta!

Antes acude como en otros días,
Mi voz oyendo y mi encendido ruego;
Por mí dejaste la del padre Jove
Alta morada.

El áureo carro que veloces llevan
Lindos gorriones, sacudiendo el ala,
Al negro suelo, desde el éter puro
Raudo bajaba. [1]

Y tú, oh dichosa, en tu inmortal semblante,
Te sonreías: «¿Para qué me llamas? [2]
¿Cuál es tu anhelo? ¿qué padeces hora?» [3]
Me preguntabas.

«¿Arde de nuevo el corazón inquieto?
¿A quién pretendes enredar en suave
Lazo de amores? ¿Quién tu red evita,
Mísera Safo?

Que si te huye, tomará a tus brazos,
Y más propicio ofreceráte dones,
Y cuando esquives el ardiente beso,
Querrá besarte.»
[p. 42] Ven, pues, oh Diosa, y mis anhelos cumple,
Liberta al alma de su dura pena;
Cual protectora, en la batalla lidia
Siempre a mi lado. [*]

Santander, 5 de enero de 1875.

[p. 43] ODA SEGUNDA DE SAFO

Faˆneta‹ moi ke’noj ’soj qeo’sin.

Igual parece a los eternos Dioses
Quien logra verse frente a ti sentado.
¡Feliz si goza tu palabra suave,
Suave tu risa!

A mí en el pecho el corazón se oprime
Sólo en mirarte; ni la voz acierta [1]
De mi garganta [2] a prorrumpir, y rota
Calla la lengua.

Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
Presto discurre; los inciertos ojos [3]
Vagan [4] sin rumbo; los oídos hacen
Ronco zumbido.

Cúbrome toda de sudor helado;
Pálida quedo cual marchita yerba;
Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte,
Muerta parezco.

Santander, 6 de enero de 1875.

[p. 44] ODA DE ERINA DE LESBOS

A LA DIOSA DE LA FUERZA

Ca’rž moi Rëma qug§ter ,Arhoj.

Hija de Ares, belicosa *Fuerza*,
Mitra de oro tus cabellos ciñe;
Diosa potente, en la estrellada [1] cumbre
Moras de Olimpo.

Salud, oh reina; concedió a ti sola
Poder inmenso la vetusta Parca,
Para que el cetro universal temido

Rija tu mano.

Y tú encadenas con robustos lazos
Mares y tierras [2] al imperio tuyo,
Y así dominas, de temor segura,
Pueblos y reyes.

El tiempo mismo, que ligero vuela
Y corta el hilo de la humana vida,
No te conmueve, y, al tocarte, exhala
Plácido aliento.

Porque tú sola los varones crías
Armipotentes en la lid sañosa, [3]
Como de espigas Démeter fecunda [4]
Cubre los campos.

Santander, 20 de marzo de 1875.

[p. 45] A ASÓPICO ORCOMENIO

VENCEDOR EN EL ESTADIO

Kafhsˆw n Ûd§tw n laco'sai.....

(Pind. Olimp. XIV.)

¡Oh reinas del Cefiso, guardadoras
Del Orcomenio suelo;
Que habitáis las riberas productoras
De los corceles de fogoso vuelo!

Propicias escuchad, Gracias divinas,
Los ecos de mi canto,
Las que amparáis a los antiguos Mynas,
Vírgenes puras de inmortal encanto.

De vosotras proceden soberanos
El bien y la belleza;
Por vosotras se engendra en los humanos
La gloria y el saber y la grandeza.

No sin las Gracias los festivos coros

Rigen los inmortales,
Ni alegre [1] danza y cánticos sonoros
Deleitan las mansiones celestiales.

Las mesas del Olimpo refulgente
Regís vosotras sólo,
Y honor prestáis al Padre Omnipotente
Cabe el asiento del crinado Apolo.

¡Oh tú, Eufrosina, del cantar amante,
Y tú, Aglaya piadosa,
Hijas del Dios del trueno resonante,
Oh Talía, de voz armoniosa,
[p. 46] Mi canto oíd desde el etéreo cielo!
Allá su curso acabe,
Que en pos del triunfador alza su vuelo,
En lidio tono y número süave.

De Asópico, celebra la victoria
En Olimpia lograda;
Vosotras concedisteis tanta gloria
Al pueblo Mynio, a la ciudad sagrada.

Tú de Dite traspasa el negro muro,
Oh fama voladora,
Y esta nueva conduce al reino oscuro,
A Cleodamo, que en sus antros mora;

Y le dirás: «Las rarnas han ceñido
Del olivo, el dorado
Cabello de tu hijo esclarecido,
De Pisa en el estadio coronado.»

[p. 47] ODAS ANACREÓNTICAS

I. LA CIGARRA

Makarizomžn se, tž ttix.

Dichosa te llamamos,
Cigarra, que en las ramas,
Bebiendo del rocío,
Como los reyes cantas.
Tuyo es el campo todo,

Cuanto la selva abraza;
Del labrador amiga,
A los mortales cara,
Anuncias el estío,
Las Piérides te aman,
Te otorga el mismo Febo
La voz sonora y grata.
¡Oh hija de la tierra!
No la vejez te acaba,
Impasible, sin sangre,
Cantora dulce y sabia,
Semejante a los Dioses,
No del dolor esclava.

[p. 48] II. A UN DISCO QUE REPRESENTABA A AFRODITA,

SALIENDO DE LA ESPUMA DEL MAR

'Ara tˆj tÕreuse pÕnton.

¿Quién ha grabado el ponto?
¿Quién las cerúleas ondas
En disco estrecho puso
Con arte vencedora?
¿O quién del alto cielo
Al mar trajo la Diosa,
Principio de natura,
Del orbe engendradora?
Desnudo el albo cuerpo,
Cubre una parte sola
Con velo cristalino
El agua pudorosa.
Ella, cual leve musgo,
Corta las blancas olas
Con su nevado cuello,
Con sus pechos de rosa,
Y brilla en la corriente
Cual lirio entre violas.
Tirados por delfines
En las plateadas conchas,
Amores y deseos
Cercan a su señora,
Y el coro de los peces
Sumérgese en las ondas

Jugando con el cuerpo
De la. Ciprina Diosa.

[p. 49] III. LA ROSA

Stefanhf Õrou met'Çroj..

En florida primavera
Cantemos la tierna rosa;
Juntos, amada, cantemos.
Ella a las Gracias adorna,
Y con ella se engalana
De los Amores la Diosa,
Es de los Dioses delicia,
De los mortales aroma,
Materia de dulces cantos,
De las Musas flor graciosa.
Dulce es cogerla entre espinas,
Y tocarla quien la corta,
Y aun es más dulce aspirar
El perfume de sus hojas.
Deleite de los convites
Y las dionisiacas copas,
Alegría de las mesas,
Como la luz es la rosa.
De rosa llaman los sabios
A los dedos de la Aurora,
A los brazos de las Ninfas
Y al cuerpo de la Cipriota.
La rosa ahuyenta los males
Y nuestras tumbas decora,
Detiene el curso del tiempo,
Y aún en su vejez hermosa
Guarda la pura fragancia
De juveniles aromas.
Si saber su origen quieres,
Cuando de la espuma roja
Surgiera la alma Afrodita
[p. 50] Entre las cérulas ondas,
Cuando la Atenea Palas,
La diosa guerrera y docta,
Del cerebro de su padre
Brotó, en armas poderosa,
Entonce el rosal primero
La tierra fecunda brota;

Sobre él los dioses derraman [1]
Néctar de celestes copas,
Y pronto se alzó entre espinas
la flor de Baco orgullosa.

[p. 51] IV. LA YEGUA DE TRACIA

(FRAGMENTO)

Pñle qrh‘kˆh, tˆ d¿ me.

¿Por qué de mí huyes,
Oh yegua de Tracia,
Y torva la vista
Me miras airada?
¿Que no sé, imaginas,
Oprimir tu espalda,
Ni el freno ponerte,
Guiarte en la marcha?
Verás, por mi mano
La rienda guiada,
Cuál saltas y corres
En torno a la valla.
Hoy libre en el prado
Retozas y vagas;
jinete que oprima
Tu lomo, te falta.

[p. 52] V. A UNA DONCELLA

‹H Tant§lou pot'Ÿsth.

Cual trocóse del Frigio en la marina
La Tantálida antigua en piedra dura;
Cual de Tereo la consorte impura
Un tiempo convirtióse en golondrina,

Convirtiérame yo, virgen divina.
En espejo do vieras tu hermosura;
Trocárame en la rica vestidura
Que ciñe tu alba forma peregrina.

Agua quisiera ser para lavarte,

Aroma para ungir tu blando lecho,
Collar que circundase tu garganta,

O cinta que ajustases a tu pecho;
Sandalia quiero ser para calzarte,
Porque me huelle así tu leve planta.

[p. 53] LA HECHICERA

IDILIO DE TEÓCRITO

P¸ moi ta‹ d§fnai; fžre, Qestulˆ. P¸ d¡ tª fˆltra.

¿Dónde el laurel está? ¿dónde el encanto?
Quiero hechizar a Delfis que se aleja;
Ciñe la copa con vellón de oveja,
Yo, Testilis, diré mágico canto.

Doce días pasaron; no ha venido,
Ni a la puerta llamó de quien le ama;
Alejóse sin duda, que otra llama
Venus y Amor en él han encendido.

De Timageto en la palestra espero
Mañana entre los púgiles hallarle
Y por qué me atormenta preguntarle;
Hora atraerle con encantos quiero.

¡Oh reina de la noche y las estrellas,
Hécate, que en los trivios escondidos
Do resuenan del perro los ladridos,
Negra sanguaza en los sepulcros huellas!

Da a mis hechizos fuerza poderosa,
Cual diste a los de Circe o de Medea,
Como a los de la rubia Perimea.
¡Brille pura tu faz, nocturna Diosa!

(A Testilis.)

Mira cómo esta harina el fuego abrasa,
Derrámala otra vez con golpe lento.
Testilis, ¿dó voló tu pensamiento?
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

[p. 54] Atorméntame Delfi en amor ciego,
Vierte la sal, y di: *«Lanzo a la llama*
Huesos de Delfi.» ¡De laurel la rama
Cuán presto se consume en este fuego!

Como el laurel se abrasará mi amante,
Derritiráse cual la blanda cera;
Como rueda en mis manos esta esfera,
Vueltas dará a mi casa el inconstante.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Ofrezco hora el salvado... Mas tú, Diana,
Tú que mover podrás a Radamanto,
Nuevo vigor infunde a nuestro encanto.
No fué, Testilis, la plegaría vana.

¿No escuchas de los canes los aullidos?
Ya en los trivios está la negra diosa:
En la taza de bronce misteriosa
Resuenen secos golpes repetidos.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Mira tranquilo el mar, el viento en calma,
Mas no el amor de aquél cesa en mi pecho
Que primero ocupó mi casto lecho,
Y con la doncellez llevóme el alma.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Si se enciende en su amor mujer alguna,
Sea por él, oh diosa, abandonada,
Cual por Teseo Ariadna bien trenzada,
En la playa de Naxos, clara Luna.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Con la planta de Arcadia, el Hippomanes,
De amor arden [1] las yeguas corredoras:
Ven, Delfi, del gimnasio donde moras,
Furioso cual los bravos alazanes.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.
[p. 55] Una fimbria perdió de su vestido;
Lanzaréla a la llama misteriosa.
¡Ay amor! cual sanguja cenagosa
Toda mi negra sangre has consumido.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Unge ahora, Testilis, los umbrales
Donde yace mi alma encadenada,
Sea por ti la ceniza derramada;
Mañana le daré zumos fatales.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Sola ya estoy; ¿por dónde la memoria
De mi perdido amor y eterno llanto
Comenzaré? ¿por dónde el triste canto?
Escucha, oh Luna de mi amor la historia.

Anaxo, la de Eubolo, Canefora,
Llevando vino la sagrada cesta
Al bosque umbrío, en la solemne fiesta
De la gallarda diosa cazadora.

Sonaban de las fieras los aullidos;
Una leona, entre ellas, africana,
De la sacerdotisa de Dïana
Tocaba con su lengua los vestidos.

No lejos de mis puertas habitaba
Entonces la traciana Teucariza,
La de dulce memoria, mi nodriza,
Y a ver la sacra pompa me llamaba.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Tomé de Clearista el rico velo,
Vestí la blanca túnica de lino
Seguí a mi ama: en medio del camino
Vi a Delfis y a Eudamipo por mi duelo.

Cubierto de sudor, de la importuna
Liza tornaba el fatigado mozo;
Más rojo que Eliocrisio, era su bozo,
Más brillante su pecho que la Luna
[p. 56] ¡Mísera! ¡cuál quedé! Luego del pecho
El fiero amor apoderóse todo;
Ni vi la fiesta ni encontraba modo
De tornar a mi casa y a mi lecho.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Doce días en él yací doliente;
Ya mi color al *tapso* semejaba;
Huesos, tan sólo, el cutis encerraba;

Perdí el cabello, adorno de mi frente.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

¿Qué Dioses no invoqué? ¿De qué hechicera
No recurrí a los pérfidos encantos?
Mas no encontré remedio a males tantos;
Pasó el tiempo fugaz, no mi quimera.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Al fin llamé a Testilis, y le dije:
«El mindio Delfis en amor me abrasa;
Ve y observa no lejos de esta casa
Do Timageto la palestra rige.

Allí suele venir; hazle una cierta
Señal que él solo entienda, y di: *«Te ama
Simeta: ven a casa de mi ama ...»*
Y entró el hermoso Delfis por mi puerta.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Cuando pisó mi umbral, quedé turbada
Y muy más fría que la pura nieve;
Luego bañó mi frente un sudor leve
Cual escarcha del Austro congelada.

Ni pude hablar, cual niño ternezuelo
Que, en sueños, a su madre ver desea,
Y llamando a su madre balbucea;
Mi cuerpo endurecióse como un hielo.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.
[p. 57] Entonces me miró, bajó los ojos,
Sentóse sobre el lecho; y así dijo:
«Cual yo a Fileno en el correr prolijo
Me adelanté, ganando los despojos,

Tal, oh Simeta, a mí te adelantaste
Llamándome a tu casa; yo viniera,
Lo juro por la diosa de Citera,
Pero tú mi venida apresuraste.

Viniera a ti, de amigos rodeado,
Trayéndote de Baco las manzanas,
Con el fresco rocío más lozanas,
Del álamo de Alcides coronado.

Gallardo soy y fuerte entre los mozos;
Si alcanzara de ti tan sólo un beso
Y en tu labio dejar mi labio impreso,
No anhelara, mi bien, mayores gozos;

Pero si senda no encontrase abierta,
Con el hierro y el fuego la buscara,
Y teas y segures aprestara
Para allanar la mal cerrada puerta.

Gracias doy a Afrodita la cipriada,
Y a ti también las doy, señora mía,
Pues del fuego voraz que me encendía
Me salvaste, Simeta, enamorada.

Cuando oí de tu sierva el blando ruego,
Casi abrasado estaba por la llama,
Pues al ardor intenso de quien ama
De los liparios hornos cede el fuego.

Por el amor con paso vacilante
Se levanta la tímida doncella,
Y el tálamo abandona esposa bella
Con el beso nupcial aun palpitante.
[p. 58] Esto me dijo, y yo lleguéme al lecho;
Que es fácil en creer doncella que ama.
. . . . . .
. . . . . [1]
¿Por qué cansarte más, amada Luna?
Al término llegamos del deseo;
Día tras día en mi mansión le veo,
Pero trocóse luego mi fortuna.

Hoy, cuando apenas la rosada Aurora,
Dejando del Océano la arena,
Del cielo azul por la extensión serena
Guiaba su cuadriga voladora,

La madre de Filisto me decía,
La que tañe la flauta en mis jardines:
«Delfis tiene otra amada; [2] en los festines
Brinda a su amor [3] con báquica alegría.

Tiene el estadio de coronas lleno,
No sé de quién, mas vive enamorado;

Tus caricias por siempre ha abandonado:
Orna de flores el umbral ajeno.»

Y la verdad me dijo, pues mi amante,
Que antes mis puertas sin cesar pasaba,
Y, por volver de nuevo, me dejaba
Siempre la copa dórica brillante,

No en doce días a mi puerta llama;
A otra ofrece tal vez flores y cantos;
Yo le atraeré con mágicos encantos,
Si le prendió de amores nueva llama.
[p. 59] Y al Orco lanzaré su alma mezquina,
Si afligiéndome sigue, emponzoñado
Con el jugo letal que me ha enseñado
La hechicera de Asiria peregrina.

Adiós, oh reina de velada frente
Dirige al Océano tu cuadriga,
Y al carro ebúrneo de la noche siga
El coro de los astros refulgente.

Santander, 30 de agosto de 1875.

[p. 60] IDILIO DE BIÓN

A LA MUERTE DE ADONIS

›Aˆazo tØn ›/Adwnin : ¦péleto kalØj ›/Adwnij.

A Adonis lloro; falleciera Adonis, [1]
El bello Adonis; los Amores lloran.
No más, oh Cipria, en los purpúreos velos
Ya te reclines, mas de negro luto
Cubierta, desdichada, alzarte debes,
Golpear tu seno y repetir a todos
En ronca voz: «Murió el hermoso Adonis.»
Lamento a Adonis, los Amores lloran.

Yace en los montes el hermoso Adonis,
Herido por el diente el blanco muslo,
Muslo más blanco que el ebúrneo diente.
Cipria recoge su postrer aliento.
De los nevados miembros se desliza
La negra sangre; ya sus ojos cubre

Sombra de muerte; sus mejillas deja
La blanca rosa, y el ardiente beso
También muere con él, que no Ciprina
Olvidará; pues siempre el beso es grato
Aun de los muertos labios recogido.
Mas no le goza Adonis; moribundo
No vió cómo Citeres le besaba.
Lamento a Adonis; los Amores lloran.

Atroz herida el muslo ha traspasado
Del bello Adonis; otra más profunda
Lleva en su corazón la alma Citeres.
En torno al cazador sus fieles perros
Lanzaron de dolor tristes aullidos,
[p. 61] Y las Ninfas oréadas lloraban.
Afrodita, el cabello destrenzado,
El peplo roto y sin sandalia, corre
Por las opacas selvas; las espinas
Hieren su pie, se tiñen en su sangre.
Gimiendo en altas voces al mancebo
Asirio llama por los valles hondos,
De *esposo* repitiendo el dulce nombre.
Brota la sangre del herido muslo
De Adonis, y tiñendo los costados,
Trueca en purpúreo su color de nieve.
Lloran, ¡ay Citerea! los Amores;
Perdió el varón hermoso y la belleza;
Hermosa fué mientras viviera Adonis,
Mas perdió con Adonis la hermosura.
¡Ay! ¡ay! resuenan las montañas todas,
Adonis, ¡ay! repiten las encinas,
Y el dolor acompañan de Citeres [1]
Los sacros ríos, las montanas fuentes;
La flor se tiñe de color sanguíneo,
Y en tanto en las ciudades y en los campos
Alza Ciprina lúgubres cantares.
¡Ay, Citeres! murió el hermoso Adonis.
Murió el hermoso Adonis, dice el eco.

¿Quién, ¡ay! el triste amor no lloraría
De la Cipria infeliz? Cuando hubo visto
La cruda herida de su caro Adonis
Y la sangre del muslo destrozado,
Los brazos extendiendo, así decía:
«Detente un punto, desdichado Adonis;
Quiero abrazarte y por la vez postrera

Quiero enlazar tus labios con los míos.
Levanta la cabeza un punto solo,
Bésame en tanto que te dure el beso,
Corra desde tu pecho hasta mi boca
Y penetre tu aliento en mis entrañas,
[p. 62] Para embriagarme con tan dulce filtro;
Yo beberé tu amor, y el postrer beso
Conservaré, como guardar pudiera
Al mismo Adonis. Pero tú, cuitado,
Huyes de mí muy lejos, ¡ay, Adonis!
Desciendes a Aqueronte, a la morada
Del negro rey, del implacable Dite;
Y yo, infeliz, soy diosa, yo no puedo
A la infernal mansión seguir tu paso.
A mi esposo recibe, Persefone,
Tú más feliz que yo; toda belleza
A tu reino desciende; las desdichas
Todas vinieron sobre mí; lamento
Al muerto Adonis, y temor, oh diosa,
También me aqueja de que tú le ames.
Yaces, varón dulcísimo; cual sueño
Se deslizó mi amor; abandonada
Queda Citeres; despreciados quedan
En los altos palacios los Amores;
Pereció con Adonis el áureo cinto.
¿Por qué, hermoso, la caza perseguías
Y a las hambrientas fieras acosabas?»
Tal se lamenta Cipria; los Amores [1]
Repiten: «Falleció el hermoso Adonis.» [2]
Tanto de lloro Pafia derramaba
Cuanto de sangre Adonis; de la tierra
Flores brotaron; la encendida rosa
De la sangre, del llanto la anemone.
Lamento a Adonis; los Amores lloran.

No más lamentes al perdido esposo
¡Oh Cipria! en las montañas, que ya Adonis
Yace en frondoso y regalado lecho;
Aún ocupa tu lecho el muerto Adonis.
Bello, aunque muerto, descansar parece
En apacible sueño; ponle ahora
[p. 63] En los ricos tapices, en las telas
De oro labradas, do contigo, Cipria,
De noche disfrutó dulce reposo.
Ámale aún, y con guirnaldas ciñe
Su sien, de flores mil entretejidas,

Todas marchitas desde que él muriera.
Cúbrele de arrayán, de mirra baña
Y arábigos ungüentos su cadáver.
Todo aroma perezca, que el perfume
De sus labios también se ha disipado.

Descansa Adonis en purpúrea alfombra;
Rodéanle llorando los Amores;
Por Adonis cortaron sus cabellos;
Uno el arco destroza otro la aljaba,
Otro rompe las flechas voladoras,
Quién desata de Adonis el calzado,
Quién el agua conduce en vasos de oro,
Quién los muslos le lava o con las alas
Infundirle pretende aliento nuevo.
Lloran, ay Citerea, los Amores.

Su antorcha apaga en el umbral Himene,
Desteje y lanza la nupcial corona;
Ya no resonará su alegre canto;
Ay, ay, repetiráse solamente,
Ay, Adonis y aun más, *ay, Himeneo,*
Lloran las Gracias de Cinira al hijo,
Y repiten: *«Murió el hermoso Adonis»*
Con lamento mayor que el de Ciprina.

A Adonis llaman las sagradas Musas,
Y escucharlas quisiera, mas no puede,
Porque no se lo otorga Persefona.
Termina el largo lloro, Citerea,
Alégrate en convites, que otro año
Tornarás al dolor, bella Afrodita.

Santander, 28 de octubre de 1875.

[p. 64] IDILIO DE MOSCO

A LA MUERTE DE BIÓN

TRADUCIDO DEL GRIEGO

Lamentad a Bión, valles sombríos;
Lloren las plantas, y la selva llore,
Y las Dóricas fuentes y los ríos.

En su tallo la flor se descolore;
A la amapola y encendida rosa
Más sombría la púrpura decore,

Y repita el jacinto la llorosa
Doble letra que siempre escrita lleva,
Murmurando el ay, ay en voz quejosa.

Murió Bión, el de divino canto;
Sículas Musas, comenzad el llanto.

Ruiseñores que en densas enramadas
También os lamentáis en voz confusa,
Anunciad a las aguas veneradas

De la sícula fuente de Aretusa,
Que el boyero Bión ha fenecido
Y con él la dulzura y doria Musa.

Cisnes del Estrimón, blando gemido
En vuestras ondas dad, triste armonía
Que semeje a su canto dolorido.

Decid a las doncellas de Eagría
Y a las ninfas de Tracia: «El dorio Orfeo
Ya duerme el sueño de la muerte fría.»
Sículas *Musas, comenzad el llanto.*
[p. 65] Este pastor a los rebaños caro
No canta ya so la robusta encina,
Sino en el reino de Plutón avaro,

Ni el monte llena su canción divina;
Angústiase la vaca mugidora,
Y se olvida del pasto la mezquina.

El Sátiro doliente, el Fauno llora
Tu arrebatada muerte; el mismo Febo
En negra veste envuelto, la deplora.

Las Ninfas de las fuentes al mancebo
Lloran también; en agua se convierte
Su triste lloro, y con quebranto nuevo

Lágrimas Eco en los peñascos vierte
Porque no más remedará tu canto

En las hondas cavernas. Con tu muerte

Perdió el vergel sus frutos y su encanto,
Marchitóse la flor, y en blandas quejas
Las aves expresaron su quebranto;

Faltó la dulce leche a las ovejas
Y perdido el dulzor de tus cantares,
No ya la miel fabrican las abejas.
El llanto comenzad, sículas Musas.

No gime así Delfín en la marina,
Ni ruiseñor en la enramada oscura,
Ni suspira en los montes golondrina,

Ni Ceix de Alcyón la desventura
Tal lamentó, ni en el extremo Oriente
El ave de Memnón, la sepultura.

Del hijo de la Aurora refulgente
Guardando, así le llora, como al triste
Bión lloró la campesina gente.
El llanto comenzad, sículas Musas.
[p. 66] Lloróle el ruiseñor; la golondrina,
Cuyo canto armonioso él acordaba,
En las ramas posada de la encina,

Junto con sus hermanas le lloraba,
Y con tiernos gemidos la paloma
A sus dolientes ayes replicaba.
El llanto comenzad, sículas Musas.

¿Y qué varón en los cantares sabio
Podrá tañer tu flauta resonante
Ni a sus reclamos aplicar el labio?

Eco busca en sus cañas anhelante
El último sonido; impreso queda
Tu aliento allí, tu labio palpitante.

A Pan la ofreceré; quizá no pueda
Tañerla en pos de tí, pues temería
Que tu canto mortal al suyo exceda.
El llanto comenzad, sículas Musas.

No a la hermosa nereida Galatea,
En la marina playa recostada,
Tu melodiosa voz ora recrea.

No cual la del Ciclope desamada
Fué por ella tu voz; blanda te oía,
Del piélago la frente levantada.

A ti buscaba, del Ciclope huía,
Hoy triste vaga en la desierta arena
Y su vacada en las riberas guía.
El llanto comenzad, sículas Musas.

Contigo de las Piérides doncellas
Los dones perecieron, los ardientes
Labios, el dulce beso de las bellas.
[p. 67] En torno de tu túmulo dolientes
Van los Amores; te ama Citerea
Más que al beso en los labios fallecientes

Del moribundo Adonis. Éste sea
Nuevo dolor a ti, nuevo quebranto,
Oh Meles, cuya onda se recrea

Con el concierto de armonioso canto;
Perdiste a tu inmortal hijo primero
Aquel de Caliope dulce encanto;

Y es fama que lloraste por Homero
Más copiosas haciendo tus corrientes,
Llenando el mar tu acento lastimero.

Hoy tornas a gemir; de nuevo sientes
La pérdida de un hijo dolorosa,
Ambos amados de las sacras fuentes.

Uno bebió en la onda armoniosa
De la Pegasia cumbre, otro en la pura
Corriente de Aretusa sonorosa.

Uno cantó de Helena la hermosura
Y al fiero Menelao, hijo de Atreo,
Y del doncel de Tetis la bravura.

No celebró Bión al de Peleo,

Sino los besos de la edad florida,
El suave amor, el juvenil deseo.

Por él la leve flauta fué tañida;
Cantaba a Pan, mientras al prado ameno
Era por él la vaca conducida.

Nunca de amores encontróse ajeno,
Y amado fué de la ciprina diosa
Porque el placer alimentó en su seno.
El llanto comenzad, sículas Musas.
[p. 68] Toda ciudad, Bión, tu muerte llora,
Más que a Hesiodo te recuerda Ascrea,
Más que a Píndaro Tebas te deplora.

No a Simónides tanto lloró Cea,
De Safo el himno Mitilene olvida,
Más que a Arquíloco Paros te desea.

En canción los pastores dolorida
También repiten tu funesta suerte,
Tú, claro honor de Samos, Sicelida,

Tú, Lícidas, también; un tiempo el verte
Contento a los cidonios infundía,
Hoy triste lloras de Bión la muerte.

Fileta en las ciudades de Triopía
Gime también cabe el undoso Alento,
Y en Sicilia la lúgubre armonía

Resuena de Teócrito. En acento
De pastoril dolor, de ausonio llanto,
Yo discípulo tuyo te lamento.

Cual don postrero con el dulce encanto
De las dóricas Musas nos ornaste;
Otro heredó tu hacienda, yo tu canto.
El lloro comenzad, sículas Musas.

¡Ah! si en el huerto planta florecida
Del apio, verde eneldo o malva mueren,
Otro año tomarán a nueva vida;

Pero los hombres, aunque sabios fueren,

Grandes y fuertes, cuando ya finaron,
No de aquel sueño despertar esperen,

Si en la cóncava tierra descansaron.
Tú dormirás también, sombra sagrada,
Con los altos varones que pasaron;
[p. 69] Y si a las Ninfas el cantar agrada
De la estridente rana, no le envidio,
Que no es dulce su voz ni es acordada.
El llanto comenzad, sículas Musas.

¿Qué hombre cruel, de compasión ajeno,
Vertió en tu dulce boca la amargura?
¿No endulzaron tus labios el veneno?

¿Quién acercar osó la copa impura?
¿Quién la ponzoña derramó en el vaso?
¿No oyó de tus cantares la dulzura?
El llanto comenzad, sículas Musas.

Mas a todos llegó justo castigo;
Yo en medio de este duelo lamentable,
En canto funeral, tu muerte digo.

Si luchando con fuerza, incontrastable,
Penetrar, cual Alcides, consiguiera
Al reino de Plutón inexorable,

Como Ulises y Orfeo descendiera
A la infemal mansión del negro Dite,
Y entre las sombras tu cantar oyera.

A la reina Perséfona repite
Un tono pastoril, Siracusano,
Que al de la playa de Sicilia imite.

Que ella también del Etna siciliano
Los dorios tonos escuchar solía.
Premio tendrá tu canto soberano.

Quizá tornar a la montaña umbría
La diosa, al escuchar, te concediera,
Y si mi canto algún poder tuviera,
Yo en los infiernos mismos cantaría.

Santander, 5 de noviembre de 1876.

[p. 70] PARÁFRASIS DE UNA ODA TEOLÓGICA

DE SINESIO DE CIRENE

OBISPO DE TOLEMAIDA

›/Age moi, l†geia fÕrmigx.

Ven, septicorde [1] lira,
Que un tiempo resonabas
Cual la Lesbiana que de amor suspira,
Y leve acompañabas
Himnos de Teos que el placer inspira.

En dorio canto ahora
Ensalce tu voz grave
No a bellas de sonrisa halagadora, [2]
Ni la lazada suave
Que une al mancebo y la mujer que adora;

Sino aquella luz pura,
Aquella eterna fuente
De do mana el saber que siempre dura,
Que es la gloria esplendente
Y la verdad, la ciencia y la hermosura.

Huyo de la falacia
De profanos amores,
Por el eterno amor que nunca sacia;
De mundanos loores,
Por el divino aliento de la gracia.
[p. 71] ¿Es comparable el oro,
O la beldad terrena,
O de los altos reyes el tesoro,
O la amorosa pena,
Al pensamiento del Señor que adoro?

La cuadriga ligera,
Cual flecha voladora [1]
Dirija el uno en rápida carrera;
Otro su cabellera
Sobre los hombros muestre brilladora;

Celebren su belleza
las jóvenes, los mozos;
Otro, avaro, persiga la riqueza,
Que yo tengo mis gozos
En penetrar la soberana alteza.

En vida silenciosa
Quiero vivir y oscura,
Sin el eco de fama vagarosa,
Y ver con mente pura
Las obras de la mano poderosa.

¡Ven, oh sabiduría,
Más que el oro preciada,
Que la luz brotas que al mancebo guía
Y en la áspera jornada
Vigor das al anciano y energía!

Ya la cigarra bebe
El matinal rocío,
Y alegre canta sobre rama leve;
Sonar la lira debe,
¿Quién ha de producir el canto mío?
[p. 72] Las cuerdas se estremecen
Y dulce voz resuena...
Los sacros himnos a mi Dios empiecen...
Él los espacios llena,
En él comienzan y por él fenecen.

Y toda criatura
Que habita el ancho suelo
Salió por él de la tiniebla oscura;
Velado en lumbre pura,
Mora el Señor en la amplitud del cielo.

La Unidad increada,
La simbólica esfera, [1]
La causa de las causas no engendrada,
La Mónada primera [2]
Se halla en triple poder multiplicada.

En haces dividida [3]
La luz, ya se condensa,
Ya en triple rayo tiéndese esparcida,
Y sin cesar, inmensa,

Brota del puro centro de la vida.

Alma [4] mía, detente;
Los celestes arcanos
No es justo revelar [5] a la ímpia gente;
Deja el cielo eminente
Oculta sus misterios soberanos.

Mas sólo en ideales
Mundos reposa el alma,
Sin vagos pensamientos terrenales,
Y su anhelar se calma
Tan sólo en las esferas celestiales.
[p. 73] Allí brotó la llama
Del alto pensamiento,
Puro destello que el Señor derrama
Desde el sublime asiento,
Soplo vital que la materia inflama.

El alma decaída
Divina semejanza
Conserva siempre a la materia unida,
Y guarda la esperanza
De tomar a la fuente de su vida.

De la divina esencia
Partícula es la mente,
Reflejo de la pura inteligencia
Que doquiera presente
Reanima y vivifica la existencia.

Emanación del cielo,
Cuando el mundo dirige,
Del ángel toma el trasparente velo,
Y fecundiza el suelo
O el curso errante de los astros rige.

Pero la pura *idea*
A veces encarnada
En la materia yace que la afea,
Y vive encadenada
En la triste mansión y onda Letea.

Mas siempre a nuestros ojos
Remota [1] luz fulgura;

El alma siente aquí vagos enojos;
Sedienta de ventura,
Quiere dejar los míseros despojos.

A lo infinito tiende
Por una oculta fuerza,
Cuando la nada de la tierra entiende,
[p. 74] Y sin que el rumbo tuerza,
Místico vuelo [1] los espacios hiende.

¡Feliz, rayo divino,
Si rota la atadura
Que al bajo mundo te enlazó mezquino,
Cumplido tu destino,
Puedes volver a la celeste altura!

¡Dichoso si, aún viviendo
Del cielo desterrado,
Vas los terrestres lazos sacudiendo,
Y en amor inflamado
De Dios las maravillas conociendo!

El ansia vehemente
De verdad escondida
Dé alas al espíritu potente,
Y radiará [2] fulgente
Lumbre del trono de Jehová vertida.

Tu curso peregrino
Dirigirá su mano
Con rayo precursor en tu camino,
Y mostrará divino
El foco de belleza soberano.

Valor, pues, alma mía;
En las eternas fuentes
Tu sed de ciencia saciarás un día;
Por alcanzar porfía
Del cielo las moradas esplendentes.

De terrena existencia
Rotos los férreos lazos,
Has de volver, humana inteligencia,
Con místicos abrazos
A confundirte en la divina esencia.

Santander, 8 de septiembre de 1875.

[p. 75] INVOCACIÓN DEL POEMA DE LUCRECIO

DE RERUM NATURA

Æneadum genitrix, Divum hominumque voluptas

Alma Afrodita, del Romano madre,
Deleite de los hombres y los dioses,
Que haces fecundo el mar de naves lleno, [1]
Y el suelo colmas de preciados frutos: [2]
Por ti todo animal es concebido
Y a la lumbre solar abre sus ojos;
Vientos y nubes tu presencia esquivan,
Flores te rinde la dedálea tierra;
A ti las olas [3] de la mar sonríen,
Yen más puro esplendor bañas [4] el cielo.
Pues apenas la alegre primavera
De nuevo trae sus halagüeños días,
Y recobra su anhélito fecundo [5]
El aura de Favonio engendradora,
De amor heridas las volantes aves
Te anuncian, Diosa, en armoniosos cantos;
Salta en los pastos mugidor el toro
Y en pos de la novilla enardecido
Se lanza a rapidísima corriente.
Toda especie animal presa en tus lazos
Sigue veloz el curso que la traces, [6]
Y en montes, mares, desbordados ríos,
[p. 76] En verdes campos, en frondosos bosques, [1]
Haces, de amor hiriendo todo pecho,
Que las generaciones se propaguen.

Sola el imperio de natura riges,
Sola los seres sin cesar produces;
Nada nace sin ti, nada se engendra,
Ni es nada alegre ni gracioso nada.

Tú, pues, benigna, mi cantar inspira;
Tú me revela el natural arcano.
¡Logre la ciencia iluminar a Memmio,
A quien tú, Diosa, con celestes dones
Ornaste siempre! Eterna gracia dame

Y nueva vida infunde a mis acentos.
Descansen en la tierra, mientras canto,
Descansen en el mar las roncas armas.

Tú sola conceder a los mortales
Puedes la dulce paz; rige la liza
El sanguinario Marte armipotente,
Que tal vez al Amor rinde su cuello,
Y busca y ciñe tus hermosos brazos [2]
Dobla en tu seno la cerviz enhiesta
Y en ti fija insaciable la mirada,
Sin respirar, pendiente de tus labios.
Mientras tus sacros miembros le sostienen,
Inclínate hacia él, y en voz melosa
La dulce persuasión vierte en su alma;
Pídele paz para el romano pueblo,
Pues ni puedo cantar en la tormenta
Que a mi patria infeliz aflige tanto,
Ni abandonarla en tal peligro debe
De Memmio la preclara descendencia.
[p. 77] Libre un momento, Memmio, de cuidados [1]
Con atención escucha mis razones; [2]
Entiéndelas primero que desprecies [3]
Mi ofrenda largamente elaborada.
Yo cantaré el sistema de los cielos,
La razón de los dioses, el principio
De todo ser de do Natura crea
Y acrece y alimenta toda cosa,
Cómo sus formas sin cesar destruye,
Qué es *cuerpo engendrador*, qué es la *materia*,
Qué son *principios* o *átomos primeros*
De donde todo ser ha procedido.

Porque en perpetua paz inalterable
De su inmortalidad gozan los dioses
Lejos del mundo nuestro y sus dolores, [4]
Exentos de temor y de peligro,
Y por su propia esencia poderosos,
Sin que les rinda la virtud humana,
Ni el crimen llegue a provocar su ira.
Cuando oprimió la tierra, el fanatismo, [5]
Que alzando su cabeza entre las nubes [6]
Al tímido mortal amenazaba [7]
Con aspecto feroz, un varón griego [8]
En él osó [9] clavar mortales ojos.

No le aterró la fama de los dioses,
Ni el rayo de las nubes descendido,
[p. 78] Ni la mugiente voz del ronco trueno;
Antes ardiendo su ánimo invencible
En vivo anhelo de romper las puertas
Del alcázar cerrado de Natura,
Con gigantesco paso veloz corre
Más allá de los muros inflamados
Del mundo; con su mente soberana
Cruzó la inmensidad, y victorioso
Supo el misterio al fin de la existencia, [1]
Cómo pueden nacer todos los seres, [2]
Cómo su esencia a su poder limita. [3]
Él vió a sus plantas el error hollado. [4]
¡Nos iguala a los dioses la victoria!

Mas temo, caro Memmio, que me acuses
Porque de la impiedad trazo el camino;
Tal vez recelarás que al crimen lleve
La afirmación valiente de Epicuro.
Por el contrario, religión mentida
¡A cuánto de maldad abrió la puerta!
Recuerda cuando en Áulide tiñeron
De Diana el ara en sangre de Ifigenia
Los reyes de los griegos conjurados,
La flor de los guerreros de la Acaya.
Cuando ceñidos con nupciales vendas,
Que por ambas mejillas descendían,
De la virgen hermosa los cabellos,
Triste a su padre vió junto a las aras,
Vió al sacrificador que el hierro esconde
Y al pueblo en torno, en lágrimas bañado.
De espanto muda, la rodilla en tierra
Cual suplicante, ¿para qué sirvióla
Al rey de reyes dar nombre de padre?
[p. 79] Por varoniles manos arrastrada
Trémula al ara fué, no cual debiera
En la sagrada pompa de Himeneo,
Sino doncella, en el feliz instante
En que iba Amor a desatar su zona,
Fué por su padre víctima inmolada
Para a las naves dar viento propicio. [1]
¡Tanta maldad la religión [2] persuade!

Santander, II de enero de 1876.

[p. 80] EPITALAMIO DE JULIA Y MANLIO

DE CATULO

Collis oh Heliconei
Cultor, Uraniæ genus...

Hijo sublime de la diva Urania,
Habitador de la Heliconia cumbre,
Tú que al esposo con eterno lazo
Unes la virgen,

Ciñe fus sienes con hermosas flores
Del amaranto y oloroso mirto;
Cálzate el zueco, y tu semblante cubra
Flámeo sagrado.

Mira propicio nuestra alegre fiesta,
Suene tu lira los nupciales himnos,
Pulsa la tierra y con la mano agita
Fúlgida tea.

Une en buen hora al venturoso Manlio
Con Julia, igual a la Ciprina Diosa,
Cuando sin velo en los Idalios bosques
Viérala el Frigio;

Igual al mirto de floridas ramas
Que en Asia nutren las agrestes ninfas,
En [1] él vertiendo sus undosas trenzas
Tibio rocío.

[p. 81] Deja, Himeneo, las Aonias grutas
Deja de Tespia las alzadas rocas,
Que baña en fresca y vagarosa linfa
Sacra Aganipe.

Y fausto guía a la nupcial morada
Virgen que anhela el prometido esposo;
Únase al joven, como a roble erguido
Hiedra lozana.

Las dulces ansias del amor primero,
Castas doncellas, sentiréis un día;

Decid ahora en jubiloso canto:
«Io, Himeneo.»

Para que oyendo repetir su nombre,
Venga a la fiesta el sacrosanto numen
Enlazador de conyugal ventura,
Padre de amores.

¿Qué otra deidad en su ferviente ruego
Puede invocar el más rendido amante?
¿Quién como tú de los celestes dioses,
Io, Himeneo?

A ti te invoca por sus hijos caros
Padre que siente su cercana muerte;
Por ti desata la vedada zona
Tímida virgen.

Tú la doncella en tierna edad florida
Del gremio arrancas de su madre triste;
La das al joven que su amor desea,
«Io, Himeneo.»

Nunca sin ti la poderosa Venus
Placer honesto a conceder alcanza.
¿Quién a ti sólo entre los dioses todos
Puede igualarse?

[p. 82] Tierra que no alce a tu deidad altares
No dará jueces ni temidos reyes.
¿Quién a ti sólo entre los Dioses todos
Puede igualarse?

Nunca sin ti la soberana estirpe
Crece y se extiende hasta la edad remota.
¿Quién a ti sólo entre los dioses todos
Puede igualarse?

Abran las puertas sus pesadas hojas...
Llega la virgen... Las antorchas sacras
Llama despiden rutilante y pura...
Reina la noche.

Guíe el pudor tu vacilante paso;
Tímida llora, al traspasar la puerta

Ven, nueva esposa, que su velo tiende
Noche sagrada.

No empañe el llanto tus hermosos ojos;
¡Que nunca vea de Hiperión el hijo
Mujer más bella en su triunfal carrera
Hacia el Ocaso!

Tal el jacinto entre las flores brilla
De rico dueño en el jardín ameno: [1]
Ven, desposada, que la sacra noche
Tiende su manto. [2]

Ven, desposada, nuestras voces oye, [3]
Mira agitarse las nupciales teas;
Ven, desposada, que la sacra noche
Tiende su manto.

[p. 83] Nunca al esposo de tu dulce gremio
Amor separe de mujer extraña,
Antes cual tronco que la vid estrecha,
Busque tus brazos.

Alzad, mancebos, fúlgidas antorchas; [1]
Ved cuál conducen los nupciales flámeos
Y de Himeneo en acordadas voces
Resuene el canto.

Y de Fescennia los alegres versos
La fiesta animan con.punzante risa;
Corren veloces a coger las nueces
Tiernos muchachos.

. . . . . .
Mira, doncella, la marmórea casa,
Feliz morada de tu esposo augusto;
Tuya ha de ser hasta la edad postrera;
«Io, *Himeneo.*»

Hasta que traiga el vagaroso tiempo
Cana vejez que lo consume todo,
Gloria destruye y hermosura borra,
«Io, Himeneo.»

Con buen agüero los umbrales pasa,
Tierna doncella de los pies ligeros,
Y, al acercarte, sus pesadas hojas
Abran las puertas.

¡Cuál te contempla con mirada amante [2]
Tu noble esposo desde el tirio lecho! [3]
«Io, Himeneo», pronunciainos todos,
«Io, Himeneo.»

[p. 84] Él se consume con la misma llama
Que a ti te abrasa; pretextado joven,
Toma del brazo a ruborosa [1] virgen,
«Io, Himeneo.»

Y las matronas por la edad augustas,
Las *univiras*, del pudor dechado,
Coloquen luego en el preciado tálamo [2]
Tímida esposa. [3]

Ven, oh mancebo; ya en tu lecho yace
Tierna consorte cual las flores bella;
No se le igualan azucena blanca,
Roja amapola.

Mas no le cede en varonil belleza
Manlio, tan grato a la ciprina Venus;
Ella le ayude, pues su llama honesta
Nunca ocultara.

¿Quién contar puede los amantes besos?
Más bien del circo las arenas cuente,
Cuente los astros que el nocturno manto
Bordan errantes

No se interrumpan vuestros dulces juegos;
Nunca tan alta y generosa estirpe
Quede sin hijos; vuestro nombre ensalce
Clara progenie.

Y algún Torcuato pequeñuelo tienda
Los tiernos brazos a su padre amado;
Con dulce risa y entreabierta boca
Bese a su madre.

[p. 85] Al ver su rostro majestuoso, altivo,
Hijo es de Manlio, clamarán cien voces,
Hijo es de Julia, que el pudor materno
Brilla en sus ojos.

Y por la fama de su madre casta
Será ensalzado su glorioso nombre,
Cual por la suya el Itacense claro,
Hijo de Ulises.

Vírgenes cierren las bronceadas puertas,
Harto jugamos; jóvenes esposos,
Felices sed, de vuestro amor gozando
Mutuas caricias.

Santander, 2 de julio de 1875.

[p. 86] DE CATULO

AL SEPULCRO DE SU HERMANO

Multas per gentes et multa per æquora vectus.

Por muchas tierras y diversos mares
A merced de los vientos conducido,
Vengo, oh hermano, a tu sepulcro triste
A darte de la muerte el don postrero
Y hablar en vano a tu ceniza fría.
Cruda la suerte te arrancó a mi lado,
Míseramente arrebatado fuiste.
Hora recibe por antiguo rito,
Que los amados padres nos legaron,
Dolorosas ofrendas funerales
Bañadas con el llanto de mis ojos,
Y adiós por siempre, dulce hermano, queda.

Santander. 3 de julio de 1875.

[p. 87] CANTO SECULAR DE HORACIO

Phoebe, sylvarunque potens Diana...

¡Oh siempre honrados y honorandos, Febo,
Y tú, Diana, que en los bosques reinas,

Lumbres del cielo, en estos sacros días
Gratos oidnos!

Hoy que, al mandato sibilino, ensalzan [1]
Vírgenes castas y selectos niños [2]
A las deidades que los siete montes
Miran propicias.

¡Sol que conduces en fulgente carro,
Vario y el mismo, sin cesar, el día,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos!

¡A las matronas en el parto agudo,
Ilitia diestra, con amor protege,
El nombre ya de *Genital* prefieras,
Ya el de Lucina!

Su prole aumenta, y el decreto afirma
Que a la doncella y al varón enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda
Nueva progenie.

Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres juegos y festivos cantos,
Por veces tres en la callada noche,
Tres en el día.

[p. 88] Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciáis al mundo los estables hados,
Juntad propicias a los ya adquiridos,
Bienes mayores.

Rica la Tierra de ganado y frutos
A Ceres orne de preñada espiga;
Nutran las crías transparentes aguas,
Auras süaves. [1]

Piadoso atiende a los orantes niños;
Oculta, [2] Apolo, en el carcaj la flecha;
De las doncellas el clamor escucha,
Reina bicorne.

Si es obra vuestra la potente Roma,

Si por vosotros se salvó el Troyano
Para fundar en la ribera etrusca
Nuevas ciudades;

Si entre las ruinas del Ilión ardido,
Sobreviviendo a la asolada patria,
De nueva gloria señalara Eneas [3]
Libre camino;

Al dócil joven conceded virtudes,
Dad al anciano plácido sosiego,
Gloria y honor a la Romúlea gente,
Prole y riquezas.

Y el que cien bueyes os inmola blancos,
Claro de Anquises y de Venus nieto,
Clemente rija y poderoso el mundo
Antes domado.

[p. 89] En mar y tierras su poder extiende,
El Medo tiembla a la segur Albana,
Y paz el indio domeñado pide,
Paz el Escita:

Que fe y honor y castidad retornan
Y la virtud, que de la tierra huyera,
Y la abundancia que del cuerno opimo
Bienes derrama.

Si Febo augur, el de sonante aljaba,
Gloria y amor de las Camenas nueve,
El que con arte saludable cura
Larga dolencia,

Mira propicio el Palatino alcázar,
Dilate el linde del poder romano,
Y en nuevos lustros la inmortal acrezca
Gloria latina.

Oiga los ruegos de varones quince
La casta Diana [1] que en Algido mora,
Y de los niños a los cantos preste
Fácil oído.

Esto esperamos que el Saturnio otorgue

Y que [2] confirmen los celestes dioses;
Tornad a casa los que ya entonasteis
Himno sagrado.

Santander, mayo de 1876.

[p. 90] ODA XII DEL LIBRO I DE HORACIO

Quem virum aut heroa.

¿A qué varón ensalzará tu lira?
¿A qué deidad tu cítara dorada,
Para que el eco de su nombre suene,
Musa divina,

O de Helicón en los umbrosos bosques,
O sobre el Pindo y en el Hemo frío,
Donde las selvas a la voz de Orfeo
Raudas giraron?

Él con el arte de su madre para
Rápidos ríos, voladores vientos,
Y enajenadas tras sus dulces sones
Van las encinas.

¿A quién primero celebrar que al Padre,
De hombres, y dioses al monarca augusto,
Que cielo y tierra y las fugaces horas
Próvido rige?

Nada al Tonante en dignidad excede,
Nada se iguala a su divina alteza,
Tras él obtiene la guerrera Palas
Nuevos honores.

Ni a Baco olvido en las batallas fuerte,
Ni a ti, doncella pavorosa a fieras,
Ni a ti temible por certero dardo,
Claro Timbreo.

[p. 91] Diré de Alcides y los dos insignes,
Uno en la lid, en la carrera el otro,
Que, blanca estrella, al navegante guían,
Hijos de Leda.

Así que brilla su divina lumbre,
Fluyen la rocas agitada espuma,
Huyen las nubes y los vientos callan,
Callan las ondas.

¿Diré tras esto al fundador Quirino,
La paz de Numa, las Tarquinias fasces
O de Catón el de Útica la noble
Muerte gloriosa?

Nombre en su canto la guerrera musa
A Escauro fiero, a Régulo constante,
Pródigo a Paulo de su heroica vida,
Fuerte a Fabricio.

Nombre a Camilo y al intonso Curio,
Rayo en la lid, que en áspera pobreza, [1]
Campos humildes y paternos lares
Sólo habitaron.

Como árbol sube que callado crece
Marcelo en faina, y el planeta Julio
Brilla, cual suele entre menores lumbres
Cándida luna.

Padre y custodio de la humana gente,
Jove Saturnio, a quien velar por César
Dieron los hados: las alturas rige,
Rija él la tierra.

[p. 92] O ya conduzca domeñado en triunfo
Al Parto siempre amenazante al Lacio,
O ya subyugue en el extremo Oriente
Indios y Seras,

A ti inferior dominará la tierra;
Tú en grave carro estremeciendo a Olimpo, [1]
Abrasarás con enemigos rayos
Bosques impuros.

Santander, 25 de julio de 1875.

[p. 93] ODA V DEL LIBRO I DE HORACIO [1]

Quis multa gracilis...

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso ungüento,
Te estrecha, Pirra, en regalada gruta,
Cabe su seno?

¿Por quién sencilla y a la par graciosa
Enlazas las flexibles trenzas?
¡Ay cuando llore tu mudanza el triste
Y tu inclemencia!

Mar agitado por los negros vientos
Serás al confiado amante,
Que siempre alegre y amorosa siempre
Piensa encontrarte.

¡Mísero aquel a quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya suspendí en ofrenda
Veste mojada.

Santander, 9 de julio de 1875.

[p. 94] ELEGÍA I DEL LIBRO I DE TIBULO [1]

Divitias alius fulvo sibi congerat auro
Et teneat culti jugera multa soli.

Otro tenga opulento plata y oro,
Yugadas mil de cultivado suelo,
Y sin cesar aquéjele el recelo
De enemigo que anhela su tesoro;

Su sueño ahuyente la guerrera trompa,
Pase mi vida sin laurel ni fama,
Arda siempre en mi hogar tranquila llama,
Lejos de mí la lid, lejos la pompa.

No deje la esperanza mis umbrales,
Mas compense del año la fatiga
En vino ardiente y en preñada espiga,
Y proteja mis tiernos recentales.

A las plantas daré sabroso riego,
Frutales plantará mi diestra mano,
De alegres vides ornaráse el llano,
Fértil la tierra escuchará mi ruego.

[p. 95] Veloz aguijaré los tardos bueyes,
Y si el balido de la oveja suena,
O el cabritillo por su madre pena,
Los llevaré en mis hombros a sus greyes.

En la estación de frutos precursora
Lustro aquí religioso mis pastores,
Y baño en leche y entretejo en flores
El ara de la Diosa labradora.

Pues en el rudo tronco la venero,
Y humilde imploro su favor divino
En la vetusta piedra del camino
Que marca de dos tierras el lindero.

De espigas, Ceres, tejeré corona
Que de tu templo ante los postes penda,
Y al Dios agricultor haré la ofrenda
De cuanto fruto el año nos endona.

Y en los huertos pomíferos, inmundo,
La diestra armada de segur tajante,
Príapo, ahuyentará la grey volante,
Con forma obscena y rostro rubicundo.

Y a vosotros, oh dioses familiares
Que protegéis mi hacienda todavía,
Hoy tan menguada si opulenta un día,
Dones ofreceré, rústicos Lares.

Propicios aceptad, númenes, todo,
Aunque de pobre mesa en frágil vaso
Que labrador antiguo, de arte escaso,
Fabricó para sí de tenue lodo.

¡Oh ladrones, oh lobos carniceros,
Os ruego perdonéis a mi ganado;
Otro redil os dé botín colmado,
Buscad para la presa otros senderos!

[p. 96] No ansío de mis padres la riqueza,
Ni la opulenta troj de mis abuelos;
Pobre mies satisface mis anhelos.
Descanse en pobre lecho mi cabeza.

Me es dulce oír el Aquilón sonante
Y a mi amada estrechar, mientras él ruge,
Cuando a su embate poderoso cruje
Mi combatido techo vacilante...

Y cuando lance el Austro sus corrientes
Y desborde los cauces espumosos,
Arrullarán mi sueño cadenciosos
De la perenne lluvia los torrentes.

Si reina acaso la inclemencia estiva,
Del fiero Can el hálito abrasado
Esquivaré, a la sombra recostado,
Por do murmura el agua fugitiva.

¡Antes perezcan esmeraldas y oro,
Que suspire por mí mi triste amante,
Cuando me entregue al piélago inconstante,
Ni sus mejillas humedezca el lloro!

A ti, oh Mesala, bélica prudencia
Pertenece mostrar por tierra y mares,
En despojo trayendo a tus hogares
De cien vencidos pueblos la opulencia.

Mas yo cautivo en tus hermosos ojos,
Oh Delia, estoy, y ante tu puerta dura
Alegre me consumo en vida oscura
Por solo un beso de tus labios rojos.

Y cuando llegue a mí la hora postrera
Véate yo postrada ante mi lecho,
Con lamento que hiera el alto techo,
Derramar una lágrima sincera.

[p. 97] Y llamando a los dioses, aunque en vano,
Cuando se extinga mi postrer aliento,
¡Que pueda yo en el último momento
Asirme a ti con moribunda mano!

Tú llorarás sobre la alzada pira,
Triste beso a las lágrimas mezclando;
Que no es de pedernal tu pecho blando,
Ni tus entrañas como férrea vira.

No importunes mi sombra; el dolor pasa;
No maltrates, oh Delia, el rostro bello,
No te meses el nítido cabello,
No oscurezcas la lumbre que me abrasa.

Hoy puedo suspirar por tu belleza,
Hoy te amaré, pues lo consiente el hado;
Ya vendrá la vejez con pie callado,
Cubierta de tinieblas la cabeza.

Aun brilla la estación de los amores,
De alegres risas y lascivo fuego;
Aun las puertas quebranto en blando juego;
Estas mis guerras son y mis dolores.

Lejos de mí clarines y banderas,
Gloria buscad, grandezas y tesoro;
Despreciador de la pobreza y oro,
Yo viviré contento con mis eras.

Santander, 9 de enero de 1874.

[p. 98] ELEGÍA DE OVIDIO

A LA MUERTE DE TIBULO

Memnoma si mater, mater ploravit Achillen.

Si a su hijo Memnón lloró la Aurora,
Si Tetis lloró a Aquiles esforzado,
Si llega el crudo revolver del hado
A la Deidad que en el Olimpo mora;

¡Oh Musa de la flébil elegía!
Laméntate en endecha lastimera,
Destrenza sin primor tu cabellera;
¡Bien mereces tu nombre en este día!

Arde cadáver en alzada pira
Aquel de tu deidad honor y gloria,

Y la hija imnortal de la Memoria
Tierna como él y lánguida suspira.

El rapaz de la madre Citerea
Rompe triste la aljaba y pasadores,
Y, extinguida la luz de los amores,
Lleva en la diestra la apagada tea.

Con las manos lastima el rostro bello,
Hiere su pecho en desconsuelo tanto
Recoge los raudales de su llanto,
Suelto sobre los hombros su cabello.

Tal dicen que salió de tus umbrales,
Oh Julo Ascanio, en el solemne día
En que el cadáver de tu padre ardía
Con sacra pompa y regios funerales.

[p. 99] Y no menos sintió bella Afrodita
De su cantor la miseranda suerte,
Que cuando vió que daba cruda muerte
A su Adonis gentil fiera maldita.

Al gran poeta la Deidad le llora,
Él es sagrado entre la humana gente,
Arde fuego del cielo en nuestra mente,
Dicen que un dios en nuestro pecho mora.

¿Y no respeta ese divino aliento
Tu profana segur, muerte importuna?
Vida feliz y mísera fortuna
Pasan cual sombras que arrebata el viento.

Del Ísmaro el cantor, el que las fieras
Con su voz amansaba peregrina,
Aunque de estirpe descendió divina,
No detuvo las horas pasajeras.

El Dios autor de la celeste lumbre
Su muerte lamentó con triste canto,
Y por él derramó copioso llanto
Diva Caliope en la Parnasia cumbre.

Aquel hijo de Esmirna, cuya boca
Fué manantial de versos inmortales,

Que en cristalinos, plácidos raudales,
Bañan el Pindo y la Pieria roca,

También al cabo descendió al Averno
Y vió los antros de la noche oscura;
Pero su gloria para siempre dura,
Y vive Homero en su cantar eterno.

Por él Aquiles en su carro vuela,
Fiero terror de la troyana gente,
Por él la casta esposa tristemente
Vuelve a tejer la destejida tela.
[p. 100] Así vivirá el canto lastimero
Que expresó de Tibulo los dolores,
De Némesis y Delia los ardores,
Una el primer amor, otra el postrero.

¿Detuvisteis la muerte presurosa
Con vuestros sacrificios religiosos,
Con agitar los sistros sonorosos,
Con puro lecho y lustración piadosa?

¡Ah! cuando hiere la guadaña cruda
Al varón justo, al virtuoso, al sabio,
¡Oh Dioses, perdonad mi torpe labio!,
De vuestro ser mi entendimiento duda.

Piadoso vive, morirás piadoso;
Con ofrendas adoma los altares;
En breve dejarás tus dioses Lares
Para sumirte en el sepulcro odioso.

Si en la belleza de tu canto fías
Que ha de salvarte de la tumba helada,
Mira a Tibulo en la postrer morada,
En urna breve sus cenizas frías.

¡Oh celestial cantor! ¿La llama fiera
Tu pecho consumió, de amores nido?
¿Cebarse en tus entrañas ha podido?
¿Ardió tu cuerpo en funeral hoguera?

¿Y tal maldad los dioses consintieron,
En cuyas aras el incienso humea?
¿Por qué no abrasa vengadora tea

Los áureos templos que la infamia vieron?

Los ojos apartó madre Ericina,
La que habita de Pafos en la altura,
Cubrió su rostro palidez oscura,
Y derramó una lágrima divina.

[p. 101] Y aun fuiste más feliz que si la muerte
De Feacia en los campos te alcanzara
Y en urna vil tu polvo descansara:
Fuéte propicia al fin la adversa suerte.

Al menos hoy en tu postrer partida
Los ojos te cerró madre amorosa
Y tu ceniza recogió piadosa;
¡Triste recuerdo de tu amarga vida!

Y suelta la flotante cabellera,
Tu hermana lamentó tu muerte triste,
Y al lado de tu madre siempre asiste,
En su dolor y llanto compañera.

Con sus besos los suyos han unido
Tu Némesis, tu Delia juntamente;
De entrambas se escuchaba el son doliente,
Mientras era tu cuerpo consumido.

Así al partir tu Delia suspiraba,
Dejando con pesar la extinta hoguera:
«¡Felice yo, que tus amores era!
¡Felice fuiste mientras yo te amaba!»

«¡Ah! no acrecientes mi dolor tirano,
Némesis dijo al escuchar su acento,
Yo recogí su postrimer aliento,
Él me estrechó con moribunda mano.»

Si somos más que sombra fugitiva,
Si un resto acaso de existencia dura,
De los Elíseos bosques la espesura
En su seno tu espíritu reciba.

Allí de lauro y hiedra coronado,
Con Calvo vagarás, dulce Tibulo;
Allí resuena el canto de Catulo

Por las helenas Musas arrullado.

[p. 102] Galo camina. con erguida frente,
Pálido aún por la reciente herida;
Con propia sangre rescató su vida,
De crímenes horrendos inocente.

Tal morada tu espíritu posea,
Pues fuiste de las Piérides amado,
¡Duerma en la urna el polvo sosegado;
Leve la tierra a tu ceniza sea!

Santander, 18 de marzo de 1875.

[p. 103] FRAGMENTO DEL POEMA DE PETRONIO

DE MUTATIONE REIPUBLICAE ROMANAE

Orbem jam totum virtor Romanus habebat.

Ya el orbe todo ante sus pies rendido,
Tierras y mares, el Romano viera;
Y aún no saciada su ambición, las olas
Peso oprimía de guerreras quillas;
Si alguna tierra. en su escondido seno
Oro encerraba, con inicua guerra
Se extraía el metal de sus entrañas;
Ya no agradaban los vulgares goces
Ni los deleites que la plebe anhela;
Asiria rinde sus preciadas conchas,
Y sus perfumes la feliz Arabia,
Sérica lanas mármoles Numidia;
Tiñe el blanco vellón de las ovejas
Rojo color de púrpura de Tiro.
¡Fuentes de guerra, destrucción y llanto!...
El elefante de preciosos dientes
Es perseguido en la africana selva
Hasta el árido Ammón, de Libia extremo.
Vienen los tigres en dorada jaula
Sangre humana a beber, entre el aplauso
De ronca multitud que el circo llena...
Mesas de cedro, de África traídas,
[p. 104] Servil rebaño, púrpura esplendente
Del suntuoso festín la pompa aumentan.
Trae al banquete la ingeniosa gula

Vivo el escaro en agua de Sicilia,
La leve concha de Lucrinia playa;
Y ya sin aves la remota Fasis
En su triste ribera sólo escucha
Gemir el viento en las desiertas hojas...
Venden sus votos en el campo Marcio [1]
Los Quirites; venal es el Senado, [2]
Venal el pueblo, mercaderes todos;
Por precio vil se otorgan los favores,
Y la virtud ni en los ancianos queda;
La augusta majestad se rinde al oro;
Es Roma de sí propia mercancía;
Ni un brazo se ha de alzar en su defensa;
Es presa vil de quien primero llegue...
Soñolienta, en el ocio sumergida,
¡Quién podrá levantarla de su cieno,
Sino el furor y la espantosa guerra.
Y con el hierro la ambición armada!

Santander, agosto de 1875.

[p. 105] HIMNO DE PRUDENCIO

EN LOOR DE LOS MÁRTIRES DE ZARAGOZA

Bis novem noster populus sub uno.

De diez y ocho las cenizas guarda
Mártires sacros, en la misma urna
Fiel nuestro pueblo: a Zaragoza asiste [1]
Gloria tan alta.

De ángeles llena la ciudad augusta,
No, frágil mundo, tu ruina teme,
Pues tantos dones que ofrecer a Cristo
Lleva en su seno.

Cuando el Señor, sobre candente nube,
Descienda, y vibre la fulmínea diestra,
Y justo pese con igual balanza
Todas las gentes,

Delante el Cristo, la cabeza erguida,
Prestas del orbe las ciudades todas

Irán llevando en azafates de oro
Ricos presentes.

La África tierra mostrará tus huesos,
Doctor Cipriano, de facundo labio,
Y a Acisclo, a Zóel y sus tres coronas
Córdoba magna.

[p. 106] Madre de santos, Tarragona pía,
Triple diadema ofrecerás a Cristo,
Triple diadema que en sutiles lazos [1]
Liga Fructuoso. [2]

Cual áureo cerco rutilantes piedras, [3]
Ciñe su nombre al de los dos hermanos;
De entrambos arde en esplendor iguales
Fúlgida llama.

Los santos miembros del invicto Félix [4]
Pequeña y rica ostentará Gerona;
Los dos guerreros Calahorra, nuestra [5]
Patria querida. [6]

Con Cucufate se alzará Barcino,
Y con su Paulo la feraz Narbona,
Con tus cenizas la potente Arelas,
Divo Genesio.

Virgen Eulalia, tus reliquias lleve
En don a Cristo y hasta [7] el ara misma,
De Lusitania la ciudad cabeza,
Mérida insigne.

Doble tributo, duplicada ofrenda
Lleve en sus manos [8] la feliz Compluto:
De Justo y Pástor la inocente sangre,
Cándidos miembros.

[p. 107] Tánger, sepulcro de Masilos reyes,
No la ceniza de Casiano olvide [1]
Que el suave impuso a los domados pueblos
Yugo de Cristo.

Pocas ciudades mostrarán un mártir,

Con dos o tres agradarán algunas,
Tal vez con cinco ofrecerán a Cristo
Prenda de alianza.

Diez y ocho tú presentarás, Augusta [2]
Ciudad dichosa, del Señor amada, [3]
Cinta la sien de ensangrentada oliva,
Signo de paces.

Tú sola al paso del Señor pusiste
Mártires sacros en legión inmensa,
Sola tú rica, de piedad espejo,
Rica en virtudes.

No te igualaron en tesoro tanto
Cartago, madre del guerrero peno,
Ni Roma misma que el excelso ocupa
Solio del mundo.

La limpia [4] sangre que bañó tus puertas
Por siempre excluye a la infernal cohorte;
Purificada la ciudad, disipa [5]
Densas tinieblas. [6]

Nunca las sombras tu recinto cubren,
Huye de ti la asoladora peste, [7]
Y Cristo mora en tus abiertas plazas,
Cristo doquiera.

[p. 108] De aquí ceñido con la nívea estola,
Emblema noble de togada gente,
Tendió su vuelo a la región empírea
Coro triunfante.

Aquí, Vicente, tu laurel florece;
Aquí, rigiendo al animoso clero,
De los Valerios la mitrada estirpe
Sube a la gloria.

¡Oh, cuántas veces la borrasca antigua,
En torbellino estremeciendo el orbe,
De este almo templo quebrantó en los muros [1]
Su hórrida safia! [2]

Mas de teñirse la gentil espada [3]
Ni un punto en sangre de los nuestros cesa: [4]
A cada golpe del granizo brotan
Mártires nuevos.

¿Tú no teñiste con purpúreas gotas,
Claro Vicente, el augustano suelo [5]
Como preludio de la no distante [6]
Muerte gloriosa? [7]

Así del Ebro la ciudad te honora [8]
Cual si su césped te cubriera amigo, [9]
Cual si guardara tus benditos huesos [10]
Tumba paterna.

[p. 109] Nuestro es Vicente, aunque en ciudad ignota
Logró vencer y conquistar la palma;
Tal vez el muro de la gran Sagunto
Vió su martirio.

De Zaragoza en el estadio [1] ungido [2]
De fe y virtudes con el óleo santo, [3]
Para domar al enemigo horrendo
Fuerzas obtuvo.

Vió en esta Iglesia las diez y ocho palmas, [4]
Los patrios timbres su heroísmo encienden, [5]
Y ardiendo en sed de acrecentarlos vuela [6]
Presto al combate. [7]

Aquí los huesos de la casta Engracia
Son venerados: la violenta virgen
Que holló resuelta las del vano mundo [8]
Pompas falaces. [9]

Mártir ninguno en nuestro suelo mora,
Cuando ha alcanzado su glorioso triunfo;
Sola tú, virgen, nuestra tierra habitas,
Vences la muerte.

Vives y aun puedes referir tus penas,
Palpando el hueco de arrancada carne;
Los negros surcos de la atroz [10] herida

Puedes mostramos.

[p. 110] ¡Qué impio sayón te desgarró el costado,
Vertió tu sangre, laceró tus miembros!
Partido [1] un pecho, el corazón desnudo
Vióse patente.

¡Mayor tormento que la muerte misma! [2]
Cura la muerte los dolores graves
Y al fin otorga a los cansados miembros
Sumo reposo.

Mas tú conservas cicatriz horrible,
Hinchó tus venas dolorosa llama [3]
Y tus medulas pertinaz gangrena
Sorda roía.

Aunque el acero del verdugo impío
El don te niega de anhelada muerte,
Ceñir lograste, cual si no vivieras, [4]
Mártir, la palma.

De tus entrañas una parte vimos
Arrebatada por agudos garfios;
Murió una parte de tu propio cuerpo,
Siendo tú viva.

Título nuevo de perenne gloria
Nunca otorgado, concedióle Cristo
A Zaragoza; de una mártir viva
La hizo morada.

Alza tu frente, esclarecido pueblo,
Rico en Optato y en Lupercio rico;
De los diez y ocho a tu senado ilustre
Salmos entona.

[p. 111] Canta a Succeso y a Marcial celebra,
Canta la muerte del feliz Urbano,
De Quintio y Julio el venerado nombre
Suene en tus himnos.

Repita el coro de Frontón la gloria,
Del animoso Ceciliano el triunfo

Y la preciosa de Egüencio y Féfix
Sangre vertida. [1]

Ni a Publio olvide ni a Apodemo claro,
Ni a Primitivo en el silencio deje,
Ni a aquellos cuatro que nombrar esquiva
Sáfico metro.

La edad antigua Saturninos llama
A estos varones, y mi amor los nombra;
No es el cantar a los de Dios electos [2]
Vano ejercicio. [3]

Grande es el arte que en sus cantos sepa [4]
Los áureos nombres engarzar de aquéllos;
Cristo los sabe y los conserva escritos
Libro celeste.

Serán leídos en tremendo día
Cuando tu ángel los diez y ocho ofrezca
Que por derecho de martirio y tumba
Rigen tu pueblo.

Y ha de añadir al número primero [5]
La casta virgen [6] tras tormentos viva,
Muerto a Vicente, pues su gloria es nuestra
Nuestra su sangre.

[p. 112] Y ha de mostrar a Cayo y a Cremencio [1]
Saliendo ilesos del cruel certamen,
Llevando en signo de menor victoria
Palma incruenta.

La fe de Cristo confesaron ambos,
Ambos lucharon con viril denuedo,
Ambos gustaron, aunque levemente,
Gloria y martirio.

De nuestras culpas el perdón implora
Esta legión bajo el altar guardada
En Zaragoza, de tamaños héroes [2]
Ínclita madre. [3]

Dejad que bañe con piadoso llanto

Mármol que cubre la esperanza nuestra
Para romper las ligaduras fuertes
De mis pecados.

Póstrate humilde, generoso pueblo,
Y, acompañando la festiva pompa,
Sigue después las resurgentes almas, [4]
Sigue los miembros. [5]

Santander, 15 de agosto de 1875.

[p. 113] CINTRA

POEMA LATINO DE LUISA SIGEA, TOLEDANA

Est locus occiduas ubi sol æstivus ad oras...

Guardan un sitio las hesperias playas
Do, en ebúrnea carroza conducido,
Cuando vence la noche al claro día,
Su radiante corona el sol estivo
Desciñe, y los corceles fatigados
Baña del ponto en los cristales fríos.
Un valle, do murmuran frescas aguas,
Cercan peñascos hasta el cielo erguidos,
El mar dominan y tocar parecen
La etérea cumbre tres enhiestos picos.
Y si no orlaran su cabeza nubes,
Dijérase que en ellos sostenido,
Como en pilares de diamante inmobles,
Del cielo estriba el eternal zafiro.
Moran allí los Faunos saltadores, [1]
Y el antro, de las fieras escondido
Penetra el cazador, de astucia armado,
Que hiere con la madre al cachorrillo.
Sus verdes hojas desplegando el roble
De la intrincada selva en el recinto,
Sombra y morada placentera ofrece
A Silvanos y Sátiros lascivos.
[p. 114] El haya crece allí, crece la encina,
Y el álamo de Alcides escogido,
Y el peral, el cerezo y el castaño
Con las flexibles ramas del corylo.
Y otros dones innúmeros que al hombre
Feliz para sustento ha concedido

La bondad de los dioses inmortales,
Míranse a breve espacio reducidos.
Allí la rubia Ceres por su mano
Enseña a cultivar el suelo opimo,
Semillas lanza, y las alegres mieses
Hace luego brotar del surco hendido.
A la siniestra del florido valle
Por do al Arctos el mundo está vecino,
Alegres pastos a la grey balante
Ofrece Pan en campos extendidos.
La hespéride granada purpuréa
Del hondo valle en el recinto esquivo;
Muestra el laurel sus hojas, que corona
Tejen al luchador de premio digno.
Encrespándose da sombra sagrada,
Amado de Afrodita, el leve mirto;
Hállanse al par de bien olientes flores
De Cintra en el vergel frutos dulcísimos.
Se oye el cantar de suave Filomela
Y de la viuda tórtola el gemido,
Y cuantas aves por el éter vagan
Tienen en estos árboles sus nidos.
Llenan la selva sus alegres cantos,
Rosas produce el prado, violas, lirios,
[p. 115] Y la menta aromosa y el romero,
El tomillo, la nepta y el narciso.
De yerba ornados, de verdor y flores
Ríen doquier el prado y el ejido;
Con flores entretejen sus coronas
Las Dríadas, los Faunos fugitivos.
Fúlgida rueda susurrante el agua [1]
Del rudo [2] seno de peñón altivo
A regar en corriente sosegada
El valle melancólico y sombrío;
Forma ancho estanque do las Ninfas bellas
Bañan tal vez sus cuerpos peregrinos,
Cuando la Aurora en su carroza esplende
O cuando al cielo cubre manto umbrío.
Regio alcázar elévase en la orilla
Del lago limpidísimo y tranquilo,
Y desde allí las cándidas doncellas
Prado contemplan y jaral bravío.
Desde allí sus delicias yo admiraba,
En cada objeto el ánimo embebido,
Al tiempo que la Aurora derramaba [3]
Por tierra y cielos su esplendor divino.

Cuando el espejo líquido quebrando
Brota gallarda Ninfa de improviso,
En voz y aspecto semejante a diosa,
Que con acento blando así me dijo:

—«Salve, doncella de los dioses cara,
¿Qué miras, di, desde la torre erguida?
¿De tu princesa conocer el hado
Quieres, Sigea?»

[p. 116] Y respondíla: —«Si los altos Dioses
Cumplir quisieran lo que yo deseo,
A mi señora en los sublimes astros
Vieras alzada.

Oh tú que en rostro, cabellera y ojos,
En leve paso y en mullido seno,
Diosa pareces que el lugar custodias,
Cándida Ninfa,

De cuya boca transparente manan
De aqueste río las serenas ondas,
Tú revelarme el celestial decreto
Puedes acaso.

Dime la suerte que a la virgen regia
Guardan los hados en futuros días,
Cuál la reserva el eternal destino
Tálamo de oro.»

Interrumpióme con rosado labio:
—«Virgen, escucha, mi verdad no dudes;
Poco ha Neptuno a las etéreas sedes
Me ha conducido.

En el alcázar del supremo Jove,
La ambrosia y néctar en doradas copas
Los inmortales, de fulgor ceñidos,
Ledos gustaban.

Ya retiradas las fragantes mesas,
Por tu señora suplicaron todos,
Para que a cuantas en virtudes vence
Venza en imperio.

Por la Princesa agradecidos ruegan
Minerva docta y el canoro Febo
Y Caliope, del Saturnio padre
Prenda querida.

[p. 117] A éstos amara la gentil doncella
Que sabiamente penetró sus artes;
Con aquel rostro que los cielos calma
Jove repuso:

—«Dioses, gozaos; inmutables yacen
Los altos hados de la excelsa virgen;
Si ve a otras manos empuñar el cetro,
No desespere.

Ya su lugar encontrará el destino;
Con gran fatiga a la elevada cumbre
Logra arribarse; no tolera el cielo
Débiles dioses.

Cual otras, fácil encontrara esposo,
Mas el que a ella destinó la suerte
Lugar ocupa en elevada cima, [1]
Lejos del vulgo.

Feliz el orbe regirá domado,
Cuando a él se enlace la gentil princesa,
Y entrambos polos doblarán la frente [2]
A tu Señora. [3]

Vuela a anunciarle que tranquila pase [4]
Ya sin recelo sus alegres días,
Y a repetirle el que de mí escuchaste
Fiel vaticinio.

No te acongojes, ni temor alguno
Tal vez te impida predecir los hados,
Que por su orden cuanto tú dijeres
Ha de cumplirse.»

[p. 118] —«El tiempo dime del augurio, Ninfa,»
(Yo repliquéla) y respondióme aquesto:
«Justo es tu ruego; conocer el plazo
Justo parece.

Díjolo el padre, al terminar la fiesta:
Antes que Febo en su perpetuo giro
Raudo del Cancro al Agocero helado
Pase dos veces,

Ha de cumplirse el eternal decreto.
Feliz entonces, pues sus votos logra;
Llevar al ara la Princesa debe
Sacros perfumes.»

Dijo la Ninfa, y ocultóse luego
En rápido, argentado remolino,
Surco trazando, al sumergirse, leve
En las ondas del lago, antes tranquilo.
Y yo que incierta por la infanta estaba,
Sabedora por fin de su destino,
Juzgué que a revelarle, disfrazado,
Mercurio descendiera del Olimpo.
Hoy constante es mi fe; por tal augurio
Al cielo entrambas manos hoy dirijo,
Y si se cumple en mi Princesa el hado,
Pienso obtener lugar casi divino.

Santander, 27 de diciembre de 1875.

[p. 119] TRADUCCIÓN

DEL FRAGMENTO APÓCRIFO DE CATULO

QUE FORJÓ EL ABATE MARCHENA

Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso,
Invicto en las batallas y armipotente más;
Será de estirpe Eácida, que sólo el fuerte Aquiles
A tal varón pudiera noble prosapia dar;
Le admirarán los siglos mientras que nuestros dedos [1]
De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,
Antes el orbe todo triunfante correrá;
Los campos de Germanía que corta el Istro helado,
Los que el etíope Nilo fecundizando va,
La tierra de Saturno, de mieses abundosa,
Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

De su valor ingente se admirará el germano,
Y el dacio y el escita guerrero temblarán,
Pues como la centella que Jove airado lanza
Entre fragor de truenos y recia tempestad,
Si prende en seca paja o en rosonante espiga,
Por campos y montañas extiéndese voraz,
Así él con muertos cuerpos atajará a los ríos
Cuando soberbios corran a sumergirse al mar.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

[p. 120] Mas cuando la victoria su frente coronare,
Anime la clemencia su soberana faz;
Venciendo y perdonando someta a los vencidos,
Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del Porvenir las telas fatídicos hilad.

Éstos serán los juegos en que el potente Aquiles
Los años ejercite de su florida edad,
Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo,
Y al orbe retornare la fugitiva paz,
El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,
En senectud gloriosa su pueblo regirá;
Y al pueblo y al monarca los dioses sus

mercedes,
Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Nunca el furor impío, su veste desgarrando,
En intestinas lides abrase la ciudad,
Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hijos
Tiñan en propia sangre el brazo criminal. [1]
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

Desde la santa era de Deucalión y Pirra
Ninguna más dichosa que esta futura edad.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros,
Del porvenir las telas fatídicos hilad.

[p. 121] LOS SEPULCROS

POEMA ITALIANO DE HUGO FÓSCOLO

A HIPÓLITO PINDEMONTE

Deorum manium iura sancta sunto.
(XII Tablas)

All'ombra de'cipressi e dentro l'urne...

¿Del ciprés a la sombra, en rica urna
Bañada por el [1] llanto, es menos duro
El sueño de la muerte? Cuando yazga
Yo de la tumba en el helado seno,
Y no contemple más del sol la lumbre
Dorar las mieses, fecundar la tierra,
Y de yerbas cubrirla y de animales,
Y cuando bellas, de ilusión henchidas,
No pasen ya mis fugitivas horas, [2]
Ni, dulce amigo, tu cantar escuche
Que en armonía lúgubre resuena;
Ni en mi pecho el amor, ni arda en mi mente

El puro aliento de las sacras Musas,
¿Bastará a consolarme yerto mármol
Que mis huesos distinga entre infinitos
Que en la tierra y el mar siembra la Muerte?

Es verdad, Pindemonte, aun la Esperanza,
Última diosa, los sepulcros huye;
[p. 122] Todo el olvido en su profunda noche
Presto lo oculta, y sin cesar girando
Una fuerza invencible lo arrebata, [1]
Y el hombre y sus sepulcros suntuosos [2]
Y sus últimos restos y sus nombres
De la tierra y del cielo borra el Tiempo.
¿Mas no vive el mortal, cuando ya muda
Es para él del mundo la armonía,
Si puede alimentar dulces recuerdos [3]
En los pechos amantes? La celeste
Correspondencia de amoroso afecto
Don es a los humanos otorgado;
por él vivimos con el muerto amigo,
Y él vive con nosotros; la piadosa
Tierra que en su niñez le alimentaba
Le ofrece en su regazo último asilo,
Y sus cenizas de la lluvia impía
Y del profano pie guarda y defiende;
Su nombre escribe en mármol, y con flores
De árbol amigo su sepulcro cubre,
Sobre él tendiendo bienhechora sombra.

Mas quien afectos no dejó en herencia
Con triste rostro mirará las tumbas,
Errar verá su espíritu desnudo [4]
Por las orillas de Aqueronte río, [5]
[p. 123] O levantarse en las augustas alas
Del divino perdón, pero su polvo
Deja a la ortiga del terrón desierto,
Donde ni dama enamorada ruegue,
Ni escuche el pasajero los suspiros
Con que desde el sepulcro hablan los Manes.
Nombre tan sólo aquellos muertos tienen
Que con piadoso llanto son honrados. [1]
¡Oh Talía! sin tumba el sacerdote
Yace, que con amor, en pobre asilo,
Te consagró [2] un laurel, ciñó tus sienes
Con preciada corona; tú aplaudías

En dulce risa el cántico festivo,
Punzante al Sardanápalo lombardo,
Con el mugir dormido de sus bueyes,
Que arando las campiñas del Tesino
Ocio le dan, riquezas y abundancia.
¡Oh bella Musa! ¿dónde estás? No siento
Pura ambrosía, indicio de tu numen,
Entre las plantas do sentado lloro [3]
Por mi techo materno. [4] Aquí venías
Tu poeta a escuchar, bajo aquel tilo
Que hoy gime y tiende sus dobladas hojas
Porque no cubre, oh Diosa, del anciano
La urna con la sombra de sus ramas.
[p. 124] ¿Buscas tal vez en túmulos plebeyos
El lugar do descansa la cabeza
Sagrada de Parini? No en sus muros
Sombra le puso, mármol ni inscripciones
Milán, la de cantores enervados [1]
Engendradora; [2] sus cenizas mancha
Tal vez con torpe sangre el homicida
Que purgó en el patíbulo su crimen;
Acaso siente cuál sus huesos roe
Abandonado can que triste aúlla
Y hambriento escarba la olvidada fosa,
Mientras nocturno buho vuelve al nido
Si la luna alumbró el fúnebre campo,
Y en inmundos sollozos se lamenta
Del pálido fulgor que los luceros
Sobre la tumba abandonada vierten.
¡Oh sacra Musa! de la oscura Noche
Por tu poeta la merced implora.
¡Ay del difunto que ni gloria humana
Tras sí dejare ni amoroso llanto!
Flores no nacerán sobre su losa.

Cuando las nupcias, tribunales y aras
Dulcificaron de la humana gente
Las ásperas costumbres, y piadosas
Tornáronlas, los vivos arrancaron
Al aire vago, a las voraces fieras
Los míseros despojos que Natura
En raudo vuelo, en incesante giro,
Nueva existencia a producir destina.
[p. 125] Monumentos de gloria los sepulcros
Fueron al par que venerandas aras.

Allí los Lares responder solían,
Del oráculo allí la voz oyóse,
Y fué temido el juramento horrible
Sobre el paterno polvo pronunciado.
Tal religión que con diversos ritos
La virtud patria y la piedad unía,
Fué por largas edades continuada.
No siempre el pavimento recubrieron
De los templos las losas sepulcrales,
Ni el hedor de cadáveres mezclado
Al humo del incienso respiróse,
Ni entristecieron la ciudad efigies
De hórridos esqueletos, ni la madre
Despertaba del sueño estremecida,
Tendiendo el nudo brazo a la cabeza
Del tierno niño que en su seno yace,
Oír pensando de irritada sombra
Largo gemir que el corazón le helaba.

En otra edad los cedros, los cipreses,
De efluvios puros impregnando el aire,
Hojas tendían en memoria eterna
Sobre la urna, y en corintios vasos
Derramadas las lágrimas votivas,
Una antorcha encendían los amigos, [1]
Para alumbrar la subterránea noche,
[p. 126] Porque los ojos moribundos buscan
La luz del sol, y el último suspiro
Todos los pechos a su luz exhalan.
Las fuentes derramando aguas lustrales,
Amarantos regaban y violas
En el fúnebre cerco, do si alguno
A libar leche y a contar sus penas
A los caros finados se acercaba,
Sentía en torno una fragancia pura
Como las auras del Elíseo prado.

Hoy piadosa locura a las doncellas
Britanas hace suburbanos predios
Mucho estimar, donde el amor las lleva
De la perdida madre, do imploraron
Al Genio del lugar por el retorno
Del héroe que rompió vencida nave,
Y de su mástil fabricó su tumba. [1]
Donde duerme el afán de ínclitos hechos, [2]

Y el trémulo pavor y la opulencia
Son del vivir político ministros,
Inútil pompa, precursora imagen
Del Orco son marmóreos monumentos.
Ya el rico, el docto y el patricio vulgo,
Gloria y decoro de la Ausonia tierra,
En sus palacios, entre vil lisonja,
Tiene, aun en vida, excelsa sepultura,
Y en vanos timbres su grandeza asienta.
[p. 127] Ven, dulce muerte, reposado albergue
Do la fortuna sus venganzas cesa;
Recoja la amistad no de tesoros
Herencia, mas de canto no humillado
Y libres pensamientos el ejemplo.

A egregios hechos, Pindemonte, excitan [1]
Las urnas de los fuertes; bella y santa
Hacen al peregrino aquella tierra
Que las oculta. Cuando vi el sepulcro
Donde de aquel varón los restos yacen,
Que el cetro del tirano gobernando, [2]
Deshoja su laurel, y al pueblo muestra
Con qué lágrimas crece y con qué sangre,
Y el féretro de aquel que nuevo Olimpo
Alzó en Roma a los Dioses, y la tumba
Del que vió al sol inmóvil y a los mundos
Bajo el etéreo pabellón rodando,
Y al Ánglico inmortal mostró la vía
Del antes ignorado firmamento;
Dichosa te llamé, ciudad que baña
Aura vital, y lava el Apenino
Con torrentes lanzados de su cumbre.
Limpidísima luz vierte la luna
En tus collados que la vid adorna,
En los cercanos valles que a los cielos
Despiden de mil flores el aroma. [3]
[p. 128] Tú, Florencia, escuchaste la primera
Del desterrado Gibelino el canto,
Y tú los padres diste y el idioma
Al dulce vate, de Caliope labio,
El que al Amor desnudo en Grecia y Roma
De un velo candidísimo adornando,
Volvió al regazo de la Urania Venus
Y más felice aún, porque en un templo
Conservas fiel las italianas glorias,
Las únicas quizá, pues de los Alpes

El mal vedado paso y la inconstante [1]
Omnipotencia de la humana suerte
Armas te arrebataron y defensa,
Y aras y patria, esta memoria sola
Nos resta; de aquí brote refulgente
Luz de esperanza, a la oprimida Italia
Y el fuego encienda en generosos pechos.

Alfieri en estas tumbas a inspirarse
Venir solía; con los patrios dioses
Airado, en torvo ceño, erraba mudo
Por la orilla del Arno más desierta
Con ansioso recelo contemplando
Los montes y los valles, do ninguno
A su anhelar quejoso respondía;
Sobre el mármol dobló la frente austera
Con palidez mortal, mas aún brillaba
La divina esperanza en su semblante.
Hoy yace en esos mármoles; sus huesos
[p. 129] Aun a la voz de patria se estremecen;
Desde el sacro recinto un numen habla,
Numen de patria que animó a los griegos
Contra el persa invasor, en Salamina
Y en Maratón, do consagrara Atenas
Trofeos a sus hijos. El piloto
Que surcó desde entonce el mar Eubeo,
Vió centellear en la tiniebla oscura
Fulgor de yelmos y encendidas teas,
Humear ígneo vapor las rojas piras,
Armas brillar cual si la lid tornara,
Y escuchó en el silencio de la noche
Tumulto de falanges por el campo,
Clangor vibrante de torcidas trompas,
Relincho de corceles voladores,
Gemir de moribundos, triste llanto,
Himnos de gloria, y funerales trenos.

¡Feliz tú que el imperio de los vientos
En tus floridos años recorrieras,
Y si la antena dirigió el piloto
Tras las islas Egeas, cierto oíste
Del Helesponto resonar la costa
Con los hechos antiguos, y espumosa [1]
Y rugiente [2] miraste a la marea
Las armas conducir del fuerte Aquiles,

A las playas Reteas, a la tumba
[p. 130] De Ayax de Telamón! Sólo la muerte
Dispensa con justicia eterna gloria;
Ni astuto ingenio ni favor de reyes
Al Ítaco falaz aprovecharon;
Las ondas le arrancaron su despojo
Por los ínferos dioses concitadas.

Yo en peregrinas tierras fugitivo
Por anhelo de gloria y triste suerte
Estos nombres evoco, que las Musas
Del mortal pensamiento animadoras,
Fieles custodios, los sepulcros guardan,
Y cuando el tiempo con sus alas frías
Osa tocarlos, las Pimpleas hacen
Alegres con su canto los desiertos,
Y vence poderosa su armonía
De siglos mil las sombras y el olvido.
Por eso hoy en la Tróade contempla
Con asombro y respeto el peregrino
Un lugar por la ninfa consagrado
Que fué esposa de Jove, y dió la vida
A Dárdano inmortal, de do Asaraco
A los cincuenta tálamos proceden
Y Troya, el reino de la Julia gente. [1]

Oyó Electra el decreto de la Parca
Que del aura vital la transportaba
A los Eliseos coros, y al Tonante
Esta postrer plegaria dirigía: [2]
[p. 131] «Si te agradó mi rostro y mi belleza [1]
Y las dulces vigilias a mi lado, [2]
Y algún premio mayor no me deparas,
La muerta amada desde el cielo mira
Y haz sagrado el lugar de su sepulcro.»
Rogando así, moría y el Saturnio
Gimió, doblando la inmortal cabeza,
Y ambrosía vertió sobre la Ninfa,
Y aquella tumba consagró por siempre.
Allí yace Erictonio y duerme el justo
Ilión; allí venían las troyanas
Sacrificios a hacer, queriendo en vano
El hado detener de sus maridos;
Allí vino Casandra, cuando el pecho
Ardiendo en sacro fuego, el Dios la hacía

De Pérgamo anunciar los tristes hados,
Y a las sombras cantaba himno amoroso.

Guiando a sus sobrinos exclamaba
Con profundo suspiro: «Si de Argos
Do al hijo de Laerte, al de Tideo
Conduciréis al pasto los corceles,
Tal vez tornar os concediera el hado,
En vano buscaréis la patria vuestra;
Los muros arderán, obra de Febo,
Aun veréis humeantes sus reliquias.
En esta sacra tumba los Penates
Habitarán de Ilión, que en la desdicha [3]
Los Númenes conservan el recuerdo.
[p. 132] ¡Oh palmas y cipreses que las nueras
De Príamo plantaron, y que presto
¡Ay! creceréis con lágrimas bañados [1]
De tristes viudas, proteged mis padres!
Y quien llegare a la espesura sacra
Que vuestras ramas formarán creciendo,
Pío se dolerá de nuestros males
Y tocará con reverencia el ara.
Amparad a mis padres algún día;
Veréis errante a un ciego en vuestros bosques,
Trémulo penetrar en los sepulcros,
Las urnas abrazar e interrogarlas;
Entonces gemirán los hondos antros
Y narrarán las tumbas el destino
De Ilión, dos veces en el polvo hundida
Y dos tornada a alzar con gloria nueva [2]
Para adornar el último trofeo
Del Pélide fatal. El sacro vate,
Aplacando las sombras con su canto,
Ensalzará a los príncipes argivos
Por cuanto baña el piélago sonante,
Y a ti, Héctor, dará llanto sublime.
Santa será la sangre derramada
Por la patria infeliz, mientras radiante
El sol alumbre la miseria humana.»

Santander, 4 de septiembre de 1875.

[p. 133] EL CIEGO

IDILIO DE ANDRÉS CHÉNIER

Dieu dont l'arc est d'argent, Dieu de Claros, écoute...

—«Oye mis ruegos tú, deidad de Claros,
Apolo Smínteo, el de la alada flecha
Y arco de plata. Moriré sin duda,
Si tú no guías a este errante ciego.»
Tal pronunciaba con suspiro triste,
Penetrando en la selva, errante anciano,
Y en una piedra se sentó gimiendo.
Al ladrido tenaz de los molosos,
Custodios fieles de la grey balante,
Tras él corrían con veloces pasos,
Hijos de aquella tierra, tres pastores,
El. furor deteniendo de sus canes,
Por amparar del viejo la flaqueza,
Y acercándose a él, así decían:
—«¿Quién es aqueste anciano, débil, ciego?
¿Será por dicha morador celeste?
Grandeza y altivez su faz descubre, [1]
Pende una lira informe de su cinto,
Y al resonar su canto, se estremecen
El aire, el mar, el cielo y las montañas.
[p. 134] Él sus pasos oyó, y atento espera,
Y tiembla al acercarse, y ambas manos
En ademán de súplica extendía.

—«No temas (dicen ellos), extranjero,
Si ya en forma terrestre, deleznable,
No eres un numen que a la Grecia ampara:
¡Tanta grandeza en tu vejez descubres!
Si eres sólo un mortal, oh triste anciano,
No te arrojaron las marinas olas
A tierra cruda y de piedad ajena.
Nunca el destino da dicha colrnada;
A ti los altos dioses concedieron
Noble y sonora voz, pero tus ojos
Cerraron a la luz del claro día.»

—«Infantil vuestra voz blanda parece;
Niños seréis, mas los discursos vuestros
Prudencia suma [1] y madurez revelan.
Pero siempre recela el indigente
Extranjero que sirven sus desgracias
De objeto a muchos de baldón y risa.

No compararme a los celestes dioses
Oséis: ¿mis canas, mi arrugada frente
Y esta perenne noche de mis ojos
Son de un numen tal vez digno semblante?
¡Soy hombre entre los hombres desdichado!
Si a un pobre conocéis, errante, triste,
A ese tan sólo compararme puedo.
[p. 135] No porque yo intentara, cual Tamiris,
La prez del canto arrebatar a Apolo,
Ni, cual Edipo, con incesto hubiera
Y parricidio sobre mí llamado
De las negras Euménides las iras.
En mi vejez el hado omnipotente
Me reservaba la tiniebla oscura,
Y en destierro vagar, hambre y pobreza.»

—«Toma, y ojalá cambie tu destino,»
Ellos dijeron, y sacando luego
De una de cabra piel, blanca [1] y luciente,
El manjar aquel día preparado,
En sus rodillas ponen a porfía
El blanco pan de trigo, la aceituna,
La almendra, el queso y los melosos higos.
Come también el perro, que yacía
Entre sus pies, mojado y sin aliento,
Que nadando dejó la corva nave
A pesar del remero, y en la orilla
Vino a juntarse a su infelice dueño.

—«No siempre mi destino es inflexible;
Salud, oh niños (el anciano dijo)
De Jove mensajeros. ¡Venturosos
Los padres que a estos niños engeñdraron!
¡Venid y que mis manos os conozcan
Cual si vista tuviera! ¡Oh hijos míos,
Hermosos sois los tres, vuestros semblantes
Hermosos son, y dulces vuestras voces!
[p. 136] ¡Qué amable es la virtud de gracia llena!
Creced cual la palmera de Latona,
Del cielo don, del mundo maravilla,
Que contemplé, cuando mis ojos vieron,
Al aportar a la sagrada Delos,
Cerca de Apolo y de su altar de piedra.
Cual ella creceréis grandes, robustos,

Fuertes, de los mortales venerados,
Porque amparar sabéis tanta desdicha.
Apenas el mayor tendrá trece años, [1]
Oh niños míos; yo era casi viejo
Antes que vuestros padres respiraran.
Siéntate junto a mí, del viejo cuida,
Tú el mayor de los tres.»—«Cantor ilustre,
¿Cómo o de dónde vienes? que las olas
Rugen, por dondequiera en nuestra orilla.»

—«Mercaderes de Cyme me guiaron;
Dejaba [2] de la Caria las riberas,
Por ver si Grecia patria me ofrecía
Y los dioses benignos me otorgaban
Suerte menos cruel, horas serenas.
¡Que la esperanza hasta el sepulcro vive!
Mas nada tengo; ni pagar el viaje
Pude a los nautas, y ellos me arrojaron,
Como visteis poco ha, a vuestra ribera.»

—«Y por qué no cantaste, dulce viejo?
Con tu armoniosa voz pagar podías.»
[p. 137] —«¡Hijos, del ruiseñor los dulces sones
Nunca del buitre calmarán la rabia,
Ni los avaros, insolentes ricos
Alma tendrán para gustar del canto.
Guiado por mi báculo, en la arena,
Del piélago al mugir, solo, en silencio,
Escuché los balidos de un rebaño
Y el resonar de la bronceada esquila.
Tomé la lira; a sus movibles cuerdas
Los dedos apliqué, ya temblorosos,
La bondad implorando de los dioses
Y en especial de Jove hospitalario.
Mas de pronto sonó voz formidable
Y enormes perros contra mí vinieron,
Y vosotros con piedras y con gritos
Calmasteis luego su iracunda rabia.»

—«¿Será cierto tal vez, oh padre mío,
Que ya perverso degenera el mundo?
En otro tiempo al escuchar la lira
Lobos y tigres, su furor rendido,
De un cantor como tú los pies besaban.»

—«¡Bárbaros, ay! Sentado yo en la popa,
Canta, gritaba aquella chusma impía,
Si ve algo más tu ingenio que tus ojos,
Destierra nuestro enfado, vagabundo.
Yo confundirles quise con mi acento,
Mas no se abrió la boca a la respuesta,
Hice callar la lengua, y con la mano
Detuve al Dios hirviente ya en mi seno.
[p. 138] ¡Oh Cyme, pues tus hijos ofendieron
A la prole inmortal de Mnemosina,
Profundo olvido su memoria cubra
Y sepulte su nombre densa noche!»

—«Ven a nuestra ciudad, de aquí vecina,
Que a los amigos de las Musas ama;
Un asiento te espera en los festines
Con argentinos clavos tachonado.
Ricos manjares, miel y dulce vino
De los pasados males la memoria
Desterrarán, so la columna alzada
Do pende de marfil sonante lira.
Si en el camino, rápsoda ingenioso,
Con celestiales cantos nos deleitas,
Diré que Apolo desde el alto Olimpo
Tu son inspira y tus acordes rige.»

—«Marchemos, sí; ¿mas dónde me conduces?
Hijos del triste ciego, ¿dónde estamos?»
—«En la isla de Sicos fortunada.»
—«¡Sicos, salud, hospitalaria siempre!
Piso otra vez tu venturosa orilla;
Amigos, vuestros padres me conocen.
Cual vosotros crecían, cuando vine
Joven, valiente: [1] contemplar podía
La primavera, el sol, la blanca Aurora.
Siempre el primero en la gallarda liza, [2]
En la pírrica danza, en la carrera,
[p. 139] Argos y Creta, Atenas y Corinto
Yo visité; la de cien puertas Tebas
Y del Egipto la ribera fértil.
Mas la tierra y el mar, el tiempo, el hado,
Mi cuerpo han oprimido de dolores;
Sólo la voz me queda, cual cigarra

Que cantando en las ramas se consuela.»

—«Ante todo a los dioses invoquemos:
¡Oh soberano, omnipotente Jove,
Sol que en tu lumbre lo penetras todo,
Mar, tierra, ríos, vengadoras Furias,
Salud, ¡oh del Olimpo habitadores!
Todo saber procede a los mortales
De vosotras, oh Musas; comencemos...»

Él prosiguió; las ramas se inclinaron [1]
Del roble antiguo a sus cadentes sones,
Libre dejó el pastor a su ganado,
Y olvidando el camino los viajeros
Pararon a su voz. Él suspendido
Del fuerte brazo de su joven guía,
Sintiólos agruparse y detenerse,
Con avidez oyendo sus cantares,
Y Ninfas y Silvanos de sus grutas
A admirarle salir, no respirando,
Sobrecogidos con espanto mudo.
Porque cantaba en vagarosos himnos,
Cuál se juntaron en fecundo abrazo
Las primeras semillas de los seres,
[p. 140] Los principios de fuego, tierra y aire,
Y del seno de Jove descendida
El agua a congregarse en hondos ríos;
Las leyes, los oráculos, las artes [1]
Y la concordia fraternal del pueblo;
El caos, los amores inmortales,
El Rey sublime, que el Olimpo y Tierra
Al mover estremece de sus ojos;
Los dioses dividiendo fiera lucha,
Sangre divina enrojeciendo el suelo, [2]
Congregados los reyes, y a sus plantas
Nubes de polvo, carros voladores,
Armas brillantes de guerreros fuertes,
Cual vasto incendio en escarpada cima,
Crines flotantes de ligeros potros
Que a sus jinetes a la lid arrastran.

Cantó después la paz de las ciudades,
Los oradores, las sagradas leyes,
Y de los campos la cosecha fértil;

Mas pronto coronadas las murallas
De soldados mostró; víctimas ruedan
En los sagrados atrios, y las madres
Y las esposas gimen; las doncellas [3]
A dura esclavitud son condenadas. [4]

Cantó tras esto las alegres mieses,
Balante grey y mugidor rebaño, [5]
[p. 141] La rústica zampoña, las canciones
De ruidosa vendimia, los festines,
La flauta suave y la ligera danza.
El viento desató que el mar agita
Y al nauta envuelve en las hinchadas olas;
Mas súbito a las hijas de Nereo
Salir ordena de azulada gruta,
Y pronto levantáronse a sus gritos
Naves sin cuento que la mar cortaban
Con rumbo cierto a la troyana orilla.

Mostró después de Estigia las prisiones
Y la ribera criminal, los campos
De asfódelo, do vagan macilentas
Sombras de luz y de vivir privadas,
Tristes ancianos por la edad vencidos,
Jóvenes arrancados de sus padres,
Niños cuyo sepulcro fué la cuna,
Y doncellas que en flor arrebatadas
Tálamo hallaron en la tumba fría.
Bosques, arroyos, montes y peñascos,
Cómo debisteis palpitar de gozo
Cuando el vate mostraba al divo Hefesto
Forjando en Lemnos, en el sacro yunque,
Aquella red irresistible y fina,
Como de Aracne las sutiles hebras,
Y entre sus hilos enredando a Venus;
O cuando en piedra trasformaba a Niobe,
Madre tebana, de altivez en pago,
O cuando con acento lastimero
De la triste Aedon repitió el lloro,
[p. 142] Que de un hijo madrastra involuntaria
Huyó, cual ruiseñor, a la espesura
Del solitario bosque. Con el vino
Vertió después el néphendes potente,
Que olvido inspira de los males todos,

De los guerreros en las copas; luego
Cogió la flor del moly que a los hombres
Hace prudentes, sabios y felices,
Y del calmante lotos la bebida
Con cuyo filtro olvidan los mortales
Los caros padres y la dulce tierra.

Vieron por fin el Osa y el Peneo
Y la espesura umbrosa del Olimpo,
Las mesas de Himeneo ensangrentadas,
Cuando el monstruoso pueblo de la noche
Al festín asistió de Piritoo; [1]
Y Teseo arrancó medio desnuda
La esposa de su amigo, del robusto
Brazo del ebrio, del salvaje Eurito,
Mientras, acero en mano, el desposado
«Espera (le gritó), *traidor, espera:*
Fuerza es que hoy vengue el insolente
ultraje.»
Mas, antes que él, sobre el Centauro fiero,
Hizo Dryas caer ardiente pino,

Con el hierro sus ramas erizadas.
El cuadrúpedo atroz en vano clama [2]
Y el suelo hiere, donde al fin sucumbé.
[p. 143] Y al esfuerzo de Nesso armipotente
Ruedan Cymele, Periphas, Evagro;
Mata Pirito a Antímaco y Petreo,
Y al de nevados pies, leve Cilaro,
Y al negro Macareo, que con pieles
De tres leones por su mano heridos
Armaba sus ijares y su seno.

Encorvado, una roca levantando,
Imprudente Bianor es sorprendido
Por Hércules divino, que sepulta
En un vaso de bronce antiguo, inmenso,
Herida con la clava, su cabeza;
Y ceden al furor del bravo Alcides
Licotas, Clamis, Demoleón, Rifeo,
Que ostentaba en sus crines orgulloso
El heredado brillo de las nubes.

De doble lid Eurynomo sediento,
Mueve sus pies en raudo torbellino,

De Néstor sacudiendo la armadura
Con repetidos golpes; huye el duro
Yelops, y con el brazo levantado
Espera el ágil Crántor la embestida,
Mas súbito Eurynomo se interpone
Y va a hendir con el leño su cabeza.
Viólo el hijo de Egeo ensangrentado
Y del ara arrancó una ardiente encina;
Lanzó grito terrible; de su espalda
Nunca domada las flotantes crines
Asió veloz, y sepultó en su boca
[p. 144] Abierta con esfuerzo poderoso
La llama juntamente con la muerte. [1]
Despójase el altar de sus antorchas
Y armas para el combate les ministra;
Suena en el bosque femenil gemido;
Los ungulados pies baten la tierra,
Y mézclase al tumulto del combate [2]
Ruido de vasos con estruendo rotos,
Injurias, gritos, moribundos ayes.»

Así el viejo de imágenes osadas
Desarrolló el tejido portentoso,
En tanto que los niños asombrados
Contemplaban salir de aquella boca
Raudo torrente de inmortal palabra,
Como en invierno la copiosa nieve
Cae en la cima del erguido monte.

A su encuentro con ramas en las manos, [3]
Salen de la ciudad los moradores,
Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos,
Flor y ornamento de la isleña Sicos.
«Ven, elocuente vate, repetían;
Ven, armonioso ciego, a nuestros muros;
Alumno de las Musas, convidado
Al nectáreo banquete de los dioses;
Nuestra isla habitarás, y quinquenales
Juegos celebrarán el fausto día
En que holló nuestra playa el grande
Homero.

Santander, 6 de diciembre de 1875.

[p. 145] EL JOVEN ENFERMO

IDILIO DE ANDRÉS CHÉNIER

Apollon, Dieu sauveur, dieu des savants mystères.

«Apolo salvador, Dios de la vida,
Dios del misterio y las salubres plantas,
Vencedor de Pytón, joven, triunfante,
Apiádate de mi hijo, mi único hijo,
Y de su madre, en lágrimas bañada
Que sólo por él vive y moriría
Si perdiese la lumbre de sus ojos;
Que no ha vivido para verle muerto...
Su juventud ampara, joven eres,
Extingue en él la fiebre abrasadora
Que consume la flor de su existencia.
Si logra libertarse del sepulcro
Y al Ménalo tomar con su rebaño,
Mis arrugadas manos, de tu estatua
Suspenderán al pie, de onyx la copa, [1]
Y, cada estío, de un mugiente toro
La sangre correrá sobre tus aras.

¿Siempre, hijo mío, tu silencio triste
Inflexible será? ¿Matarme quieres?
¿En mi cana vejez abandonarme?
[p. 146] ¿Tus párpados cerrar, unir tu polvo
A las cenizas de tu padre debo?
Yo esperaba de ti tales cuidados;
Yo esperaba que el mármol de mi tumba
Regases tú con lágrimas y besos.
Hijo mío, ¿qué pena te devora?
Doble amargura entraña el mal callado.
¿Nunca alzarás los ojos abatidos?»

—«Adiós, madre, me muero... ya no tienes,
No tienes hijo, madre muy amada;
Te pierdo, que una llaga me consume
Ardiente, venenosa... Con trabajo
Respiro apenas, e imagino siempre
Que en cada aliento huye de mí la vida.
No hablaré más... adiós... me ofende el lecho,
El peso del tapiz... me oprime todo...
Ayúdame a morir, ponme de lado...
¡Ah! ya expiro... dolor...»

—«Tente, hijo mío;
Toma esta copa, esta bebida apura;
Su calor te dará fuerzas y vida;
La adormidera, el díctamo y la malva
Y mil potentes zumos [1] que dan sueño
Vertió a mi ruego en el hirviente vaso
La Tésala hechicera. [2] Ya tres giros [3]
Ha dado el sol, sin que tu boca a Ceres
Ni tus ojos el sueño conocieran.
[p. 147] Toma, hijo mío, ríndete a mis ruegos...
¡Llora tu anciana, inconsolable madre,
Tu triste madre a quien amar decías;
La que otro tiempo dirigió tus pasos, [1]
Te dió sus brazos, te ofreció su seno;
La que a hablar te enseñara, [2] y muchas veces
Con su canto las lágrimas calmaba, [3]
Que arrancó de [4] tus ojos infantiles
El brotar de los dientes doloroso.
Beba tu labio pálido y helado,
Que otro tiempo mis pechos oprimiera,
Jugo que nutra y tu dolor mitigue,
Cual tu infancia nutrió la leche mía!»

—«¡Valles, collados, bosques de Erimanto,
Viento sonoro y fresco que las hojas
Sacudes y las aguas estremeces,
Y levantas la túnica de lino
Que avara cubre su torneado seno...
De leves ninfas saltadores coros!...
¿Lo sabes, madre mía? En la espesura
Del Erimanto ni los lobos vagan
Ni se arrastra la sierpe ponzoñosa...
¡Rostro divino, transparentes aguas,
Flores y danzas y sonoros cantos!...
¿Lugar más bello ofrecerá la tierra?
Ya no veré esos brazos, esas flores,
[p. 148] Ni los cabellos, ni los pies desnudos,
Blancos y delicados... Conducidme
A los umbrosos bosques de Erimanto,
Y allí contemple a la doncella hermosa
Por la postrera vez... Alzarse vea
Del humo de su hogar larga columna;
Allí acompaña a su felice padre,
Con pláticas sabrosas encantando
Su tranquila vejez. ¡Dioses! la veo

El vallado saltar, suelta la trenza,
Y luego a lentos pasos dirigirse
De su madre al sepulcro, donde llora,
Sobre él quedando pensativa, inmóvil.
¡Qué hermosa faz! ¡Qué dulces son sus ojos! [1]
¡Ay! ¿llorarás así sobre mi tumba?
¡Ah! si exclamases, bella de las bellas:
«Crudas con mi amador fueron las Parcas.»

—«Conque es Amor insano, oh hijo mío, [2]
Quien así crudamente te ofendiera?...
¡Hijo mío infeliz! Débiles somos,
Mas siempre nuestro amor al hombre hiere; [3]
Cuando lágrimas corren en secreto,
Siempre por el amor son derramadas.
Mas, dime: ¿en la espesura de Erimanto
Qué virgen viste, qué gallarda ninfa?
¿No eres rico tal vez? ¿No eras hermoso
[p. 149] Antes que tus mejillas marchitara
La dolencia fatal?... Habla, hijo mío.
¿Es Egle, hija del rey de la onda pura,
O Irene rubia, la de largas trenzas?
¿Será por dicha la belleza altiva
Que en templos, en festines es mirada
De madres y de esposas con espanto?
¿Será la hermosa Dafnis...»

—«Calla, madre,
Calla, que es orgullosa, es inflexible;
Como las inmortales, bella, altiva. [1]
Por ella mil amantes anhelaron,
Y la amaron en vano... Como ellos,
Yo altanera [2] respuesta hubiera oído...
No lo sepa jamás... Pero oye, madre;
Mira cuál pasan, !ay! mis tristes días;
Mi ruego escucha, ven en mi socorro; [3]
Yo muero... ve a buscarla... que tu rostro
Y tu vejez la imagen de su madre
Traigan a su memoria. El canastillo
Toma, y en él los más preciados frutos,
Y el Eros de marfil, la copa de onyx, [4]
De nuestra choza espléndido ornamento.
Toma mis cabritillos, toma al cabo
Mi corazón, y lánzale a sus plantas.
[p. 150] Dila quién soy y dila que me muero;

Dila que no te resta hijo ninguno,
Abraza de su padre las rodillas,
Implora, gime [1] y en tu auxilio llama
Cielos y tierra, dioses venerandos,
Templos, altares y potentes diosas.
Vete; si no consigues ablandarla,

Adiós, mi madre, adiós, no tendrás hijo...
—«Hijo tendré; lo dice la esperanza.»
Sobre el lecho inclinóse, y en silencio
Cubrió la frente del dolor rendida
Con beso maternal mezclado en llanto.
Después salió con paso vacilante
Por la edad y el temor, trémula, inquieta.
Pronto volvió ligera y anhelosa,
Gritando desde lejos:—«Hijo mío,
Ya vivirás.» Sentóse junto al lecho;
Tras ella sonriendo entró un anciano
Y una virgen después, en cuya frente
Mostró el rubor su púrpura divina.
Hacia el lecho miró, y el insensato
Ocultó tembloroso la cabeza.
Mas ella dijo:—«Amigo, de las danzas [2]

Hace tres días que tu ausencia advierto; [3]
¿Por qué morirte quieres? Tú padeces, [4]
[p. 151] Dicen que sola yo puedo curarte... [1]
Vive y una familia formaremos,
Y tú padre tendrás, tu madre, hija.»

Santander, 8 de diciembre de 1875.

[p. 152] NEERA

IDILIO DE ANDRÉS CHÉNIER

Mais telle qu'`a sa mort, pour la dernière fois...

. . . . . .
Como en su muerte, por la vez postrera,
El cisne gime y falleciente entona
Dulce cantar al despedir la vida;
Pálida así, y en la mirada triste
Sombra funesta, desplegó sus labios

La ninfa, y dijo con susurro leve:

«¡Oh del Sebeto náyades ligeras,
Cortad las trenzas sobre mi sepulcro!
Clinias, adiós; no volverá tu amada.
¡Cielo, mar, tierra, valles y torrentes,
Flores y bosques y repuestas grutas,
Traed continuo a su memoria el nombre [1]
De Neera, su bien y sus amores;
De su Neera, que por él la casa
Dejara de su madre, y fugitiva
De ciudad en ciudad errante [2] anduvo,
Sin atreverse a levantar los ojos
Delante de los hombres. Ora el astro
De los gemelos de la hermosa Elena
En el jónico mar tu nave guíe;
[p. 153] Ora de Pesto en el vergel lozano
Dos veces en el año frescas rosas
Corte tu mano por tejer coronas, [1]
Si a la puesta del sol vaga tristeza
Mezclada de dulzura tu alma siente,
Llámame, Clinias; estaré a tu lado,
O tras ti volaré; mi espíritu [2] errante
Gemirá entre las hojas de los bosques,
Descenderá en el seno de las nubes,
Llevaránle [3] los vientos en sus alas,
O brotará de la marina espuma.
Como centella surcará los aires,
Leve cual sueño, sin cesar volando,
Y siempre tierno y amoroso siempre,
Mi acento blando halagará tu oído.»

Santander, 8 de julio de 1876.

[p. 154] LA JOVEN CAUTIVA

ODA DE ANDRÉS CHÉNIER

ESCRITA EN LA PRISIÓN DE SAN LÁZARO

L'epi naissant mûrit, de la faux respecté...

«Sazónase la espiga,
Respétala la hoz;

No teme al viñadero
El pámpano lozano,
Y bebe del rocío
Dulce y sabroso frío
Que suave templa el estival calor.

Yo, hermosa cual la espiga,
Joven como la vid,
Aunque es mi vida triste,
De penas agitada,
Y siempre abrumadoras
Pasan mis largas horas,
Aun no quiero morir.

Que con enjutos ojos
Y con serena faz
Caiga el estoico altivo
En brazos de la muerte;
Yo espero, y mi quebranto
Consuelo con el llanto,
Y la cabeza doblo
Si ruge el huracán.

[p. 155] Levántola si pasa
Su soplo destructor;
Que si hay amargos días
También hay dulces horas;
¿Qué miel tras su dulzura
No deja la amargura?
¿Qué mar nunca ha sentido
Del Bóreas el furor?

Mora en mi blando seno
Fecunda la ilusión;
En vano de una cárcel
Los muros me detienen;
Dame alas la esperanza,
Cual ruiseñor se lanza
Ya libre de las redes
Del fiero cazador.

¿Por qué inocente debo
Tan joven, ¡ay!, morir?
Tranquila yo me duermo,
Despiértome tranquila;

Ni en sueño ni en vigilia
Con agudo tormento
Viene el remordimiento
Mi corazón a herir.

Danse los ojos todos
De verme el parabién,
Cuando abandono el lecho
Al despuntar el día,
Y en esta mansión lúgubre
Mi aspecto sonriente
Serena toda frente
Que abate el padecer.

De este camino hermoso
Lejos estoy del fin;
Apenas he pasado
Los árboles primeros;
[p. 156] Apenas he tocado
La copa centelleante,
Sentada un solo instante
De la vida al festín.

Estoy en primavera,
Quiero las mieses ver,
Quiero como los años
Seguir mis estaciones,
Quiero acabar el día,
Vi sólo el alba hermosa,
Soy cual la blanca rosa
Adorno del vergel.

Espera, negra muerte,
Aléjate de mí;
Hiere al triste que gime
De espanto y de vergüenza;
A mí el Amor me ofrece
Jardines deleitosos
Y cantos armoniosos;
Aun no quiero morir.»

Así burlando el tedio
De mis pesados días,
Mi lira resonaba
La voz de una cautiva,

Y las amables quejas
De su boca sencilla
Al yugo de los versos
Mi labio sometía.

Testigos armoniosos
De mi prisión prolija,
Al estudioso amante
De dulces armonías
Harán tal vez que inquiera
Quién la beldad sería.

[p. 157] En su voz y en su frente
La gracia sonreía,
Y cual ella, temieron
Ver acabar su vida
Aquellos que vivieron
Cerca de la Cautiva.

Santander, 10 de diciembre de 1875.

[p. 158] IMITACIÓN DEL HIMNO A GRECIA

DE LORD BYRON

(CANTO III DEL D. JUAN)

The isles of Greece, the isles of Greece...

Cícladas islas de la hermosa Grecia
Que el mar Egeo con sus ondas baña,
Donde surgiera la materna Delos,
Cuna de Apolo.

La ardiente Safo, del amor maestra,
En vuestras playas su laúd tañía; [1]
Aquí de Alceo resonó el divino
Plácido canto.

De vuestros campos en la verde alfombra
Manto de flores primavera tiende;
Aún lanza Febo sobre vuestras cumbres
Vívido rayo.

Todo se eclipsa menos vuestra gloria;

El bronce muere, y se deshace el mármol,
Mas queda el nombre del varón guerrero,
Prole de Marte.

Queda de Lesbos la armoniosa lira,
La voz sublime del Esmírneo ciego,
Y del de Teyo [2] donairoso anciano
Cítara blanda.

[p. 159] Allende el ponto, cuyas iras doman,
Del vago viento en las veloces alas,
De donde nace a donde muere el día
Vuelan sus cantos.

Desde la cima del erguido monte
De Maratón descubriréis el llano,
Y allá... más lejos... el hinchado golfo
De Salamina.

En otro tiempo, sobre aquesta roca,
Un rey de reyes contempló altanero
El hondo mar que ante sus pies hervía
Lleno de naves.

Las ondas cubre innumerable armada,
Llena los campos multitud guerrera,
Hombres sin cuento, de su voz pendientes,
Callan atónitos.

Contólos Jerjes al brillar [1] la Aurora,
Contólos luego al expirar la tarde;
Míllones eran al rayar el día,
Ni uno a la noche.

¿Dónde los fuertes, los guerreros dónde,
Que amenazaban dominar la tierra?
El eco sólo responderle pudo
Ronco gimiendo.

¿Dónde hoy, oh patria, tus preclaros hijos
Armipotentes en la lid sañuda?
¿Por qué no suena en las tendidas playas
Grito de guerra?

Yace en el polvo la olvidada lira,

Y ya no late el corazón robusto;
¿Cuándo de gloria y libertad el himno
Libre resuena?

[p. 160] ¡Ay! ¿Qué me resta en mi dolor inmenso?
Llanto y vergüenza por la patria esclava,
Bañad en lloro las que a Grecia oprimen
Duras cadenas.

¡Ah, ni vergüenza en vuestra faz, ni lloro!
Descubre, ¡oh tierra! tu profundo seno,
Y tres siquier de los trescientos brota...
Tres Espartanos...

Como el fragor de los torrentes zumba
El de las sombras vigoroso grito:
«Alzad vosotros la dormida frente...
Uno tan sólo...»

Todos calláis.—Nuevos cantares suenen,
Llenad las copas de espumante néctar, [1]
Bélicos himnos el feroz entone
Tártaro errante.

¿En vuestra afrenta dormiréis tenaces?
¿Por qué no suena el belicoso canto?
¿Por qué no emprende la falange altiva
Pírrica danza?

Para fijar el pensamiento alado,
Cadmo inventó los perennales signos;
De los Argivos conserváis las letras,
No sus laureles. [2]

Llenad las copas de espumante néctar,
Bebed de Samos el ardiente vino,
Que Anacreonte celebrara un día
Plácidamente.

Cantó Anacreón el amor y el vino,
Cual del tirano Policrates siervo;
[p. 161] Mas era heleno Policrates; cuna
Diérale Samos.

¡Del Quersoneso vengador tirano,

Rompe los hierros que nos ligan hora;
Cargue tu brazo la pesada lanza,
Fuerte Milciades!

Llenad las copas de espumante vino;
Allá en las rocas de la antigua Suli
Quedan los restos de potente raza
Siempre guerrera.

Quizá hallaremos entre aquellos bravos
Quien nos conduzca a la tremenda liza,
Y tinto en sangre el fulminante hierro
Lleve al combate.

No de los francos esperéis la ayuda,
Que reyes tienen de venales almas;
Libres os hagan, para siempre libres,
Vuestros aceros.

Llenad las copas de espumante vino,
Vírgenes dancen en la selva umbría;
Yo admiro el brillo de sus negros ojos,
Nidos de amores.

Mas ¡ay! ¿será que tan hermosos pechos
Deban un día amamantar cautivos?
¿Será que ciña tan hermosos brazos
Férrea cadena?

Conducidme a los mármoles de Sunio,
Donde acompañen mi gemir las ondas;
Yo entonaré, cual moribundo cisne,
Canto süave.

Nunca esta tierra habitarán esclavos,
Arme las diestras el fulmíneo acero,
Caiga en pedazos, de espumante vino
Rota la copa.

[p. 162] A VENUS

ODA PORTUGUESA

DE FRANCISCO MANUEL (FILINTO)

Si ofrecí a tu deidad, piadosa Venus,
El corazón cautivo en lazos de oro;
Si lágrimas de amor, madre y señora,
Derramé en tus altares;

Si fiel esclavo, en tu sonoro templo,
Entoné sin cesar himnos alados,
Entre fragantes vaporosas nubes
De quemados aromas;

Si en otro tiempo descendiste afable
Con alma risa, halagadora y blanda,
A consolar en un divino beso
Tus fieles amadores;

Acuérdate del hijo de Ciniras,
Por quien las selvas sin cesar corriste.
¡Oh cuántas veces, al vibrar su arco,
Se estremeció tu pecho!

Del Simois hablen los piadosos olmos,
Que encorvados sus ramas enlazaban
Para ocultar los férvidos abrazos
Del bienhadado Anquises.

Vió sin cendal el Frigio tu belleza;
A Anacreonte la vocal paloma,
En galardón de un himno, le cediste,
Cual voluntaria sierva.

[p. 163] Y yo que desde antiguo busco amante
En tu marmórea, inmóvil escultura,
Tu dulce hablar y movimiento airoso,
La lumbre de tu vista;

Yo que a tu hijo y a su arpón agudo
Di sin recelo desarmado el pecho;
Yo que a tus ninfas de mi eolia lira
Cedí todas las cuerdas,

¿Por qué no logró descubrir tus formas,
Cual en Pafos te muestras, cuando en torno
Del cinto poderoso te sonríen
Las mal ceñidas Gracias?

Mas, ¿no soy digno...? Acreceré mis dones,
Suspenderé en tu templo ricos votos,
Y escribiré en sus postes inmortales:
«Esclavitud eterna.»

Doblando las rodillas, importuno
Tu mente ablandaré. Que así fué digno
Ese escultor rebelde a tus caricias,
Cuando te oró postrado,

Que olvidada del loco menosprecio
Aliento dioses a su mármol frío...
Y se animó la piedra... azules venas
Entre la piel resaltan;

La boca se enrojece, arden los ojos,
Se encorva. y mueve el bien torneado brazo;
De la lengua la voz atropellada
Anuncia al fin la vida.

¡Yo devaneo! El dardo enrojecido,
Que Eros divino en mis entrañas clava,
En lágrimas de míseros amantes
Templado le tenía...

[p. 164] ¡Venus, Venus! ¡Oh Diosa de ternura,
De blanda compasión perenne fuente,
Señora de benévolas florestas,
De enamoradas sombras!

Desciende a mí de las olimpias sedes,
Hazme feliz con tu divino acento,
Con tu presencia endiosa, dulce madre,
A este tu ardiente siervo.

No temas la sonrisa maliciosa
De las otras deidades. Si la temes,
Transfórmate en Anarda; por Ciprina
Suele tenerla el orbe.

Ella tiene las áureas muelles trenzas
Que Adonis tantas veces por los bosques
Te coronó con húmedas verbenas

Y bien olientes flores...

Dame que pueda, en tu disfraz iluso,
De sus labios beber la amante risa,
Y a las púdicas rosas de su cara
Llegar mi ardiente boca...

Pero, ¿qué extraño son se oye en el templo?...
¡Qué encanto en mis sentidos...! ¡Ya las aras
Mayor perfume espiran! !Alto asombro!
Más clara arde la llama.

Fausto signo las aras alboroza,
Huyen del cielo las pesadas nieblas,
El sol enciende en llama auri-rosada
El festivo horizonte.

Los prados se ornan de matiz extraño,
Nueva esmeralda cubre las campiñas,
Y los troncos arrojan nuevas flores
Por la copada rama.

[p. 165] La puerta resonó del alto Olimpo
Sobre el bruñido quicio bipatente;
Las columnas descubro de diamante,
Los solios de carbunclo.

Los Dioses, asentados, radïantes,
La atención inmortal con gusto inclinan
A la célica voz; la vista tienden
Al subyacente mundo...

Y llénanse los atrios, las arcadas;
Mil enjambres de alígeros Cupidos,
Flóreos arcos trabando, el aire rasgan
Abriendo alegre corte.

Por entre ellos en rápidas coreas,
Los Juegos, los Amores van pasando,
Van las palomas y la concha leve
De la bella Erycina...

Sobre nosotros cae ardiente lluvia;
Amorosas centellas nos encienden,

Y por el seno van arrebatadas,
A calentar la sangre.

¡Qué vivida influencia omniparente
Se esparce y baja de la madre Tierra
A las entrañas! ¡Cómo hierve y bulle
Innúmera progenie!

Retumban en las hondas oficinas
Ecos gustosos de nacientes almas,
Que nuevos cuerpos a animar concurren;
Doquier corre la vida.

En las pendientes ramas balanceadas
Las tiernas aves, enlazando el pico,
Presienten en los trémulos arrullos
Los cercanos placeres.

[p. 166] Con auri-verdes colas escamosas
Cortando los Tritones las oleadas,
Tras las dulces Nereidas se arrebatan
En concertados grupos.

Los hirsutos caprípedos Silvanos,
Alzadas las cornígeras orejas,
La vista ardida, descompuesto el paso,
Se pierden por las selvas.

Prestas huid de su tenaz deseo,
Oh Ninfas que los miembros de alabastro
Bañáis en la onda pura, o a su vista
Tejéis ligera danza...

Con saeta sutil humedecida
En miel de Himeto, en Acidalia fuente,
Embébese en mis férvidas entrañas
Insólita locura...

Ya desciende hacia mí buscando tierra
La cipria concha... Amor, que afable me
oigas...
Venus, en mi acatar, no en mis palabras,
Ve mi santo respeto.

Jove a tus votos siempre amigo sea;

¡Ah! nunca Adonis, nunca Marte fríos...
Nunca el sol vengativo te descubra
Mal robados deleites... [1]

Lisboa, septiembre de 1876.

[p. 167] LA NOCHE

ODA PORTUGUESA DE FRANCISCO MANUEL (FILINTO)

Diosa que esparces por la etérea zona
En mudo carro de ébano bruñido
Las sombras reposadas, los amores,
El furtivo decoro;

Tú que acompañas como fiel amiga
En dulce cita al anheloso amante,
Y con tejido velo encubres robos
De divinos placeres;

Tú que las leyes del Amor y Venus,
Por quien revive sin cesar Natura,
Benigna extiendes en los áureos techos,
En los callados bosques,

Y pides a los astros más propicios
Un débil rayo de modesta lumbre,
Con que los lirios del intacto seno
Tímida entrever dejas;

Oye, señora, los murmullos gratos
De mil amantes que por ti felices
Redoblan tu loor, pues tierno amparo
Siempre en tu sombra encuentran.

Escucha el son de la corriente rauda,
Que con sus dulces ayes inflamada,
Nuevo Alfeo, camina sin reposo
Al seno de Aretusa.

[p. 168] Son más dulces de noche y halagüeñas
Las caricias de amor. La luz patente
Del sol apaga el gusto; a los deleites
Pone el pudor mil trabas.

Mas la Ninfa que ve en el ancho cielo
Aquí Leda, allí Io, allá Calixto,
Y el cortejo de estrellas con que Jove
Honra a la Inachia virgen;

Que cual ella, en los montes, cabe el río,
Otro tiempo esos astros se humanaron,
Y contempla los troncos que convidan
Con sus trémulas hojas,

Toma a Leda o Calixto por modelo,
Cierra al recato la molesta boca,
Y con la misma mano, de su amante
Leda acaricia el rostro.

¡Noche mejor que el día! ¿quién no te ama?
¿Quién no vive tranquilo en tu regazo,
Y lanza alegre de los lasos miembros
El fatigoso día?

Tú das vida al vergel con tu süave
Prolífico rocío; la alba rosa,
El lirio que doblara el sol ardiente
Elevan sus corolas;

Las penas y cuidados insaciables
Que el corazón remuerden como abrojos,
De la ambición el perennal tormento,
Potro cruel del alma,

Cuando desciende el Sueño que a tu lado
Tardo dirige de ébano su coche,
Y derrama en los aires el aroma
De plácido sosiego,

[p. 169] Abandonando van con mansedumbre
Los instrumentos de hórrido suplicio
Con que afligen en vida al miserable
Que lanzarlos no osa,

Que por no despreciar honra y riqueza,
Es en terrena vida miserable
Baldón de la fortuna, vil cautivo
Del insolente orgullo.

Ven a tender sobre mi lecho, oh Numen,
Con mano amiga el manto de reposo
Negado a camas regias, y a artesones
De pérsicos tiranos;

Ven y consuela del rigor del hado
Y de la lengua de la envidia al vate,
Que en el bien trabajó de sus hermanos,
La virtud enseñando.

Recógele en tu seno; soplo lene
Su frente anime y su semblante rojo
Con la llama que extiende por sus venas
Apolo embravecido.

Lisboa, octubre de 1876.

[p. 170] MIS CANTARES

ODA CATALANA DE RUBIÓ Y ORS

Si ab mos cantars semilis, o patria mia...

Si en mi cantar sencillo, dulce patria,
Tierra sagrada do mi humilde cuna
Arrulló al triste son de sus baladas
Mi madre con amor;

Si en canto lemosín pudiera un día [1]
Retejer tu corona que hoja a hoja
Dispersó por tus fértiles llanuras
El secular rigor:

Del antiguo juglar la lira muda
Arrancaré de su húmedo sepulcro,
Y al genio que llorando entre sus losas
Aun vaga, invocaré.

Y despertando las que el mundo admira
Sombras sagradas de perenne gloria,
De tus condes y reyes las famosas
Batallas cantaré.

Joven, oh patria, soy; mi mano tiembla
De Marchs y Jordis al pulsar el arpa,

De Cabestany el arpa en que de oro
La cigarra brilló;

Joven soy, mas del nombre laletano
El recuerdo inmortal arde en mi mente,
Y lo que en años falta, en patrio fuego
Mi pecho atesoró;

[p. 171] Duro el canto será; sin armonía
Saltarán de mi pecho ardientes sones,
Cual chocando el acero enrojecido
Chispas brillantes da;

Mas no los tacharéis de bastardía,
Pues serán, aunque duros, lemosines,
Ricos de fe y amor y de gloriosas
Memorias de otra edad.

Libres serán cual águila en su vuelo,
Altivos cual los montes que sus crestas
Elevan hasta el cielo, y que la nieve
De mil años ciñó;

No en resonantes bóvedas erguidas
En ligeras columnas de oro y mármol
Darán venal laurel al que tan sólo
Desprecio mereció.

Ni temas, patria, que en cantar alegre
Tus lágrimas insulte de viudeza,
Ni de los que tu cetro destrozaron
Recuerde a la vil grey.

Déme su fuego el laletano genio
Para cantar al mundo la alta gloria
De los que le impusieron algún día
Su dialecto [1] y su ley.

Infúndanme su aliento los *felibreS* [2]
Desde el marmóreo lecho do reposan,
Y en dulce lemosín, pues es la lengua
En que ruego al Señor,

Cantaré tus grandezas, Cataluña,
Tus condes y guerreros que en la arena

El pendón arrastraron de Mahoma,
Sarraceno traidor. [3]

[p. 172] Cantaré al paladín que en las orillas
Del Jordán venerado, que tiñera
El Hombre-Dios con su divina sangre,
Por él su sangre da,

Y al gallardo doncel que ágil de planta,
Pendiente el arpa atrás que al viento gime,
Bajo el balcón dorado de su niña
Su trova a cantar va.

Y cantaré el amor y sus dulzuras, [1]
Y de los montes las hermosas hijas,
De cuerpo más airoso que urna griega,
Más que la intacta flor;

Pues no siempre resuena en los palacios,
Ni en góticos castillos ni en ciudades,
Sino también en la cabaña humilde,
La voz del trovador.

[p. 173] ODA A BARCELONA

TRADUCIDA DEL CATALÁN, DE D. JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS

...y han escrito algunos, y entre ellos un grande estrellero llamado Rafael, en su Judiciario, afirmando que esta ciudad fué edificada en constelación feliz, y que su fortuna y prosperidad se extiende a fecundidad de generación natural, a larga sabiduría, a riqueza y honores temporales...

Sentada en una plana,
Cual de esmeralda sobre rica alfombra,
Favencia la romana,
A quien prestan, galana,
Su espuma el mar y Monjuich su sombra;

Sobre un mosaico erguida
De oro y verdura do su muro asienta,
En la playa dormida
Que, al besarla atrevida,
La onda marina en rico velo argenta,

Parece reina hermosa,
De su baño al salir medio vestida,
Que contempla gozosa
Su diadema orgullosa
En el cristal que a verse la convida;

Una princesa esclava
Que su hermosura, de soberbia llena,
Mirando en la onda brava,
No se acuerda, que traba
La nieve de su pie férrea cadena.

[p. 174] Aparta, Barcelona,
La vista de ese mar que tus pies baña;
Si ves noble matrona
Con la condal corona,
No la creas, ¡ah! no, la onda te engaña;

Mas si te miras bella,
No miente, no, tu espejo, ciudad mía,
Que puede una doncella,
Gentil como una estrella,
Ser hoy esclava, aunque fué reina un día.

Gentil aun eres, Favencia,
Pues te dejó la fortuna
Tu mar que argenta la luna,
Tu fértil dorado suelo,
Y un dosel rico de estrellas
Para tus noches hermosas,
Más gratas y deleitosas
Cuanto más crece tu duelo.

Ella a tus pies ha extendido,
Ciudad, para engalanarte,
Una alfombra do sentarte,
Bordada de mil colores,
Y una mar que alegre juegue
Para mojarte atrevida,
Y en su espuma destejida
Te haga velos de vapores.

Aun eres encantadora
Con tus cien torres que pinta

El sol, de rojiza tinta
Sobre el fondo azul del cielo;
Altos montes por guardarte
Del viento helado te ciñen,
Y hienden para mirarte
De nubes el negro velo.

[p. 175] Mas ¡ay! que tu adversa suerte,
Oh Condesa sin corona,
Más que en belleza te endona
En grandeza te ha robado, [1]
Y tu ángel y tu estrella
Ya no protegen tus muros,
Porque se ha eclipsado aquella
Y al cielo el ángel tomado. [2]

¿Guardar tu famoso alcázar
De qué te sirve, señora,
Si no conservas ahora
Áureo trono, excelsos reyes?
¿Por qué ya de los Usatges
El código no perece,
Si ningán pueblo obedece
Tus casi olvidadas leyes?

En un tiempo las ciudades
Por tus hijos domeñadas,
A tus pies arrodilladas
En señal de vasallaje,
A más de su lanza y cetro,
De su blasón y bandera,
Pusieron, ciudad guerrera,
Sus puertas en homenaje.

En un tiempo, libre y fuerte,
Del mar el cetro regías,
Y cual Venecia tenías,
Un ciudadano senado,
Sin duxes que conspirasen
Para usurpar sus gramallas, [3]
Sin puñales que guardasen
La libertad del Estado.

[p. 176] Antes, del mar al alzarse
Alegre el sol te miraba,

Con tristeza, al ocultarse;
Hoy te mira, tras la cumbre,
Viendo que sólo una urna
De nobles recuerdos llena,
Medio perdida en la arena,
Baña su radiante lumbre.
. . . . . .
Ya no salen las hermosas
A las góticas ventanas
A contemplar ruborosas
Al joven doncel galán,
Que por los huecos miraba
De la rajada visera,
Haciendo ondear su bandera,
Sobre tostado alazán.

Ya la plaza, Barcelona,
Do celebrabas tus fiestas,
Siglos ha que no resuena
Del rey de armas al clamor,
Del rey de armas que aclamaba
A la reina de las bellas
Y con gritos excitaba
Al fiero [1] mantenedor.

De los torneos [2] que un día
Festejaron tus victorias,
Vese sólo en las historias
Algún recuerdo brillar,
Pues tus paladines duermen
En góticas sepulturas,
Cúbrenles sus armaduras,
Cual si aun quisiesen lidiar.

[p. 177] Reina del mar, tus galeras
El mar las ha consumido;
Rasgó el viento las banderas
Que acatara todo rey;
Ni tienes Rogers de Lluria
Contra enemigas armadas,
Ni Erils, Entenzas, Moncadas
Dan a cien pueblos tu ley.

¿Qué dirías a tus padres
Que el mundo de gloria hincheron

Y en sangre mora tiñeron
Las ondas del Llobregat,
Si alzados de sus sepulcros
Hoy te pidiesen, Favencia,
Cuentas de la rica herencia
Que atesorara otra edad?

Tú, que hasta la dulce lengua
Que tus poetas usaron,
Y en que a Dios y al rey hablaron
Cien varones de alta prez,
Has, ingrata, despreciado
Cual desprecia una doncella
El velo que, según ella,
No orna bien su nívea tez.

Y sin quejarte sufriste
Que bastardos maldecidos,
En hora mala nacidos
Tu gloria para manchar,
Los mármoles destrozasen
Del sepulcro [1] de tus condes,
Y de tus Jaimes [2] osasen
Las cenizas aventar.

[p. 178] Álzate, Barcelona;
Harto estuviste sierva y humillada;
Mira que una corona
Grande cual la pasada
Tal vez te guarda el cielo en regio don;
Sal ya de tu apatía;
Mira que nuestros hijos con severa
Voz te dirán un día: «¿Qué fué de tu bandera?
¿Dó tus guerreros, dó tus reyes son?

¿Dó están de nuestros padres
El patrio amor, la noble fortaleza;
Dó los códigos sabios
Que para tu grandeza
Más pueblos conquistaron que el rigor?
¿Qué fué, segunda Roma,
De tus blasones, arsenales, fustas;
Qué has hecho de tu idioma,
De tus florales justas,
Del arpa y el cantar del trovador?»

Y tú, ciudad gloriosa,
Cual soldado que mientras galanteaba
A su doncella hermosa
Y trovas le cantaba
Su ponderosa lanza abandonó,
Así, de rubor llena,
Dirás tal vez en medio a tu amargura,
Mostrando la cadena
De tu esclavitud dura:
«Sólo esto de mis glorias me restó...»

Álzate, Barcelona;
De nuevo ocupa del saber el ara;
Recobra tu corona,
Pues aun por dicha rara
A tus patronos reverencia das;
[p. 179] Recuerda tu grandeza,
Y tu gloria recuerda ya eclipsada,
Y tome con presteza
La edad afortunada
De Pedros, Cabestanys y Berguedás.

Y como al sol aclama
El universo, rey de las estrellas,
Porque en rayos de llama
Y en fúlgidas centellas
Les da fuego, hermosura y resplandor,
Otra vez admirada
Su reina así te aclamará la tierra,
Y no porque domada
La tengas en la guerra,
Cual la tuviste en otra edad mejor.

Sino porque las ondas
Cortando tus carenas,
Cual corta el pez los líquidos cristales,
Irán a otras regiones,
De tus riquezas llenas,
Trayendo en cambio fúlgidos metales.

Y sabios ciudadanos
Producirás al mundo,
Que aun admira la gloria y la grandeza
De aquellos laletanos
En armas invencibles,

Grandes por su saber y fortaleza.

Y de nuevo extasiada
La tierra al son del arpa
Que los Marchs y los Jordis te legaron,
Del arpa que olvidada
Tus hijos ¡oh vergüenza!
En sus sepulcros húmedos dejaron,

[p. 180] Caerá a tus pies, Condesa,
Como a los pies un joven
Cae de la niña, de su amor señora,
Y tendrás, cual princesa
Del saber y los versos,
Altares desde Ocaso hasta la Aurora.

Y cuando en voz severa
Nuestros hijos pregunten:
«¿Qué fué de tu armadura y tus blasones?»
Mostrando la bandera
En que brillan las barras
Al lado de las torres y leones,

Decir podrás entonces:
«Ya colgué [1] la armadura,
Que el tiempo [2] de mis guerras ha pasado,
Y confié [3] a la bravura
Del León la custodia
De mi escudo con sangre blasonado.»

Santander, 1.º de agosto de 1876.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 41]. [1] . Corr. de M. P. = venía .

[p. 41]. [2] . Corr. de M. P. = invocas.

[p. 41]. [3] . Corr. de M. P . = *¿qué pesar te aflige?*

[p. 42]. [*] . En la traducción de las dos odas de Safo, que encabezan el tomo, se notarán cuatro o

cinco versos asonantados; defecto no leve para nuestros oídos. No busco disculpa; fácil me hubiera sido variarlos, pero siempre a costa de la concisión y fidelidad que creo haber logrado.

[p. 43]. [1] . Corr. de M. P. = *ni de mi garganta.*

[p. 43]. [2] . Corr. de M. P. = La voz acierta.

[p. 43]. [3] . Corr. de M. P. = *La mirada incierta.*

[p. 43]. [4] . Corr. de M. P. = *vaga.*

[p. 44]. [1] . En L. T. = *escarpada.*

[p. 44]. [2] . En *L. T.* = *tierras y mares.*

[p. 44]. [3] . En *L. T.* = *sañuda.*

[p. 44]. [4] . En *L. T.* = *Más que de espigas la dorada Ceres.*

[p. 45]. [1] . Corr. de M. P. = suelta.

[p. 50]. [1] . Corr. de M. P. = vertieron *los dioses.*

[p. 54]. [1] . Corr. de M. P. = *Arden de amor.*

[p. 58]. [1] . Por la excesiva desnudez del original, omito aquí tres o cuatro versos.

[p. 58]. [2] . Corr. de M. P. = otro *amor.*

[p. 58]. [3] . Corr. de M. P . = *Brinda por él.*

[p. 60]. [1] . Corr. de M. P. = *que el hermoso Adonis ha fallecido.*

[p. 61]. [1] .Corr. de M. P. = Y *de Citeres al dolor responden.*

[p. 62]. [1] . Corr. de M. P. = *Tal Ciprina queréllase: y repiten.*

[p. 62]. [2] . Corr. de M. P. = Los *Amores: «Murió el hermoso Adonis.»*

[p. 70]. [1] . En L. T. = armoniosa .

[p. 70]. [2] . En L. T. = seductora .

[p. 71]. [1] . En *L. T.* = *saeta voladora.*

[p. 72]. [1] . En *L. T.* = *La Mónada primera.*

[p. 72]. [2] . En *L. T.* = *La actividad entera.*

[p. 72]. [3] . En *L. T.* = *reunida.*

[p. 72]. [4] . En *L. T.* = *lira.*

[p. 72]. [5] . En *L. T.* = *No revelar es justo a la impia gente.*

[p. 73]. [1] . En *L. T.* = *alguna.*

[p. 74]. [1] . Corr. de M. P. = En vuelo amante.

[p. 74]. [2] . En *L. T.* = *brillará.*

[p. 75]. [1] . Corr. de M. P. = Que *desde el cielo do los signos ruedan.*
El navígero mar haces fecundo.

[p. 75]. [2] . Corr. de M. P. = Y *la tierra fructífera enriqueces.*

[p. 75]. [3] . Corr. de M. P. = Y *las llanuras.*

[p. 75]. [4] . Corr. de M. P. = *báñase.*

[p. 75]. [5] . Corr. de M. P. = *potente.*

[p. 75]. [6] . Corr. de M. P. = *Veloz el curso que le traces sigue.*

[p. 76]. [1] . Corr. de M. P. = *Frondosos nidos y risueños campos.*

[p. 76]. [2] . Corr. de M. P. = *Y vencido por tí, duerme en tus brazos,*

[p. 77]. [1] . Corr. de M. P. = Alma *sagaz y libre de cuidados.*

[p. 77]. [2] . Corr. de M. P. = Y *oído velador presta a mi acento.*

[p. 77]. [3] . Corr. de M. P. = Escucha *la razón, y no desprecies.*

[p. 77]. [4] . Corr. de M. P. = y sus *tristezas.*

[p. 77]. [5] . Corr. de M. P. = Cuando *la religión con faz horrible,*

[p. 77]. [6] . Corr. de M P. = Alzando *su cabeza entre las nubes,*

[p. 77]. [7] . Corr. de M. P. = *Bajo sus pies halló la humana vida,*

[p. 77]. [8] . Corr. de M. P. = Tan *sólo un varón griego alzó la frente.*

[p. 77]. [9] . Corr. de M. P. = *Y en ella.*

[p. 78]. [1] . Corr. de M. P. = *Trajo a nosotros por triunfal presea,*

[p. 78]. [2] . Corr. de M. P. = *La ley del nacimiento y de la muerte,*

[p. 78]. [3] . Corr. de M. P . = *La oculta fuerza, el término supremo.*

[p. 78]. [4] . Corr. de M. P . = *postrado,*

[p. 79]. [1] . Corr. de M. P. = Por dar *viento feliz a sus bajeles.*

[p. 79]. [2] . El politeísmo, al cual alude siempre Lucrecio en sus briosas invectivas.

[p. 80]. [1] . Corr. de M. P. = Sobre.

[p. 82]. [1] . Corr. de M. P. = *cercado:*

[p. 82]. [2] . Corr. de M. P. = su velo.

[p. 82]. [3] . Corr. de M. P. = *nuestra voz escucha.*

[p. 83]. [1] . Corr. de M. P. = luminosas *teas;*

[p. 83]. [2] . Corr. de M. P. **=** *desde el tirio lecho.*

[p. 83]. [3] . Corr. de M. P. = con mirada amante!

[p. 84]. [1] . Corr. de M. P. = *rendida.*

[p. 84]. [2] . Corr. de M. P. = *La nueva esposa al levantado y rico*

[p. 84]. [3] . Corr. de M. P. = Tálamo *lleven.* 1. 0. E. y T. = *Fieles.*

[p. 87]. [1] . 0. E. y T. = *Fieles.*

[p. 87]. [2] . 0. E. y T. = *Vírgenes cantan y selectos niños.*

[p. 88]. [1] . 0. E. y T. = *Auras de Jove.*

[p. 88]. [2] . Corr. de M. P . = *esconde.*

[p. 88]. [3] . Corr. de M. P . = *Mostró a los suyos de más alta gloria.*

[p. 89]. [1] . 0. E. y T. = *La casta diosa.*

[p. 89]. [2] . Corr. de M. P. = *Esto.*

[p. 91]. [1] . Corr. de M. P. = *Bélico rayo, que en pobreza dura,*

[p. 92]. [1] . Corr. de M. P. = el éter.

[p. 93]. [1] . Traducida en versos sáfico-laverdaico -adónicos. Llamo así a los de nueve sílabas, tales como los ha modificado mi amigo Laverde.

[p. 94]. [1] . *Nota autógrafa de M.* P. Esta traducción fué uno de mis primeros ensayos y en tal concepto es sobrado parafrástica, desigual escabrosa e incorrecta. Me he encariñado, no obstante con algunos trozos, y por eso la conservo.

En la traducción de esta elegía no me he ceñido literalmente al texto latino, sino que he procedido con alguna libertad acercándome más que al rigor de la versión interlineal a la exactitud que cabe en la parafrástica. He seguido para este trabajo la correctísima edición de Catulo, Tibulo y Propercio, que dedicada al Conde de Spencer, se publicó en Londres 1824 , *impensis G. Pickering.* En ella los dísticos presentaban una distribución muy distinta de la ordinaria. Lo mismo se observará en los tercetos de mi traducción. He consultado además la edición de C. Tauchnitz hecha en Leipzig, y el «Corpus poetarum latinorum», de Londres, 1713, además de otras impresiones y comentadores que no es del caso referir.

[p. 104]. [1] . Corr. de M. P. = *En el campo de Marte los quirites.*

[p. 104]. [2] . Corr. de M. P. = *Venden sus votos, véndese el Senado,*

[p. 105]. [1] . En R. *C-A.* = *cubre.*

[p. 106]. [1] . En R. C-A. = *A que Fructuoso añade.*
[p. 106]. [2] . En *R. C-A* = *Lazos sutiles.*
[p. 106]. [3] . En *R. C-A.* = *las Preciadas Piedras,*
[p. 106]. [4] . En *R. C-A.* = *glorioso.* -
[p. 106]. [5] . Corr. de *M. P.* = *Y Calagurris a los dos guerreros.*
[p. 106]. [6] . Corr. de *M. P.* = *Que veneramos.*
[p. 106]. [7] . En *R. C-A.* - *ante.*
[p. 106]. [8] . En R. C-A. = *su seno.*

[p. 107]. [1] . En *R. C-A.* = *No de Casiano la ceniza olvide.*

[p. 107]. [2] . En *R. C-A.* = *Tú Zaragoza, mosttarás diez y ocho.*

[p. 107]. [3] . En *R. C-A.* = *Ciudad Augusta del Señor amada.*

[p. 107]. [4] . En R. C-A. = Pura .

[p. 107]. [5] . Corr. de M. P . = *Purificada del error la densa.*

[p. 107]. [6] . Corr. de M. P . = *Niebla disipas.*

[p. 107]. [7] . En R. C-A. = Huye *la* peste *del sagrado pueblo.*

[p. 108]. [1] . En *R. C-A.* = *Sobre los muros de este augusto templo.*

[p. 108]. [2] . En *R. C-A.* = *Rompe sus iras!*

[p. 108]. [3] . En *R. C-A.* = *Mas no sin sangre de los nuestros nunca.*

[p. 108]. [4] . En *R. C-A.* = *Teñida fuera la gentil espada;*

[p. 108]. [5] . En *R. C-A.* = *Este sagrado suelo.*

[p. 108]. [6] . En *R. C-A.* = *Cual indicio de gloriosa muerte.*

[p. 108]. [7] . En R. *C-A.* = *Harto cercana?*

[p. 108]. [8] . En *R. C-A.* = *A éste venera en Zaragoza el pueblo.*

[p. 108]. [9] . En R. C-A. = Cual si *este césped, su ceniza cubra.*

[p. 108]. [10] . En R. C-A. = Cual si *guardara sus preciados huesos.*

[p. 109]. [1] . Corr. de M. P. = *en la palestra.*

[p. 109]. [2] . En *R. C-A.* = *De Zaragoza en el estadio fuera.*

[p. 109]. [3] . En *R. C-A.* = *De fe y virtudes con el óleo ungido.*

[p. 109]. [4] . En *R. C-A.* = *Y le inflamaron los laureles patrios.*

[p. 109]. [5] . En *R. C-A.* = *Vid en este templo las diez y ocho palmas.*

[p. 109]. [6] . En *R. C-A.* = *Y ardiendo en sed de conquistar tal gloria.*

[p. 109]. [7] . En *R. C-A-* = *Vuela al combate.*

[p. 109]. [8] . En *R. C-A.* = *Que despreciara del insano mundo.*

[p. 109]. [9] . En R. C-A. = *Vana hermosura.*

[p. 109]. [10] . En R. C-A. = *horrible.*

[p. 110]. [1] . En *R. C-A.* = *Cortado.*

[p. 110]. [2] . En *R. C-A.* = *Más padeciste que la misma muerte;*

[p. 110]. [3] . En R. *C-A.* = *el dolor ardiente.*

[p. 110]. [4] . En *R. C-A.* = *Has obtenido, cual si no vivieras.*

[p. 111]. [1] . Corr. de M. P. = *Sangre bendiga.*

[p. 111]. [2] . En *R. C-A.* = *No es la tarea de cantar a santos*

[p. 111]. [3] . En *R. C-A.* = *Ruda ni vana.*

[p. 111]. [4] . O. E. y T. = logra .

[p. 111]. [5] . Corr. de M. P. = *De ellos en pos presentará triunfantes.*

[p. 111]. [6] . Corr. de M. P. = A *Engracia fuerte.*

[p. 112]. [1] . Corr. de M. P. = *También a Cayo mostrará y Cremencio.*

[p. 112]. [2] . En R. *C-A.* = *de varones tales.*

[p. 112]. [3] . En R. *C-A.* = *engendradora.*

[p. 112]. [4] . Corr. de M. P. = *Sigue después los resurgentes miembros.*

[p. 112]. [5] . Corr. de M. P. = *Sigue las almas.*

[p. 113]. [1] . Corr. de M. P. = Allí *los Faunos saltaiores moran.*

[p. 115]. [1] . Corr. de M. P . = *Fúlgida el agua susurrando rueda.*

[p. 115]. [2] . Corr. de M. P. = *hondo.*

[p. 115]. [3] . Corr. de M. P. = *difundía.*

[p. 117]. [1] . Corr. de M. P. = *Lugar ocupa en soberano asiento.*

[p. 117]. [2] . Corr. de M. P. = *A quien sumisos doblarán entrambos.*

[p. 117]. [3] . Corr. de M. P. = *Polos la frente.*

[p. 117]. [4] . Corr. de M. P. = goce.

[p. 119]. [1] . O. E. y T. = Le *admirarán los siglos y en tanto nuestros dedos.*

[p. 120]. [1] . Corr. de M. P. = *En propia sangre tiñan el brazo criminal.*

[p. 121]. [1] . O. E. y T . = *Confortada de.*

[p. 121]. [2] . 0. E. y T. = *No dancen ante mi las leves horas;*

[p. 122]. [1] . O. E. y T. = lo *trasmuda,*

[p. 122]. [2] . 0. E. y T. = *colosales.*

[p. 122]. [3] . Corr. de M. P . = *memorias.*

[p. 122]. [4] . O. E. y T . = *Y si su mente. lo f uturo rasga,*
Errar verá su espíritu entre el llanto.

[p. 122]. [5] . O. E. y T. = De *la acerba mansión Aquerontea,*

[p. 123]. [1] . O. E. y T . = *Hoy nueva ley aparta los sepulcros*
De piadosas miradas y a los muertos
Hasta el nombre disputa o se le niega.

[p. 123]. [2] . O. E. y T. = Te cultivó .

[p. 123]. [3] . O. E. y T. = recuerdo *triste.*

[p. 123]. [4] . O. E. y T. = Mi *techo maternal.*

[p. 124]. [1] . O. E. y T . = *mutilados.*

[p. 124]. [2] . O. E. y T. = *Halagadora.*

[p. 125]. [1] . O. E. y T . = *Una antorcha encendían los amigos*
De la lumbre del sol con una chispa.

[p. 126]. [1] . O. E. y T . = *su féretro.*

[p. 126]. [2] . O. E. y T . = *hechos gloriosos.*

[p. 127]. [1] . Corr. de M. P. = *mueven.*

[p. 127]. [2] . O. E. y T . = *moderando.*

[p. 127]. [3] . Corr. de M. P. = *La fragancia despiden de mil flores.* 1. Corr. de M. P. = *voluble.*

[p. 128]. [1] . Corr. de M. P. = *voluble.*

[p. 129]. [1] . Corr. de M. P. = rugiente .

[p. 129]. [2] . Corr. de M. P. = espumosa.

[p. 130]. [1] . Corr. de M. P. = *estirpe Julia.*

[p. 130]. [2] . Corr. de M. P. = *Esta plegaria dirigió suprema:*

[p. 131]. [1] . Corr. de M. P. = *«Si mi rostro y belleza y las sabrosas.*

[p. 131]. [2] . Corr. de M. P . = *Vigilias a mi lado* te *placieron,*

[p. 131]. [3] . Corr. de M. P. = *desgracia.*

[p. 132]. [1] . Corr. de M. P. = *regados* **.**

[p. 132]. [2] . O. E. y T. = *Y dos tornada a alzar con nueva gloria*
Sobre las mudas calles opulenta,

[p. 133]. [1] . Corr. de M. P. = *muestra su rostro.*

[p. 134]. [1] . Corr. de M. P. = *Suma prudencia.*

[p. 135]. [1] . Corr. de M. P. = *negra.*

[p. 136]. [1] . Corr. de M. P. = *Trece años el mayor contará apenas.*

[p. 136]. [2] . O. E. y T. = *Dejando.*

[p. 138]. [1] . O. E., y T . = *lozano.*

[p. 138]. [2] . Corr. de M. P. = lucha.

[p. 139]. [1] . Corr. de M. P. = *dobláronse las ramas.*

[p. 140]. [1] . Corr. de M. P. = Las *artes, los oráculos, las leyes.*

[p. 140]. [2] . Corr. de M. P. = De *diva sangre enrojecido el suelo.*

[p. 140]. [3] . Corr. de M. P. = Y *las esposas gimen; y arrastradas.*

[p. 140]. [4] . Corr. de M. P. = *En dura servidumbre las doncellas.*

[p. 140]. [5] . Corr. de M. P. = *La grey balante, el mugidor rebaño.*

[p. 142]. [1] . O. E. y T. = *De Piritoo el festín solemnizaba;*

[p. 142]. [2] . Corr. de M. P. = *relincha en vano.*

[p. 144]. [1] . 0. E. y T . = *con la vida.*

[p. 144]. [2] . Corr. de M. P. = *al fragor de la batalla.*

[p. 144]. [3] . Corr. de M. P. = *Con las ramas en las manos, a su encuentro*

[p. 145]. [1] . Corr. de M. P. = *la copa de onyx.*

[p. 146]. [1] . *R. C-A. = jugos.*

[p. 146]. [2] . *R. C-A. = La hechicera Tesalia.*

[p. 146]. [3] . *R. C-A. = vueltas.*

[p. 147]. [1] . *R. C-A.* = *enderezó.*

[p. 147]. [2] . *R. C-A.* = *enseñaba.*

[p. 147]. [3] . *R. C-A.* = *detuvo.*

[p. 147]. [4] . *R. C-A.* = *arrancaba a.*

[p. 148]. [1] . *R. C-A.* = *¡Qué celestiales ojos!*

[p. 148]. [2] . *R. C-A.* = *Conque es el loco Amor, pobre hijo mío.*

[p. 148]. [3] . O. E. y T. = *rinde.*

[p. 149]. [1] . *R. C-A.* = *Más que las inmortales es altiva.*

[p. 149]. [2] . *R. C-A.* = *soberbia.*

[p. 149]. [3] . Corr. de M. P. = *Mi ruego escucha: a socorrerme acude.*

[p. 149]. [4] . *R. C-A.* = *ágata.*

[p. 150]. [1] . *R. C-A.* = *Y llora y ruega.*

[p. 150]. [2] . *R. C-A.* = *de las fiestas.*

[p. 150]. [3] . *R. C-A.* = *noto.*

[p. 150]. [4] . *R. C-A.* = *¿Por qué morirte quieres y padeces.*

[p. 151]. [1] . *R. C-A.* = *curarte puedo.*

[p. 152]. [1] . Corr de M. *P.* = *Llevad contínuo el nombre a su memoria.*

[p. 152]. [2] . Corr. de M. P. = mísera.

[p. 153]. [1] . Corr. de M. P. = *guirnaldas.*

[p. 153]. [2] . Corr. de M. P. = *ánima.*

[p. 153]. [3] . Corr. de M. P . = *llevaránla.*

[p. 158]. [1] . O. E. y T . = *Aquí pulsó la septicorde lira.*

[p. 158]. [2] . O. E. y T. = *Y la del Teyo.*

[p. 159]. [1] . O. E. y T. = *al nacer* .

[p. 160]. [1] . 0. E. y T. = *vino.*

[p. 160]. [2] . 0. E. y T. = *sus hazañas.*

[p. 166]. [1] . Esta oda, notable en algunos trozos por la elegancia y el brío, adolece en muchos otros de prolijidades, repeticiones y prosaísmos. Con todo el respeto debido a Francisco Manuel, no he dudado en reducirla a menores proporciones, suprimiendo varias estrofas.

[p. 170]. [1] . Edic. de «Lo Gayter» = puedo algún día

[p. 171]. [1] . Edic. de «Lo Gayters». = Su *diadema*

[p. 171]. [2] . Edic. de «Lo Gayter». = Su voz me *prestarán los trovadores.*

[p. 171]. [3] . Edic. de «Lo Gayters». = *De tu pueblo terror.*

[p. 172]. [1] Edic. de «Lo Gayter». = Y *la hija gentil de las montañas.*

[p. 175]. [1] . Edic. de «Lo Gayter». = te robó,

[p. 175]. [2] . Edic. de «Lo Gayter». = tornó.

[p. 175]. [3] . Edic. de «Lo Gayter». = *Infamando tus gramallas,*

[p. 176]. [1] . Edic. de «Lo Gayter». = Al bravo

[p. 176]. [2] . Edic. de «Lo Gayter». = De las justas con

[p. 177]. [1] . Edic. de «Lo Gayter». = *De las tumbas*

[p. 177]. [2] . Edic. de «Lo Gayter». = tus Reyes

[p. 180]. [1] Edic. de «Lo Gayter». = Colgada la armadura,

[p. 180]. [2] . Edic. de «Lo Gayter». = *Pues la hora*

[p. 180]. [3] . Edic. de «Lo Gayter». = Confié

[p. 183] SEGUNDA PARTE : POESÍAS ORIGINALES

EPÍSTOLA A HORACIO

Yo guardo con amor un libro viejo,
De mal papel y tipos revesados,
Vestido de rugoso pergamino; [1]
En sus hojas doquier, por vario modo,
De diez generaciones escolares
A la censoria férula sujetas,
Vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos retozan
Cifras allí de incógnitos lectores;
En mal latín sentencias manuscritas,
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones varias, apotegmas, glosas, [2]
Y pasajes sin cuento subrayados, [3]
Y addenda y expurganda y corrigenda;
Todo mezclado [4] con figuras toscas
De torpe mano, de inventiva ruda,
Que algún ocioso en solitarios días
Trazó con tinta por la margen ancha
Del tantas veces profanado libro.

Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro!
Mas no en tersa edición rica y suntuosa; [5]
[p. 184] No salió de las prensas de Plantino,
Ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,
Ni Estéfanos, Bodonis o Elzevirios
Le dieron sus hermosos caracteres.
Nació en pobres pañales; allá en Huesca
Famélico impresor meció su cuna;
Ad usum scholarum destinóle
El rector de la estúpida oficina,
Y corrió por los bancos de la escuela,
Ajado y roto, polvoroso y sucio,
El tesoro de gracias y donaires
Por quien al Lacio el ateniense envidia.

¡Cuántos se amamantaron en sus hojas,
A cuántos quitó el sueño ese volumen
Lidiando siempre por alzar el velo
Que tus conceptos al profano oculta!
¡Cuánto diste suavísimo deleite
A quien perseveró en la ruda empresa,
Y cuánto de sudor y de fatiga
A ignorantes y estólidos alumnos!
Hiciste germinar a tu contacto
Miles de ideas en algún cerebro;
Llenástele de luz y de armonía,
Y al influjo potente de tu ritmo

El ritmo universal le revelaste.
Por ti la antigüedad surgió [1] a sus ojos;
Por ti Venus Urania, de los cielos [2]
Bajó a las mentes de adorarla dignas,
[p. 185] Y allí habitando, cual perfecta idea,
Dió vida a su pensar, norma a su canto.
¡Cuánta imagen fugaz y halagadora,
Al armónico son de tus canciones,
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Revolaban en torno al estudiante, [1]
Que ante la dura faz de su maestro
De largas vestimentas adornado
Absorto contemplaba sucederse
Del mundo antiguo los prestigios todos:
Clámides ricas y patricias togas,
Quirites y plebeyos, senadores,
Filósofos, augures, cortesanas,
Matronas de severo continente
Esclavas griegas de ligera estola,
Sagaces y bellísimas libertas,
Aroma y flor en lechos y triclinios,
Múrrinos vasos, ánforas etruscas. [2]
En Olimpia, cien carros voladores,
En las ondas del Adria, la tormenta,
En el cielo, de Júpiter la mano, [3]
La Náyade en las aguas [4] de la fuente,
Y allá en el bosque [5] tiburtino oculta
La dulce granja del cantor de Ofanto,
Por quien los áureos venusinos metros
[p. 186] En copioso raudal se precipitan
Al ancho mar de Píndaro y de Safo!
Yo también a ese libro peregrino, [1]
Arca santa del gusto y la belleza,
Con respeto llegué, sublime Horacio; [2]
Yo también en sus páginas bebía
El vino añejo que remoza el alma.
Todo en ti lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazón romano:
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
La ática sal, las mieles del Himeto,
El ditirambo que a los cielos toca, [3]
El canto de Eros que inspiró Afrodita,
El Otium Divos que la mente aquieta,
Y el júbilo feroz con que en las cumbres
Del Citerón, en la ruidosa noche,
Su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú; tú la encarnaste
Como nadie en el mundo la ha encarnado.
A tu triunfal corona las preseas
Grecia engarzó de su mejor tesoro;
Rindióte Jonia las melosas voces
Con que Anacreon arrullé a Batilo,

Tebas el ritmo en que de Dirce el genio
Loara al púgil en la lid triunfante
Y al vencedor en la cuadriga rauda;
[p. 187] Del enemigo de Licambo hubiste
El crudo hierro convertido en yambo,
La alada estrofa en que de Cleis la madre
Supo inflamar con férvidos amores
A bien trenzadas vírgenes lesbianas, [1]
Y el son de Alceo entre borrascas hórridas
Al opresor de Mitilene infausto.

Todo, rey de la lira, lo abarcaste, [2]
Pusiste en todo la medida tuya,
El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
La concisión, secreto de tu numen.
En torrentes de números sonoros
Despéñase tal vez tu fantasía; [3]
Mas nunca pasa el término prescrito
Por la armónica ley que a los helenos
Las hijas de Mnemásine enseñaron.
¡Tiempo feliz de griegos y latinos!
Calma y serenidad, dulce concierto
De cuantas fuerzas en el hombre moran;
Eterna juventud, vigor eterno, [4]
Culto sublime de la forma pura,
Perenne evocación de la armonía!
¡Bárbaros hijos [5] de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? graves doctores
Afirman que los hórridos cantares
Que alegran al sicambro y al escita,
[p. 188] O al germano tenaz y nebuloso,
Oscurecen tus obras inmortales
Labradas por las manos de las Gracias,
Cual por diestro cincel mármol de Paros.

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
De teutones [1] y eslavos el imperio,
En la ley, en el arte y en la ciencia
Nuestra raza latina sentiría,
Y que nombres por ti no pronunciables,
Porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
El habla de los Dioses enturbiando,
Tu nombre borrarían? Orgullosos
Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,
Del Ebro patrio o del dorado Tajo. [2]
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio, [3]
Yo soy latino y adorarte quiero;
Anímense tus hojas immortales!

Que Régulo otra vez alce la frente

Y el beso esquive de la casta esposa,
Y el pueblo aparte que su paso impide,
Y a los tormentos inmutable torne;
Que entre las ruinas del vencido mundo
[p. 189] Caiga el atroz Catón, nunca domado;
Que Druso a los Vindélicos aterre,
Como el ave de Jove fulminante
Desciende sobre tímida bandada;
Que las torres de Ilión maldiga Juno,
Dos veces humilladas en el polvo,
De Laomedón por la perfidia insana,
Por el inicuo juez y la extranjera;
Que de Palas la égida sonante [1]
A los Titanes otra vez resista;
Que las Danaides el acero empuñen
Y en sangre tiñan los nupciales lechos;
Que el níveo toro, a la de cien ciudades
Creta, conduzca la robada Ninfa;
Que los corceles del rugiente trueno
Lance el Saturnio, por el aire vago,
Y se estremezca desquiciado el orbe,
Mas nunca el pecho del varón constante.

¡Ven, libro viejo, ven, roto y ajado!
Quiero embriagarme de tu añejo [2] vino,
A Baco ver entre escarpados montes,
A Fauno amante de ligeras ninfas,
A Hermes facundo y al intonso Cintio.
Quiero vagar por los amenos bosques,
Donde la abeja susurró de Tíbur,
Y en los brazos de Lidias y Gliceras
Posar la frente, al declinar la tarde,
[p. 190] Orillas de la fuente de Blandusia;
O ante la puerta de la dura Lyce,
Que el Aquilón con ímpetu sacude,
Amansar su rigor y su soberbia; [1]
O volar con la nave de Virgilio
Que hacia las playas áticas camina
Y guarda la mitad del alma tuya.

¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía,
El *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,
El *Carpe diem* que al placer anima,
El *Rectius vives* que enaltece el alma;
Canta de amor, de vinos y de juegos,
Canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
Quiero las calles de la antigua Roma,
Con Damasipo conversar y Davo,
Reírme de epicúreos y de estoicos,
Viajar a Brindis, escuchar a Ofelo,
Sentarme en el triclinio de Mecenas,
Y aprender los preceptos soberanos

Que dictaste festivo a los Pisones.

Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,
Caldeados en tu fragua creadora.
¡Que se entrelacen en vistoso juego
Y dancen cual las ninfas desceñidas [2]
Que con rítmico pie baten la tierra!
[p. 191] La antigüedad con poderoso aliento
Reanime los espíritus cansados,
Y este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime
Sus fuerzas agotando en el vacío,
Por influjo de nieblas maldecidas
Que abortó el Septentrión, ante su lumbre
Disípense otra vez. ¡Tome el radiante
Sol del Renacimiento a iluminarnos;
Cual vencedor de bárbaras tinieblas
Otro siglo lució sobre el Oriente, [1]
Los pueblos despertando a nueva vida,
Vida de luz, de amor y de esperanza!
Helenos y latinos agrupados,
Una sola familia, un pueblo solo,
Por los lazos del arte y de la lengua
Unidos, formarán. Pero otra lumbre
Antes encienda el ánima del vate;
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazón cristianos.

¡Esa la ley será de la armonía!
Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa;
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
[p. 192] Y de Cristo en basílica trocóse
Más de un templo gentil purificado.
¡Adiós, adiós, monarca de la lira! [1]
En vano el Septentrión hordas salvajes
De nuevo lanzará; sobre las ruinas [2]
Triunfante se ha de alzar el libro viejo,
De mal papel e innúmeras erratas,
Que con amor en mis estantes guardo.

Santander, 28 de diciembre de 1876.

[p. 193] A EPICARIS

Yace en la mente del Señor oculta
De la hermosura la fecunda idea,
Que nuevas formas incesantes crea
Y, a par que las acendra, las sepulta.

Océano insondable y sin riberas

Que alimenta la vida con sus aguas;
Encendido volcán en cuyas fraguas
Del existir se inflaman las lumbreras.

Todo nació de allí, y en raudo vuelo,
Girando en tomo de la luz fulgente,
Cual pabellón inmenso y esplendente
Tendió sus alas el etéreo cielo.

Y luego obedeciendo a la armonía
Que se encarnaba en la materia oscura,
Surgieron a bordar su vestidura
Orbes de luz, de la extensión vacía.

Y el modelo inmortal de la belleza,
Al traducirse en la celeste forma,
Al astro prefijó número y norma
Y un rayo le prestó de su grandeza.

Ese invisible espíritu potente,
Oculto engendrador, alma del mundo,
Que derrama doquier soplo fecundo
Y es de la vida inextíngible fuente,

Penetró de la tierra por las venas,
Y la llama encendió de sus entrañas,
El centro fecundó de las montañas
Y animó de los mares las arenas;

[p. 194] En partes cien el polvo congregado,
Toda existencia el orbe producía,
Y a par de la existencia la armonía, [1]
El ritmo universal de lo creado.

Ritmo que guía al huracán tronante
Y la tormenta y la quietud dirige,
Y el vuelo errante de las aves rige
Y los murmullos de la mar sonante;

Que del iris extiende los colores
Y la luz del relámpago rojiza,
Y los sedientos campos fertiliza,
Y exhálase en aromas de las flores;

Que en la piedra, en el bruto y en la planta
Las huellas imprimió de su destino,
Y en el hombre encendió fuego divino
Que a la fuente del ritmo le levanta.

Por eso quiere el pensamiento humano
Sin velo percibir lo inteligible,
Y a la cumbre llegar inaccesible,
Foco de la belleza soberano.

Cuanto sus ojos miran, es espejo
Roto y quebrado de la pura *idea,*
Con sus fragmentos otro mundo crea,
Del mundo superior débil reflejo.

Y otro mundo después... Mas nunca llega
A realizar el sueño de su mente;
De su razón los límites presiente,
Y el mundo material su vista ciega.

Entonces condensando la hermosura,
Que en los seres contempla dividida,
En un símbolo externo le da vida,
Y encarna al fin su concepción oscura.

[p. 195] Y le tributa adoración e incienso,
Rinde a sus pies las obras de su mano,
Y enlaza en pensamiento soberano
La belleza mortal al tipo inmenso.

Una mujer... De allí la mente alzada
Nuevas bellezas rápida eslabona,
Y entreteje magnífica corona
Para adornar las sienes de su amada.

Roba a la Aurora perlas y fulgores,
Detiene al sol en su abrasado vuelo,
Concentra el ritmo de la tierra y cielo,
Olas, estrellas, vientos bramadores...

Y al ver en cifra la beldad primera,
Levanta el hombre su inspirado acento,
Y responde [1] al armónico concento
Que rige y mueve la celeste esfera.

Del vivir en el sueño arrebatado
Buscaba yo también, señora mía,
Cual luz de la existencia la armonía,
El ritmo universal de lo creado.

Y no calmaron mi incesante anhelo
Del arte griego las ficciones suaves,
Ni docta ciencia con discursos graves
Logró arrancar el tenebroso velo.

Yo vi discordia que doquier estalla,
En el mar, en los cielos, en la tierra;
Vi el apetito y la razón en guerra,
Todos los elementos en batalla.

Mas vi principios de belleza en todo
Y quise penetrar su oculta esencia;
Reconocí su influjo y su presencia

Hasta en el seno del informe lodo.

[p. 196] Y un *símbolo* busqué para en sus alas
Alzarme al trono de la suma *idea*,
Y contemplar, aunque en reflejo sea,
De la hermosura las perennes galas.

Tú fuiste, amada, el símbolo elegido
Para encarnar mi pensamiento vago,
Pues de tus ojos el celeste halago
Rompió la niebla en que yací dormido.

Yo en ellos vi, como en espejo puro
Nunca empañado por terreno aliento,
La imagen de mi propio pensamiento,
Ya más alto y tenaz, menos oscuro.

Vi la belleza en tu gallarda forma
Traducirse por fin, libre de velos,
Y el saber de la tierra y de los cielos
Dar a tu rostro perfección y norma.

Y como el griego artífice eminente, [1]
Al contemplar el mármol que labrara,
Ardió en amor de la hermosura rara,
Cifra de la grandeza de su mente,

Yo, mi dulce Epicaris, extasiado
Ante la gracia que en tu faz reía,
En ti adoré la plácida armonía,
El ritmo universal de lo creado.

Santander, 1874.

[p. 197] SÁFICAS

I

UNA FIESTA EN CHIPRE

(IMITACIÓN DE LA POESÍA GRIEGA Y LATINA)

EL SACERDOTE

Cantad, mancebos, a Afrodita Cipria,
Cantad, doncellas, al Amor su hijo;
Humo de incienso a la región etérea
Ya se levanta.

¡Lejos, profanos! nuestro canto empiece,
Se alce sublime a celebrar la gloria
De aquella diosa que en Gnido [1] impera,
Reina de Pafos.

Al blando ritmo de la griega musa
Herid las siete resonantes cuerdas
De la áurea lira, que pulsara en Lesbos
Mísera Safo.

CORO DE MANCEBOS

¡Madre Afrodita! !¡tu sagrado numen
En dulce fuego al universo inflama!
Tú las semillas de potente vida
Lanzas al orbe.

[p. 198] Caen de la tierra en el fecundo seno,
Y se produce en la extensión inmensa
Generación de voladoras aves
Hijas del viento.

Todo se anima, y tu presencia sienten
El rudo tronco y el peñasco altivo,
Y hasta la cima del Pelión cubierta
Siempre de nieve.

Inspira leve susurrando el aura
Sueño de amor en la estación florida,
Y vierte Cintio en la campiña.amena
Plácida lumbre.

Y Eros veloz, que revolante sigue
El áureo carro de su madre hermosa,
Con sus arpones sin cesar enciende
Fuego de amores.

Siéntele el rey de las umbrosas selvas
Y a la leona con rugido llama,
Y tras la vaca el anhelante toro
Corre mugiendo.

Llenan los bosques con alegres trinos
Aves prendidas en el blando lazo,
Y las caricias de su amor oculta
Trémula rama.

Y hasta los monstruos que la mar encierra
Ríndense, Cipria, al seductor hechizo,
Y el Ceto inmenso y el de fina escama
Rombo preciado.

Todo obedece a las eternas leyes,
Y Amor propaga las especies todas.
Salud, ¡oh Reina! nuestros votos oye
Plácidamente.

[p. 199] Arda el incienso en tu marmóreo templo,

Suene la voz del sacerdote augusto,
Y a Chipre mira con amantes ojos,
Madre Erycina.

EL SACERDOTE

Vírgenes Ciprias, comenzad el canto;
Soltad los lazos de las negras trenzas,
Y al engendrado del Saturnio Jove,
Eros divino,

Al de las flechas y dorada áljaba,
Al de los dioses y los hombres dueño,
A quien dió a luz en los Idalios bosques
Bella Citeres,

Celebraréis en melodiosos himnos
Que lleve el viento en sus ligeras alas
Al blando lecho donde unido a Psiquis
Eros reposa.

CORO DE DONCELLAS

Eros, enciende en los humanos pechos
Fuego de vida, poderosa llama;
Tú a las eternas del amor presides
Dulces ternezas.

Por ti en el carro de la blanca Aurora,
Por ti en los rayos de Hiperión ardiente,
Por ti en las sombras de la noche oscura
Vuela un gemido.

Lánzale el pecho de la ninfa griega
Por quien suspira el amador errante;
Une sus almas en eterno beso
Céfiro leve.

[p. 200] Suena en las selvas amoroso canto,
Sienten las Dríadas tu divino aliento,
Y las Náyades en su opaca gruta
Bajo las ondas.

El aura gime por las tiernas flores,
Besan las olas la escarpada orilla,
Todo se inflama y al placer convidan
Tierras y mares.

Deja en el Latmos su argentino carro,
Para besar al cazador arcade,
La de los labios de purpúrea rosa
Febe divina.

Rinde Poseidon su tridente agudo,
Sigue veloz a la marina Tetis,
Y da a los reinos del cerúleo ponto
Nueva progenie.

Rinde sus flechas el Latonio Febo,
Rinde Atenea su potente egida,
Rinde el Tonante su temible a reyes
Rayo trisulco.

Hiende las nubes el ligero carro
De aquella diosa que en Gnido impera,
Y revolante la carroza sigues,
Hijo de Cipria.

Hiera tu arpón desamorados pechos,
Arda de amor el corazón amante,
Y suave luz de tu divina antorcha
Brille en el mundo.

CORO DE MANCEBOS

Tierna doncella es semejante a rosa,
Que nace y crece en el jardín cercado,
Y se marchita sin que el tallo corte
Mano süave;

[p. 201] Mas si se une en deleitoso nudo
A aquel mancebo que su amor desea,
Es como vid que se entrelaza al olmo
Fuerte y robusto.

Rendid, doncellas, vuestro pecho tierno;
Amad, vosotras, si el amor queréis;
Destierre Cipria los temores vanos,
Y *Eros* inflame sin igual placer.

CORO DE DONCELLAS

Rendid, mancebos, vuestro pecho altivo;
Amad, vosotros, si el amor queréis;
Destierre Cipria los temores vanos,
Y *Eros* inflame sin igual placer.

EL SACERDOTE

Concede, madre, a su ferviente anhelo
Digna progenie, sucesión gentil;
Grecia los mire en la robusta liza
Fuertes y altivos entre griegos mil;
Lloren sus padres con inmenso gozo
Al ver sus hijos en la olimpia lid;
Sean las hijas cual su madre hermosas,

Sientan de amor el corazón latir.
Y Amor enlace a las doncellas ciprias
Con los mancebos, por edad sin fin,
Como alzando sus pámpanos hermosos
Únese al olmo la corintia vid.

CORO DE MANCEBOS

Arda el incienso en tu marmóreo templo,
Suene la voz del sacerdote augusto
[p. 202] Y a Chipre mira con amantes ojos,
Madre Erycina.

CORO DE DONCELLAS

Hiera tu arpón desamorados pechos,
Arda de amor el corazón amante,
Y suave luz de tu divina antorcha
Brille en el mundo.

Santander, abril, de 1875.

[p. 203] SÁFICAS

II

ANYORANSA. [1] —A EPICARIS

Sueña el poeta en las nocturnas horas
Sueño de amores que el amor inspira;
Visión divina su dormida frente
Pasa tocando.

Así descansa el inocente niño
En el regazo de su tierna madre;
Sobre él el ángel de doradas alas
Tiende su mano.

¿Quién no ha soñado una región más pura
Que siempre baña refulgente lumbre?
Nunca en sus mares la cuadriga Febo
Rápida esconde;

Crece en sus prados la purpúrea rosa
Libre del cardo y la punzante espina;
Teje Citeres de florido mirto
Bella corona.

Juega veloz en deleitosos huertos
Aura cargada de perfumes leves;
Arenas de oro en su corriente rauda
Llevan los ríos.

Nunca la escarcha sus campiñas cubre
Nunca el granizo sus sembrados hiere,
Jamás la nieve la escarpada cumbre
Ciñe del monte.

[p. 204] No se marchitan las gayadas flores,
Siempre renueva su verdor la tierra;
Fecundo aliento productor de vida
Lleva en su seno,

Aura vital que por doquier circula
Desde la piedra a la robusta encina,
Y en cuanto existe omnipotente inflama
Fuego divino.

Amor respira el deleitoso suelo,
Amor exhalan las abiertas rosas,
Y allá en la selva el ruiseñor repite
Trinos de amores.

Lavan del río en las serenas aguas
Ninfas hermosas sus gallardas trenzas,
O tejen de oro, en escondida gruta,
Tela preciada.

Nunca el jardín de la hechicera Armida
Mostró a los ojos tan gentil encanto,
Como la tierra que en dorada imagen
Sueña el poeta.

Allí domina en elevado alcázar
Reina del bosque y la floresta umbría,
Cifra inmortal de la belleza suma,
Cándida virgen.

En ella encarna la celeste idea
Que en la alta mente del Señor reside,
Áurea cadena que la tierra enlaza
Con el Empíreo.

Fuego de vida su mirar destella,
Toca la tierra su ligera planta,
Y entre las nubes al Olimpo claro
Alza su frente.

[p. 205] No vista humana a resistir alcanza
El puro brillo de sus ojos bellos,
Do se refleja de increados soles
Lumbre perenne.

Ni puede el hombre penetrar su acento
Que, resonando en la celeste esfera,
Presta al concento de los orbes de oro
Número y ritmo.

La vaga imagen que en el sueño viera
Traduce el vate en la mujer que adora;
Himnos y flores, del amor tributo,
Pone a sus plantas.

Tal a su Laura concibió el toscano;
Tal adorara en Beatriz el Dante,
Que puso en ella del saber divino
Símbolo eterno;

Tal Ausías March a su edetana altiva,
Lirio entre cardos, celebró gimiendo,
Y el divo Herrera a la de negros rizos
Bella Eliodora.

Tal una imagen de beldad y gloria
Yo persiguiera en infantiles sueños;
Buscó su numen mi agitada mente
Sobre la tierra

Y aparecióme en la tendida playa
Donde potente se elevó *Favencia,*
Reina de reyes en pasados tiempos,
Reina de naves.

Cual de la blanca y ondulosa espuma
Del mar Egeo, que la Grecia baña,
Vieron los dioses con asombro alzarse
Nítida concha;

[p. 206] Y como perla de su oculto seno,
Mostrar la diosa de Citeres bella
Los lácteos miembros que el Amor torneara
Plácidamente;

Tal a mi vista apareció radiante,
Dulce Epicaris, tu beldad suprema,
Que festejaban con amante arrullo
Ondas y vientos.

Mórbida imagen de estatuaria griega,
Mármol semejas que labrara Fidias.
¡Oh si en tu gloria resonara acaso
Lira pelasga!

Hija, cual yo, de la Cantabria fuerte,
Sólo en tocar las laletanas costas
De nueva luz y de hermosura nueva
Tú las vestiste.

Huyó contigo mi perdida calma
De nuestra patria a los augustos lares,

Y desde entonce, en soledad oscura
Yo me lamento.

Pero un reflejo de la clara estrella
Que de mi vida alumbrará el camino
Viene tal vez a consolar mi duelo
Lánguidamente.

Y la *anyoransa* que en mi pecho anida
Tal vez anhela por la cara tierra,
O reproduce la divina imagen
De mi adorada.

Vuela, alma mía, a la región hermosa
Donde arrullara mi ondulante cuna
Del mar profundo y el airado viento
Ronco silbido;

[p. 207] Tráeme veloz en tus flotantes alas
Dulce recuerdo de mi amada ausente,
Y en la *anyoransa* a consolarme vuelva
Plácido sueño. [1]

Barcelona, 1873.

[p. 208] CANTOS LATINOS

A IMITACIÓN DE LOS QUE COMPONÍAN LOS GOLIARDOS
O ESTUDIANTES JUGLARES DE LA EDAD MEDIA

I

Ave Salmantina
Civitas gloriosa,
Gloria litterarum
Semper speciosa.

Ecce tibi venit
Pauper scholaris,
Hujus vitæ et morum
Forte recordaris.

Gaudens in taberna
Ludere et cantare,
Vinum sine nummis
Semper degustare.

Gaudens in quadriviis,
Domnam osculari,
Virgines et nuptas
Celer insectari.

Quando venit lena

Leniter insidens,
Ego dico: «adsums»
Tacite subridens.

Fuit obnoxia feminis
Vita Salomonis,
Femina desecuit
Comam et vim Samsonis.

[p. 209] Stagirita clericus
Dicitur insanuisse;
Pro onere suam puellam
Humeris imposuisse.

Oh sapiens Aristoteles,
Quam dulce onus portabas!
Interdum hujus crura
Pro libito tractabas.

Quis nescit Virgilininque
Pendentem de cistella?
Ridebat omnis Roma,
Ridebat ejus puella.

Sed post luxerunt omnes
Cum ignem extinxisset,
Et solum inter femora
Infidæ reliquisset.

Nec Decretalia lego,
Nec libros Pandectarum,
Erit mihi solus Naso
Magister Sententiarum.

Et Pamphilum pertracto
De vetula scribentem,
Et Apulejum Aphrum
Sub asino rudentem.

Hoc ignorantur laici,
Sed scitur in scholis;
Non sum peritus juris
Sed in amorum dolis.

Uror amore puellæ
Nec jam maturam sperno;
Illa est decora facie,
In hac sapientiam cerno.

[p. 210] Non solum pulchritudine
Sed venustate capior,
Et lascivienti risu
Cultu et munditiis rapior.

Et mauras et judaeas
Simul fideles amo,
Et fremens sicut cervus
Pro eis semper clamo.

Versatus sum Parisiis,
In prato Clericorum,
Edoctus sum Germaniæ
In terra Goliardorum.

Scio ludere alea,
Et cantilenas pangere,
Et rhytmice saltare,
Crumata et tibiam tangere.

Scio vina discernere
In poculis commixta,
Agnosco odorem aquæ,
Fugio velut arista.

In potatorio carmine
Nulli secundus cedo,
Et carmina pro poculis
Omni pincernæ reddo.

Sum vagus sicut ventus
Et liber sicut avis,
Me rapiet usque ad mortem
Illa stultorum navis.

Santander, enero de 1878.

[p. 211] CANTOS LATINOS GOLIARDESCOS

II

In tabernam ingrediamur
Scholares et goliardi;
Eja, age, surge, domine,
Nobis porge vinum bonum,
Ut tui nomen celebremus
Et cum tibiis personemus.

Bonum. verbum, dulcis risus,
Et jucunda semper facies;
Nunc, sodales, est bibendum,
Inter pocula canamus;
Eja, age, surge e lecto
Et nos accipe sub tecto.

Curre, curre, cela uxorem,
Si sit juvenis et pulchra;
Curre, curre, natam cela

Ne marcescat flos innuptæ;
Quamquam semper in taberna
Filia pulchra sit pincerna.

Venus tatem et munditias
Nunquam ponas juxta Bacchum,
Quia cum Baccho calet Venus;
Haeret ignis in medullis,
Et non sufficit prudentia,
Clericorum. ait scientia.

CORO

Aperi portas, janitor,
Audi ut sibilat ventus,
Turboque mixta grandine
Segetes lætas verberat.

[p. 212] A C...

Preguntas, prima mia,
Por qué medito y callo;
Decírtelo querría,
Mas ni palabras hallo,
Ni osa afirmar mi lengua
Lo que soñó mi amor.

Allá en remota altura,
Espléndido y sereno,
De gracia y hermosura
El ideal heleno
Mis infantiles sueños
Tal vez acarició.

Emblema del deseo
Del ánima encendida,
Del seno del Egeo,
A embellecer mi vida
Las Horas y las Gracias
Brotaban a la par.

Las Gracias que derraman
Belleza en los mortales,
Las que al artista llaman
A amores celestiales,
Las que ensalzaba Píndaro
En cántico triunfal. [1]

De ellas procede al hombre
Virtud, valor y gloria;
De ellas el alto nombre,
[p. 213] La peregrina historia,
Cuanto levanta el alma
A célica región;

Cuanto de ritmo vago,
De mística armonía,
De número y halago
Naturaleza cría,
Reflejo es de las Gracias,
Es eco de su voz.

Las vi agitar terribles
Las cántabras espumas;
Y mansas y apacibles,
Sin nubes y sin bramas
El golfo de Parténope
Ceñir y embellecer.

Las admiré doquiera,
Y el ánimo extasiado
A la superna esfera
Volar quiso inflamado;
Un rayo de aquel fuego
Pedí para mi sien.

«Yo anhelo ver la idea
En forma traducida,
Y que esa forma sea
La lumbre de mi vida.
¡Que las helenas Gracias
Me envuelvan en su luz!»

Aquel extraño anhelo
Al fin cumplirse miro;
Desciende ya del cielo
La diosa en raudo giro,
Hermosa cual las Gracias,
Hermosa como tú.

[p. 214] Las Gracias animaron
Sus ojos y su frente,
Y su cabeza ornaron
De oro crespo y luciente;
Pusieron en sus labios
Riquísimo panal.

Nadie en sí propio fíe,
Si vió belleza tanta,
Hermosa cuando ríe,
Hermosa cuando canta,
Dulcísima sirena
Del gaditano mar.

¡Es la Beldad suprema
Que imaginó mi mente,
No símbolo ni emblema,
Mas realidad presente;

Morir puedo tranquilo,
Que mi alma al fin la vió!

Su planta luminosa
Apenas toca el suelo,
Su nombre como diosa
Pregúntaselo, al cielo,
Su nombre acá en la tierra
No he de decirlo yo.

Sevilla, marzo de 1878.

[p. 215] A EPICARIS

Soñé, mi amada, [1] en la ideal belleza,
Fuente de toda luz y toda vida,
Que de Dios en la mente concebida
Es arquetipo [2] de inmortal grandeza.

Y yo la contemplaba en su pureza,
De veste candidísima ceñida,
En la tierra su planta sostenida,
Oculta entre las nubes su cabeza.

Espíritu celeste, alma del mundo,
Que presta al orbe su fecundo aliento,
Soplo que anima la materia impura;

Y al despertar de sueño tan profundo,
Vi encarnarse y tomar forma y acento [3]
La belleza ideal en tu hermosura.

[p. 216] A MI DOCTÍSIMO AMIGO Y PAISANO

DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

RESTAURADOR DE LOS ESTUDIOS DE FILOSOFÍA ESPAÑOLA

Noble campeón de la española ciencia,
Por quien renace la inmortal memoria
De Soto y Suárez, la olvidada gloria
De Lulio y Foxo, Vives y Valencia.

Ellos del *ser* la inescrutable *esencia*,
Del *pensamiento* la agitada historia,
Del *espíritu* humano la victoria
Y el potente afirmar de la *conciencia*,

Con lengua revelaron soberana;
Mas sus nombres cubrió silencio triste
Hasta que tú avivaste el sacro fuego.

Por ti, que tal tesoro descubriste,

No envidiará ya más la gente hispana
Al germano tenaz, al sabio griego.

Santander, 15 de noviembre de 1875.

[p. 217] EN ROMA

¡Y nada respetó la edad avara...
Ni regio pueblo ni sagradas leyes!
En paz yacieron extranjeras greyes
Do la voz del tribuno resonara.

No ya del triunfador por gloria rara
Siguen el carro domeñados reyes,
Ni de Clitumno los hermosos bueyes
En la pompa triunfal marchan al ara.

Como nubes, cual sombras, como naves
Pasaron ley, ejércitos, grandeza...
Sólo una cruz se alzó sobre tal ruina.

Dime tú, oh Cruz, que sus destinos sabes:
¿Será de Roma la futura alteza
Humana gloria o majestad divina? [1]

Roma, 17 de enero de 1877.

[p. 218] A LA MEMORIA DEL EMINENTE POETA CATALÁN

DON MANUEL CABANYES

MUERTO EN LA FLOR DE SU EDAD
EL AÑO 1833

ODA

‹/On o‹ qeo‹ filoãsin, apoqn¿skei nžoj.
(El varón amado por los Dioses muere joven.)

MENANDRO.

¡Feliz quien nunca en la acordada [1] lira
Al poder tributó venal incienso,
Ni elevó al solio de opresores viles
Su profanado canto!

¿Por qué de Horacio el numeroso acento
Adula el sueño al opresor del mundo?
¿Por qué soñada alcurnia en su alabanza
Teje de Mantua el vate?

¡Feliz quien nunca en el marmóreo alcázar,
Su voz hiriendo regios artesones,

Himno entonó que servidumbre inspira,
Preso en dorados lazos!

¡Feliz quien nunca del inquieto vulgo [2]
El furor excité, temió las iras,
Ni arrastró de su musa desgarrado
El manto por las plazas!

[p. 219] Odio patricio y ambición insomne
El brazo armaron del terrible Alceo,
Envenenó la Némesis plebeya
De Béranger el alma.

¡Maldición para aquel que en muelle halago [1]
Vierte en su ritmo corrupción infame, [2]
Y las flores de Chipre regaladas
Torpemente deshoja,

Cual Ovidio y Petronio las mancharon
Con labio impuro al profanar los dones
Que sobre ellos vertieran las sagradas
De Mnemósine hijas!

¡Hélade antigua! generosas sombras,
Píndaro, Homero, Sófocles, Esquilo,
Que nunca infieles de la Urania Venus
Fuisteis al puro culto,

Abrid del templo las doradas puertas.
¡Paso al virgen [3] mancebo laletano,
Que en sus hombros la túnica del genio
Ostenta no manchada!

¡Dulce Cabanyes! en humilde tumba
Cubre tus restos el materno suelo;
Sobre ella vela el numen de la lira...
El de la gloria duerme.

De la región etérea donde moras,
Propicio acoge mi modesta ofrenda;
Para cantarte, de tu lumbre un rayo
Vierte sobre mi frente.

[p. 220] Tú la belleza con afán buscaste
Como a los griegos se mostró y latinos,
Mórbida y rica, transparente y tersa [1]
Cual de Paros el mármol. [2]

Y esa increada idea realizando,
Cuerpo la diste, movimiento y vida,
Forma gentil, de Helénica pureza,
De sencillez graciosa. [3]

Libre como tu espíritu tu musa
Rima desdeña y números sonoros; [4]
Campo la diste que a extender bastara
Su altivo pensamiento.

Dieron el tono a tus audaces himnos
De Ofanto el cisne y el cantor [5] del Tormes,
Robusto [6] Alfieri, Fóscolo indomado,
Lusitano [7] Filinto.

Y cual la abeja del ameno Tíbur,
Flores libando en los vergeles todos, [8]
Sonó tu voz en Laletania fértil [9]
Madre de trovadores. [10]

[p. 221] Émulo de Lucrecio, describiste
El monstruo crudo que del Ganges vino
A emponzoñar con su hálito funesto
Las fuentes de la vida; [1]

Y como Horacio al navegante execra,
Tú *al oro* cantas, domador del mundo,
Maldiciendo en tremendas armonías
Su corruptor imperio.

Trajo la historia a tu inspirada mente
Los claros nombres de la edad pasada;
Un rey jurando en manos del ardido
Esposo de Jimena; [2]

Por los desiertos mares conduciendo
Iberas quillas, de Liguria un hombre,
Y gigante visión del ponto erguida
Para anunciar sus hados. [3]

Y las que yacen en silencio antiguo
Ciudades de alto nombre entre rüinas
Ansiaste levantar al soplo ardiente
Del vivífico estío. [4]

Seguiste el rumbo de la clara estrella,
Guiadora gentil de tu destino
Que embelleció con luz plácida y suave
Tus solitarias horas. [5]

A los pies de la virgen que adorabas
Canto ofreciste cual su pecho puro,
Más blando que el gemir del arpa eolia
Por los vientos herida. [6]

[p. 222] Su aliento te infundió la sacra musa
Que en el Tabor y en el Calvario mora;

Viste a Jehová de cólera ceñido,
Fulminador, tronante;

Y al tímido modesto [1] sacerdote
Que al ara de Adonai mueve su planta,
Y a quien en incruento sacrificio
El Hombre-Dios desciende. [2]

Áureos tus versos son; su eco robusto
Vigor inspira, varonil grandeza;
Dignos de edad más fuerte y generosa
Que la nuestra menguada.

Llegó a tu mente un rayo de aquel fuego
Que iluminó los pórticos de Atenas,
Como llegó al cantor de la Cautiva,
A Andrés Chénier divino.

Joven moriste... Apenas a la vida
Se abrieron ¡ay! tus penetrantes ojos.
Joven sucumbe el que los dioses aman,
¡Triste ley de los hados!

De Némesis y Delia los clamores
No a su amador libraron de la tumba,
Ni al sollozar sus élegos dolientes
Las Parcas se ablandaron.

.De Catón y Pompeyo las cenizas
En sus urnas de horror se estremecieron
Y un ¡ay! lanzaron sus sagrados [3] Manes,
Al expirar Lucano.

[p. 223] Rota cayó en el Sorga aquella lira
Que moduló en el Tajo los amores
Y llevó a extrañas gentes el sonoro
Nombre de Garcilaso.

Rindió su cuello a la segur impía
El que al *Enfermo* celebró y al *Ciego;*
El numen de la gloria remontóle
Sobre el cadalso impuro.

Horrible mal devora a Leopardi,
Titán vencido pero no domado;
A Byron ve caer heroicamente
Missolonghi en su arena.

Jóvenes todos... como tú, Cabanyes,
Vieron pasar en desplacer sus días,
Con el estigma del dolor impreso
En sus alzadas frentes.

No fué en la tierra el fin de tu viaje, [1]
Libre de los escollos tu barquilla, [2]
Viste de paz las fúlgidas moradas [3]
Donde inmortal reposas.

Breves y oscuros de la tierra al seno
Fueron tus días en quietud llevados,
Sin que el clamor de la mentida fama
Tu nombre pregonase.

Hoy, mientras ciñen profanados lauros
Frentes vulgares, tu memoria muere.
¡Oh si en tu honor mi canto más durara
Que mármoles y bronces!

Santander, 4 de febrero de 1875.

[p. 224] EN EL ABANICO DE MI PRIMA

En ósculo de amor indefinible
Se unieron nuestras almas,
Antes de descender del bajo mundo
A la negra morada.

¿Cuándo será que tomen a enlazarse
Las divididas ramas,
Y que una misma savia poderosa
Haga crecer a antrambas?

Abril de 1878.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 183]. [1] . *Autógrafo primitivo:* Cubierto de no pulcro pergamino.

[p. 183]. [2] . *Autógrafo primitivo:* Escolios y apostillas de pedantes,

En mal latín sentencias y consejos,

Innumerables versos subrayados.

[p. 183]. [3] . En L. T. = *Innumerables versos subrayados.*

[p. 183]. [4] . En *L. T.* = *Todo pintado.*

[p. 183]. [5] . En *L. T.* = *Mas no en rica edición, nítida y pura.*

[p. 184]. [1] . O. E. y T. = *brilló,* y en *Horacio en España: se alzó.*

[p. 184]. [2] . *Autógrato primitivo:* de los astros.

[p. 185]. [1] . O. E. y T . = *Del escolar en torno revolaban.*

[p. 185]. [2] . Autógrafo primitivo: Etruscos vasos, ánforas murrinas.

[p. 185]. [3] . Autógrafo primitivo: Añade otro verso: Vibrando airada la trisulca llama.

[p. 185]. [4] . En *L. T.* = *en las ondas.*
[p. 185]. [5] . En *L. T.* = *en el valle.*

[p. 186]. [1] . Autógrafo primitivo: Yo también ese libro peregrino.

[p. 186]. [2] . Autógrafo primitivo: Con respeto toqué, sublime Horacio.

[p. 186]. [3] . O. E. y T. = sube.

[p. 187]. [1] . *Autógrafo primitivo:* El pecho de las vírgenes lesbianas.

[p. 187]. [2] . En *L. T.* = *Todo, rey de la lira, atesoraste.*

[p. 187]. [3] . En *L. T.* = *Despéñase tu ardiente fantasía.*

[p. 187]. [4] . O. E. y T. = vigor *perenne.*

[p. 187]. [5] . En L. T. = siglos.

[p. 188]. [1] . En *L. T.* = *De tudescos.*

[p. 188]. [2] . *O. E. y T.* = *del equóreo Betis.*

[p. 188]. [3] . En L. T. = *alma horaciana.*

[p. 189]. [1] . *O. E. y T.* = *Que la égida de Palas resonante.*

[p. 189]. [2] . En L. T. = *dulce.*

[p. 190]. [1] . O. E. y T. = con mis querellas.

[p. 190]. [2] . Autógrafo Primitivo; Y danzen cual las ninfas de Laconia.

[p. 191]. [1] . O. E. y T. = *Occidente.*

[p. 192]. [1] . En L. *T.* = *liberto venusino.*

[p. 192]. [2] . En *L. T.* = *sobre el estrago.*

[p. 194]. [1] . O. E. y T. = *Y sobre ella incubaba la armonía.*

[p. 195]. [1] . O. E. y T. = *Respondiendo.*

[p. 196]. [1] . O. E. y T. = *valiente.*

[p. 197]. [1] . *Nota de M. P.* —Yo pronuncio *Egnido.*

[p. 203]. [1] . Palabra catalana sin equivalente en castellano. Corresponde a la portuguesa *saudade* (dulce tristeza). 1. *Nota de M.* P. —Por condescender al deseo de algún amigo, he insertado esta composición semi-infantil, harto débil, y muy anterior en su fecha a las demás de la colección. Ni siquiera he corregido los versos no sáficos que tiene.

[p. 207]. [1] . *Nota de M.* P. —Por condescender al deseo de algún amigo, he insertado esta composición semi-infantil, harto débil, y muy anterior en su fecha a las demás de la colección. Ni siquiera he corregido los versos no sáficos que tiene.

[p. 212]. [1] . Olimpíaca XIV.

[p. 215]. [1] . Nota del Colector.— Este soneto en su primera redacción, que se conserva autógrafa, es de 29 de diciembre de 1874 y está dedicado a I. M.; el primer verso varía en esta forma: Soñé, Belisa, *en la ideal belleza.*

[p. 215]. [2] . En el autógrafo = el modelo.

[p. 215]. [3] . En el autógrafo = Vi *encarnarse con nueva luz y acento.*

[p. 217]. [1] . *Nota de M. P.* —Conservado en la memoria, sin escribirle, hasta el 1º de agosto de 1877.

[p. 218]. [1] . O. E. y T. = *inviolada.*

[p. 218]. [2] . O. E. y T. = de *la inquista plebe.*

[p. 219]. [1] . O. E. y T. = *ritmo.*

[p. 219]. [2] . 0. E. y T. = *Vierte sonoro enervador halago.*

[p. 219]. [3] . 0. E. y T. = *fuerte.*

[p. 220]. [1] . O. E. y T. = Reina *de sí la soberana idea,*

[p. 220]. [2] . O. E. y T. = *Reina del pario mármol.*

[p. 220]. [3] . O. E. y T. = Ella tu *esposa fué, casta y desnuda,*
Y brotó de su seno fecundado
Por tu abrazo viril, la forma indócil
Luchando por la vida.

[p. 220]. [4] . *Nota de M.* P. = Oda titulada *Independencia de la Poesía.*

[p. 220]. [5] . O. E. y T . = *el águila.*

[p. 220]. [6] . O. E. y T. = *el férreo.*

[p. 220]. [7] . O. E. y T. = *y el prófugo.*

[p. 220]. [8] . O. E. y T. = *en el vergel heleno.*

[p. 220]. [9] . O. E. y T. = *Docto y potente renovó sus alas*

[p. 220]. [10] . O. E. y T. = *Por ti la antigua estrofa.*

[p. 221]. [1] . *Nota de M.* P.—Oda *Al cólera morbo.*

[p. 221]. [2] . *Nota de M. P.*— Oda a Marcio.

[p. 221]. [3] . *Nota de M. P.* —Canto A *Colombo.*

[p. 221]. [4] . *Nota de M. P.—Oda* Al Estío.

[p. 221]. [5] . *Nota de M. P.* —A *mi Estrella.*

[p. 221]. [6] . *Nota de M. P.—A...*

[p. 222]. [1] . O. E. y T. = *reciente.*

[p. 222]. [2] . *Nota de M. P.*— Oda. La *Misa Nueva.*

[p. 222]. [3] . O. E. y T. = *inultos.*

[p. 223]. [1] . O. E. y T. = *camino;*

[p. 223]. [2] . O. E. y T. = *Aura del Cielo enderezó tu nave,*

[p. 223]. [3] . O. E. y T. = *A las de paz espléndidas moradas,*

[p. 227] APÉNDICE : POESÍAS DE LA PRIMERA JUVENTUD (INÉDITAS O POCO CONOCIDAS)

OBRAS DE MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

D. ALONSO DE AGUILAR

EN

SIERRA BERMEJA

POEMA HEROICO EN OCTAVAS REALES

DE

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

BACHILLER EN ARTES

(VAN ADJUNTOS EL POEMITA, TRADUCIDO DE LOS METAMORFÓSEOS

DE OVIDIO Y TITULADO:

PÍRAMO Y TISBE

LA TRADUCCIÓN DE LA ÉGLOGA VIII DE VIRGILIO Y DIFERENTES

POESÍAS DEL AUTOR)

Primera edición con notas

SANTANDER

[p. 231] HISTORIA DEL POEMA [1]

Con el título de *Un poema épico de Menéndez y Pelayo* publicó Artigas, en el segundo trimestre de 1923 en nuestro *Boletín,* un breve artículo, en el que se daban noticias sobre este *Poema,* que hoy nos decidimos a publicar íntegro a pesar de que, con letra de su mano, dejó escrito don Marcelino: «Prohibo que se publique ni dé a conocer nada de este poema más que su título».

¿Por qué fué tal prohibición y qué alcance puede tener? Esto es lo que vamos a explicar a los lectores para poner en claro nuestro proceder, en primer término, y para que nos absuelvan del pecadillo que cometemos, si por tal lo juzgan.

Como se verá por la portada que va al frente, en 1871, o sea el año en que terminaba Menéndez Pelayo su

Bachillerato en Artes, como entonces se llamaba, concluía también su famoso poema de D. *Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja.* «Comenzóse este poema, dice en una de sus cuartillas autógrafas, a 15 días del mes de Mayo de 1871 en Santander». Cuando a fines de septiembre de este año salió para Barcelona con su tutor don José Ramón Luanco, llevaba ya pergeñado todo el borrador de la famosa composición poética. «Acabóse este poema, dice en otra parte, a 12 días del mes de Setiembre en Santander».

He aquí un chico que sin cumplir los 15 años había compuesto ya un largo poema heroico en sonoras octavas reales. Torcuato **[p. 232]** Tasso comenzó su primer poema *Rinaldo* a los 16 años y no lo terminó hasta los 18; y perdónesenos este recuerdo que no viene a establecer comparaciones, inoportunas y, hasta si se quiere, desorbitadas, sino a mostrar lo madrugador en todo del talento de Menéndez Pelayo.

Con su poema en el baúl—con baúl se viajaba entonces y con baúl viajó él toda su vida—llegó Menéndez Pelayo a Barcelona; y con el poema escrito en cuadernillos de folio, uno para cada canto, y arrollados debajo del brazo, iba de acá para allá, ahora a las clases, luego a la biblioteca, haciendo en las octavas las enmiendas que se le iban ocurriendo. Su tutor Luanco, hombre de buen humor, le embromaba frecuentemente a cuenta de las musas, no por mortificarle, sino por verle reaccionar y defenderse. El *instrumento*, es decir, el rollo poético de Marcelino, era objeto de cuchufletas y hasta de pareados, de los que don José Ramón era buen improvisador.

Pero don Marcelino Menéndez Pintado, el padre del juvenil poeta, lo había tomado muy por lo serio; él iba copiando con su clarísima letra las octavas que, bien pulidas ya y con su última lima, le enviaba el hijo a Santander: «Bien por la lección de Poética, le decía en 10 de enero de 1872; pero al dármela te olvidaste, hijo mío, de que yo estoy poco fuerte en eso; así es que al mandarte la octava para que la reformases, si te parecía conveniente, sólo lo hacía porque no me sonaba bien; por lo demás, con haberme dicho que estaba ajustada a las buenas reglas, bastaba; de todos modos mándamela otra vez, porque no me he quedado con copia».

Y *Marcelinito* no sólo le devolvía aquella octava ajustada a las buenas reglas para que el padre la copiase tal como quedó en su primera y correcta redacción, sino otras muchas octavas nuevas para otro canto más; canto histórico que podía servir de introducción al Poema. Este canto, al que llama el padre Cuarto, pero que en realidad es el Primero, o el de Introducción histórica, sin numerar como lo insertamos en esta edición, fué compuesto ya todo él en Barcelona y resulta un añadido nada pertinente al asunto del Poema, aun tomando las cosas ab ovo.

Sin embargo al padre—que hemos visto por la corrección de la octava que no podía presumir de crítico literario—le agradaban **[p. 233]** los nuevos versos: «Me gustan mucho las primeras octavas del Canto Cuarto y tengo grandes deseos de que lo concluyas para poder enseñarlo a algunos amigos. No dejes de decirme el juicio que del poema forme el señor Milá».

Yo no sé si leyó Menéndez Pelayo el Poema a su maestro Milá y Fontanals; era demasiado grave y serio aquel don Manuel; pero a quien sin duda se lo leyó fué a don Joaquín Rubió y Ors, su catedrático de Historia, padre de su, desde los primeros momentos, íntimo amigo Antonio, en casa del cual pasaba la tarde muchos domingos, y comía frecuentemente. El mozuco santanderino entretenía a toda aquella familia reunida, recitando versos propios y de otros autores que conservaba frescos en su memoria. Más tarde el simpático *Gayter del Llobregat* escribía a su exdiscípulo y ya colega en la cátedra, al recibir la primera edición de sus Odas, Epístolas y Tragedias, disculpándose de su incompetencia para juzgar bien tales poesías: «Una cosa puedo sin embargo señalar y me glorio en ello, y es que adiviné en usted al poeta de dotes no comunes y de privilegiado ingenio antes de que los demás supiesen que hacía usted versos».

Sí, señor, aquellas épicas octavas que había recitado en casa de Rubió y Ors y que tal vez había oído también su maestro Vidal y Valenciano y que le aplaudían los compañeros cuando entre clase y clase se las leía, que obtuvieron muchos plácemes para el padre al enseñárselas orgulloso a algunos amigos, merecían ir a las prensas; había que publicar el Poema.

De eso se trató aquel verano del 1872 cuando Marcelinito regresó a Santander en vacaciones. El tío Baldomero, hermano de su padre, que por entonces vivía en Madrid, como escritor y hasta autor dramático *aliquando,* y como político, debía relacionarse con don Benito Pérez Galdós, quien tenía autoridad en varias revistas literarias de la que, por gracia de la aceptación de la Corona de España por Don Amadeo de Saboya, acababa de volver a ser Villa y Corte. Y habló en efecto don Baldomero a don Benito, y prometióle éste que publicaría el poema de su sobrino: «Baldomero me ha escrito, le decía su papá en carta de 17 de octubre del 72, diciéndome que ha visto a Pérez Galdós, el cual ha quedado en avisarle cuando se vaya a publicar el *Poema;* pero no le ha dicho cuándo será».

[p. 234] Y en espera de ese aviso de Galdós quedan padre e hijo impacientes y soñando con ver pronto en letras de molde el famoso Poema; Sueñan ambos, pero no la madre, poco letrada, es cierto, pero muy equilibrada señora, a quien preocupan ya tantos afanes literarios de su hijo, tanta absorción por los libros y tantas distracciones en las cosas más triviales de la vida; la preocupan y hasta la encelan. Es un *insensato,* dice ella con frecuencia; parece que quiere más a su Ovidio y su Oracio (sic) que a su madre.

El Poema no acaba de salir a pública luz; pero eran ya tantos los que de él habían oído hablar, los que habían leído algunas octavas, que la impaciencia por conocer la composición hubo que calmarla dando una lectura en público: «El viernes, le escribe el padre en 23 de octubre del 72, se celebró *por fin* la sesión literaria en este Ateneo, en la cual se leyó la *Introducción* y el *Primer* Canto del Poema; para lo cual de acuerdo con Juan, [1] saqué una copia con las correcciones que tú habías hecho, sólo que le pareció a Juan que no debíamos suprimir las primeras octavas. Gustó mucho y la prensa local, al hacer las reseñas de la sesión, te dedica frases muy lisonjeras; otro día te remitiré las reseñas, pues hoy no tengo los periódicos».

Todo era parabienes y enhorabuenas; la gente de letras de Santander, después de la lectura que en el Ateneo había dado don Victor Oscáriz, catedrático de Retórica en el Instituto, no hacía más que hablar del famoso Poema y de su jovencísimo, casi infantil, autor. Pero en Madrid no marchaban las cosas tan esperanzadoramente como en un principio. Pérez Galdós comenzaba a disculparse con aquello de la *abundancia de materiales,* según comunicaba al tío Baldomero en los primeros días de noviembre; y transcurrió todo aquel año del 72 sin que saliesen a luz las octavas reales del estudiante santanderino.

A principios de 1873 interviene Pereda con Galdós y le apremia para que dé a la estampa el D. *Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja.* D. Benito no se niega, pero expone nuevas dificultades: ¡Es tan largo aquel poema para darlo en un artículo de revista! Así lo dice para conocimiento del propio autor y de su buen padre. Este comenta con el hijo en carta de 7 de febrero del 73: **[p. 235]** «También a mi me ha escrito Baldomero, diciéndome lo mismo que a tí; mucho siento la mutilación que va a sufrir el Poema, pero no estoy conforme en lo de suprimir el primer canto; en lo que Juanito opina lo mismo que yo, creyendo uno y otro que debes dejarlo al criterio de Pérez Galdós y esperar el resultado que ya no se hará esperar mucho tiempo».

Mas a pesar de la supresión de ese primer canto histórico sobre la Discordia, supresión muy acertada, pues aligera y queda más ceñido al asunto el relato, Galdós no se daba prisa a publicar el tan traído y llevado Poema; «para las Calendas Griegas» opina don Marcelino, padre, que va dejando este negocio. Menéndez Pelayo gestiona entonces la publicación de sus versos en Barcelona. Ha leído sus cantos a varios amigos literatos y todos se los aplauden; pero como Galdós, con estos o los otros pretextos, ninguno se decide a publicarlos.

Va sintiendo desvanecerse su primera ilusión, su sueños de poeta novel; no consigue ver en letras de molde aquel su primer ensayo, para el que ya, desde 1871, tenía hecha la portada anunciadora de la primera de las Obras del Bachiller en Artes, Marcelino Menéndez y Pelayo.

Aquello se ponía serio. Luanco, su tutor, ya no le gastaba bromitas con el *instrumento;* el padre había terminado de hacer copias y más copias de cantos enteros, y ya en sus cartas no le habla más de Baldomero ni de Pereda, ni

de Galdós, ni de *D. Alonso de* Aguilar. Hay en la correspondencia como un tácito convenio de no volver a tratar aquel asunto desagradable.

Hay además otras cosas que están cambiando rápidamente. Aunque sus papás le llaman todavía Marcelinito, le recomiendan ya que se afeite de vez en cuando para que esté presentable; va a cumplir los 17 años; estudia el segundo curso de Facultad y, lo que es más importante... se ha enamorado. Es ya un hombre y empieza a ver el mundo con otros ojos; no son las aventuras guerreras de D. Alonso las que le seducen; ahora, su dulce Belisa le ha embargado por completo los sentidos:

> «Yo ví, señora, tu beldad riente
> En la sonante playa laletana,
> Donde eleva Favencia la romana
> Hacia las nubes su murada frente.
>
> **[p. 236]** «Te ví, te amé, mi corazón fué preso
> Entre los rayos de tus claros ojos,
> Entre las redes de tu crencha hermosa;
>
> ¡Feliz quien pueda, de tus labios rojos
> Ebrio de amor arrebatar un besó,
> Y venga sobre mí la muerte odiosa!»

Y allá van ahora sonetos en serie a su primer amor, aquella «hija cual yo de la Cantabria fuerte», que le traía *anyoranzas* de su tierruca y despertaba en él nueva inspiración. ¡Pobre *D. Alonso de Aguilar!* En el fondo del baúl-mundo del estudiante yacía fajado como una momia egipcia en su ataúd. Ya no volvió a acordarse de él. Quizá al regresar a su hogar en el verano de 1873 echó una mirada, entre enfadada y desdeñosa, al famoso rollo, y lo guardó detrás de aquella nueva estantería que, acababa de mandar construir su padre, y de la que le había cedido dos terceras partes para que colocase su ya abundante biblioteca.

Aquel curso del 73 al 74 fué a estudiar en la Universidad de Madrid, y desde allí mandaba colaboración para *Miscelánea Científica y Literaria,* de Barcelona. Algunas de aquellas «diferentes poesías del autor», que habían de acompañar al *D. Alonso de Aguilar,* cuando se publicase el primer volumen de las proyectadas *Obras de Marcelino Menéndez Pelayo, Bachiller en Artes,* aparecieron en la revista barcelonesa durante el 1874.

Terminada brillantemente su carrera en el curso del 73 al 74, doctor ya en letras en 1875, sin haber cumplido los 19 años, comenzó, de vuelta a su hogar, a hacer proyectos y a revisar apuntes y papeles. Y entre éstos debió de aparecer su *D. Alonso,* el héroe de Sierra Bermeja, cubierto no del polvo de las batallas, sino del de los anaqueles. D. Marcelino pasó una mirada comprensiva sobre el Poema, y se sonrió inteligentemente, sin pizca de resentimiento ni amargura. Ni los sonetos clásicos que había dedicado a su *Belisa* le satisfacían; ensayaba entonces nuevas formas poéticas, escribía en verso blanco, huyendo del martilleo de la rima, traducciones de clásicos griegos y latinos, sáficos y laverdaicos, que enviaba a su amigo y maestro D. Gumersindo, quien amorosamente y parándose en los detalles más nimios, se los retocaba aconsejándole. Caminaba a pasos de gigante al molde más acabado de su expresión poética: la *Epístola a Horacio, La* **[p. 237]** *Galerna del Sábado de Gloria,* la *Carta a mis amigos de Santander.* Se había convencido de lo que tal vez ya por entonces le habría dicho su amigo D. Juan Valera, quien, hablando de su asombrosa facilidad para versificar, había de expresarse pocos años después con bella frase en el discurso con que le recibió en la Real Academia de la Lengua: «su Pegaso pide más que espuela, freno».

El freno que él supo ir poniendo a su desbordada fantasía, la armonía interna, la euritmia y engarce sonoro de versos y estrofas, que disciplinadamente le hace pasar casi sin sentir, del verso libre a la maravilla de su prosa, en la que a veces los párrafos son también como estrofas de un canto.

Y si en este aspecto de la forma poética estaba ya muy lejos de las octavas de su infantil poema, más aún se había distanciado en cuanto a los asuntos. Ya no canta las armas y los esforzados guerreros al modo clásico, ni los tiernos amores, queriendo emular al divino Herrera, a Dante y a Petrarca:

«Que al nombre celestial de mi Belisa
Al olvido darían su tormento
Dante, Petrarca y el divino Herrera».

Continúa haciendo versiones de clásicos; pero tanto en éstas, como en las poesías originales, hay una nueva fuente de inspiración, temas de más trascendencia, una rara mezcla de paganía y cristianismo, un nuevo arte de «verter añejo vino en odres nuevos». Y todo ello encuadrado en un fondo f ilosóf ico en el que sobresalen las *puras, bienaventuradas, ideas platónicas.*

En aquel verano de 1875 es cuando traduce *La Hechicera,* de Teócrito, la hechicera que con sus conjuros hace volver al amor que se aleja; dos composiciones de Catulo, aquel Catulo cuyos versos se había aprendido de memoria repasándolos en la edición microscópica que le había regalado Posada Herrera, y que llevaba de chico en el bolsillo del chaleco; dos odas de Horacio, de su Horacio, el «monarca de la lira», al que tal vez ensayaba ya dirigir su famosa *Epístola;* un fragmento de Petronio sobre cuyo Satyricón había tratado largamente en su tesis doctoral; el *Himno* de Prudencio, poeta cristiano, A los *mártires de Zaragoza*, y los Sepulcros del descreído Hugo Fóscolo; y aquella inspiradísima **[p. 238]** *Paráfrasis de una oda teológica de Sinesio de Cirene*, en versos que no hubiera desdeñado el mismo Fray Luis de León.

«Huyo de la falacia
De profanos amores,
Por el eterno amor que nunca sacia;
De mundanos loores,
Por el divino aliento de la Gracia.

¿Es comparable el oro,
O la beldad terrena,
O de los reyes el tesoro,
O la amorosa pena,
Al pensamiento del Señor que adoro?»

Sí, era ya otro; estaba alcanzando en tan temprana edad la madurez de un hombre de estudios; había dado a luz varios trabajos de crítica literaria: sobre las *Obras inéditas de Cervantes*, publicadas por D. Adolfo de Castro, sobre *Pedro de Valencia, Noticias para la historia de nuestra métrica, Noticias literarias sobre los jesuitas españoles extrañados del reino en tiempo de* Carlos III, varias *Noticias bibliográficas,* su peregrina tesis doctoral La *Novela entre los latinos,* tenía dispuesto para la imprenta su estudio sobre *Trueba y Cosío* y más de 50 *biografías* para su *Biblioteca de Traductores,* tres de ellas premiadas en un solo concurso de *La Ilustración Española y Americana.* Era colaborador de esta revista, de la *Revista Histórico-Latina* y de la *Miscelánea Científica y Literaria,* de Barcelona, de la *Revista Europea* y de *La Tertulia;* se había hecho ya amigo de Valera, de los Pidales, y de otros muchos hombres de letras madrileños; formaba con los de Santander la Sociedad de Bibliófilos Cántabros y recogía datos para escribir toda una colección o biblioteca de *Escritores montañeses,* poseía ya sólidos conocimientos científicos, históricos y filosóficos—a pesar de haber querido suspenderle Salmerón en Metafísica el año anterior—como pudo demostrarlo, pocos meses después, al comenzar la polémica sobre *La Ciencia Española.*

Era por tanto natural que aquel candoroso poema infantil, en el que hay versos que recuerdan mucho los de

Quintana, Gallego, el Duque de Rivas, etc., y en los que las imitaciones de **[p. 239]** los grandes poemas clásicos *La Ilíada* y *La Eneida* son tan patentes y directas que a veces parecen calcos, hiciese sonreír a su autor y no quisiera éste que tal ingenuidad poética, que tantas desazones le había proporcionado de niño, viese la luz pública. Y entonces fué—por el mismo carácter de letra ya casi hecha se puede reconocer también la época—cuando, en una de las copias del poema, escrita por su padre, no en el original autógrafo que también se conserva, estampó su prohibición de que se diese a conocer del poema más que el título.

Había que prevenirse; porque su buen padre y su tío Juan—Juanito—y algunos entusiastas amigos, a los que las sonoras estrofas retumbaban aún en los oídos, eran muy capaces de organizar, durante sus proyectadas ausencias, nuevas lecturas públicas del poema, como aquella del Ateneo en el año 72, o de imprimirlo, al menos en edición privada, para que lo conociesen íntegro sus paisanos, sus profesores y amigos.

Este es, a mi modo de ver, el sentido claro de la prohibición de don Marcelino de que se diera a conocer su Poema. La puso al frente de una de las copias del padre, porque para él y los suyos estaba escrita principalmente; si Menéndez Pelayo hubiera deseado que el Poema no se diera jamás a la estampa lo hubiera roto; habría destruído el original y todas las copias en lugar de conservarlas tan cuidadosamente.

No era para darlo entonces a la estampa aquel su ensayo infantil, que nada podía añadir al lauro de poeta, al que aún aspiraba por entonces con todo entusiasmo; pero se daba ya cuenta Menéndez Pelayo de que su personalidad de escritor había de pertenecer a la historia, y que aquellos sus primeros pasos por el camino de la poesía podían interesar al historiador, al biógrafo de mañana. Publicarlo él o consentir que sus deudos publicasen el poema de *D. Alonso de Aguilar* hubiera sido una inocentada; el que ahora, a los 42 años de muerto su autor y en vísperas de la conmemoración del Centenario de su nacimiento, en el que se han de hacer estudios serios sobre las distintas facetas de la personalidad literaria de don Marcelino, lo demos nosotros a conocer, nos parece un deber, que nos agradecerán muchos y que al mismo autor no había de desagradar.

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES

[p. 241] ADVERTENCIA HISTÓRICA

Aunque es bastante conocido el hecho que sirve de argumento a este poema, creemos oportuno dar algunas noticias históricas tomadas de los escritores del siglo XVI y de algún otro posterior. «El año 1500, dice Mármol, los moros de la Sierra y Alpujarras, se rebelaron, diciendo que se les quebrantaban los capítulos de las paces con que se habían entregado. Sabidos estos alborotos en Sevilla, el Rey Católico partió para Granada, a 27 de enero y mandó al Conde de Tendilla y a Gonzalo Hernández de Córdoba que fuesen sobre el castillo de Güéjar, donde se habían recogido algunos moros de los alzados; los cuales fueron luego sobre él y tomándole le destruyeron, no sin gran daño de la gente de armas que llevaban. El Conde de Lerín fué sobre Andarax, porque los moros de aquella taha (comarca), se habían hecho fuertes en el castillo de Lanjar y ganándole por fuerza de armas, voló con pólvora la mezquita mayor. Y el Rey D. Hernando entró por el valle de Lecrín, cercó y ganó el castillo y lugar de Lanjarón, viernes a siete días del mes de marzo, llevando consigo al alcaide de los Donceles, a Gonzalo Mejía, al comendador mayor de Calatrava y a otros muchos señores y caballeros.

Siendo pues opresos los rebeldes con increíble presteza allanadas las cosas de la Alpujarra, volvió el Rey a Sevilla. El año 501 se alzaron varios lugares de la Serranía de Ronda y Sierra Bermeja y Villaluenga, y sus Altezas enviaron contra ellos al Conde de Ureña y a D. Alonso de Aguilar. Mas no les sucedió tan prósperamente, pues fueron desbaratados en un lugar, llamado Calaluí, cerca de Ginalguacil, martes en la noche a dieciséis días del mes de marzo, muriendo D. Alonso de Aguilar a manos **[p. 242]** de un moro llamado el Ferí, vecino de Ben-Estepar. Escapó D. Pedro, su hijo, con los dientes quebrados de una pedrada y el Conde de Ureña y los demás, con grandísimo trabajo.» Hasta aquí Mármol, libro I, cap. XXVIII. [1]

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en sus *Quincuagenas* (Bat. 1.ª , Quin. 1ª , Dial. 36), asegura que D. Alonso fué muy gentil capitán y valiente lanza y muchas veces dió testimonio de su animoso esfuerzo.

Abarca, en su obra titulada *Reyes de Aragón*, hace el siguiente elogio del héroe castellano: «Fué sugeto de grande autoridad entre los grandes de su tiempo, por su linaje, por sus prendas personales y por los altos puestos que ocupó así en la paz como en la guerra. Hizo ésta a los infieles, por espacio de cuarenta años, bajo el estandarte de su casa en la niñez y como caudillo de sus gentes más adelante o como virrey de Andalucía y capitán de los ejércitos reales. Fué el quinto señor de su cristiana y belicosa casa que pereció combatiendo por su patria y religión contra la maldita secta de Mahoma y debe creerse que su alma recibió en el cielo la gloriosa palma del soldado cristiano, puesto que iba fortificado con los santos sacramentos de la Confesión y Comunión, que aquella misma mañana recibiera.» *(Reyes de Aragón,* tomo II, página 340 y 341.)

Bleda afirma en su *Crónica de los Moros de España* (Valencia, 1618; libro 5.º, capítulo 26) que abierto el sepulcro del héroe muchos años después de su muerte, se encontró introducido en sus huesos el hierro de la lanza con que fué herido por el Ferí de Benestepar.

Era D. Alonso natural de Córdoba y hermano mayor del Gran Capitán. Paulo Giovio *(Vita magni Gonsalvi)* hace derivar el nombre de Aguilar del águila, enseña de los guerreros de su casa. Por los servicios de sus antepasados en tiempo de San Fernando, se les concedió el derecho de usar el apellido Córdoba, por el cual fué conocido siempre Gonzalo. Distinguióse mucho en las guerras de Portugal y de Granada, y por su valor y pericia militar llegó a merecer la confianza de sus soberanos. Tuvo en su juventud largas rivalidades con su primo el Conde de Cabra. **[p. 243]** «El año 876 de la Égira (1471 de la Era Cristiana), dice Conde, pidió campo al Rey de Granada D. Diego de Córdoba contra D. Alonso de Aguilar, con quien estaba enemistado y habiéndolo pedido al Rey de Castilla, su señor, no se lo había concedido. Recibióle bien Abul-Hacén y le señaló campo en la vega, y como detenido por su señor el rey, no viniese el día aplazado D. Alonso de Aguilar, el Rey de Granada le declaró por vencido. Estaba presente cierto caballero, pariente del cristiano Aguilar y se ofreció a tener campo por el ausente y pelear con su contrario, asegurando que D. Alonso era tan buen caballero que no faltaba por su voluntad a la aplazada lid y que no consentiría que se le declarase por vencido ni por cobarde. El rey Abul-Hacén no le permitió salir a pelear, diciendo que había dado seguro a don Diego de Córdoba y como aquel caballero porfiase, el Rey le mandó matar por su falta de respeto, y por intercesión de D. Diego de Córdoba, a quien el Rey estimaba mucho, le perdonó.» [1]

Hallóse D. Alonso en la desgraciada expedición de la Ajarquía y a él se debió en gran parte la victoria de Lucena y la prisión del rey Boabdil. Concurrió a las conquistas de Málaga, de Baza y de Granada, y coronó sus hazañas con la gloriosa muerte que recibió en Sierra Bermeja. A este funesto combate asistió, aunque no lo refiera Mármol, D. Juan de Silva, Conde de Cifuentes, asistente de Sevilla, que mandaba trescientos caballos y dos mil infantes. Apenas sufrieron pérdida sus gentes, pues quedó al pie de la Sierra, custodiando el campamento y protegió la retirada del Conde de Ureña y de D. Pedro de Córdoba, a quien dieron los Reyes Católicos el título de Marqués de Priego. En 1570 el Duque de Arcos, descendiente del Marqués de Cádiz, atravesó aquel sitio para sofocar la segunda rebelión de los moriscos granadinos. Veíanse por doquiera lanzas, arneses y armaduras destrozadas, blanqueban los huesos de los que perecieron al lado del señor de Aguilar, porque hacía medio siglo que ningún castellano había puesto su planta en aquellas rocas inaccesibles. [2]

[p. 244] El pueblo acusó al Conde de Ureña de haber abandonado a su compañero de armas en la Sierra, y Bleda ha conservado dos versos de un romance en que se le increpa en estos términos:

Decidme, Conde de Ureña,
¿Dónde D. Alonso queda?

«Salió como buen caballero, dice Mendoza, aunque dando ocasión a los cantares y libertad española.»

Ginés Pérez de Hita, en su *Historia de las Guerras Civiles de Granada,* atribuye a D. Alonso varios hechos conocidamente fabulosos y refiere su muerte con alguna diversidad en las circunstancias.

Fué tan célebre en Castilla el desastre de Sierra Bermeja, que sobre él se compusieron tres bellísimos romances insertos en la obra de Hita y en el *Romancero General* (Madrid, 1614, por Juan de la Cuesta).

El jurado de Córdoba, Juan Rufo, en su poema *La Austríada,* impreso en 1585, Toledo, dedica a D. Alonso este breve y honroso recuerdo:

Tendrá Córdoba siempre el dolor vivo,
Igual con la razón y el sentimiento,
Que se debe a la muerte presurosa
De un hijo, por quien ella fué famosa.

¡Oh cara, ilustre prenda, quién pudiera
Tu ingenio y tu valor mayor que humano,
En voz cantar que perdurable fuera,
Por todo cuanto abraza el oceano!;
Que si el acerbo fin no previniera
El largo paso de tu orgullo ufano,
Tú fueras, D. Alonso, en todo el mundo,
Mayor que fué tu hermano sin, segundo.

El que desee más pormenores puede consultar las obras siguientes: Historia de los Reyes *Católicos,* de Andrés Bernáldez, Cura de los Palacios, publicada modernamente en Sevilla por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces; *Anales de SevilIa,* de *Ortiz* **[p. 245]** de Zúñiga (Madrid, 1677); Zurita, *Anales de Aragón* (Zaragoza, 1585); Garibay, *Compendio Historial;* Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V* (tomo I, página 5.ª); Mariana, *Historia de España;* Prescott, *Historia de los Reyes Católicos,* etc. Además de los autores citados en la presente noticia, Hernando de Baeza, *Relaciones acerca de los últimos tiempos del Reino de Granada,* publicadas por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

[p. 247] INVOCACIÓN

Et pius est, patriae facta referre, labor.

(Ovidio, Trist., lib. II, 322.)

Oh musa celestial, tú que cantaste
La cólera del hijo de Peleo,
Tú que al piadoso Eneas celebraste
Cuando surcó las ondas de Nereo,
Y al desterrado Dante acompañaste
En las negras orillas del Leteo
Del Averno los antros recorriendo
Al divino Virgilio, en pos siguiendo;

Tú que inspiraste al vate lusitano
Cuando cantó las naves que surcaban

Las espumas del férvido Oceano,
Y al reino de la aurora navegaban
Mientras en la región del aire vano
Los vientos blandamente respiraban
Y el céfiro ligero se mecía
Y las cóncavas velas impelía;

[p. 248] Divina Clío, tú que en el Parnaso
Inspiraste al cantor de Godofredo,
Tú que dictaste de Sorrento al Tasso
Las glorias de Reinaldo y de Tancredo,
Que meciste la cuna a Garcilaso
Al pie de las murallas de Toledo,
Tú, que al Homero inglés, a Milton ciego,
De sacra inspiración le diste el fuego;

Préstame, oh musa, tu sagrada lira,
La lira que pulsó el divino Herrera
Cuando la triste Lusitania mira
Llorar su error del Tajo en la ribera;
El Betis su doliente son admira,
Y su sonora voz en la pradera
Las ninfas y los faunos aplaudieron
Y su canto sublime repitieron.

Quiero alzar a mi patria un monumento,
Que el tiempo no destruya ni el olvido,
Que si humilde es mi voz, débil mi acento,
Grande es el de Aguilar y esclarecido.
Los siglos correrán cual un momento,
Los imperios caerán que han existido,
Su gloria quedará cual firme roca
Que el mar en vano con sus aguas toca.

[p. 249] Ya el pendón de Castilla tremolaba
En las torres de Baza y Almería,
Ya el Conde de Castilla gobernaba
De Muley Alhamar la monarquía,
La Alhambra, el Albaicín y la Alcazaba,
La morisca ciudad de Andalucía
Mostraban ya la cruz en sus almenas
Donde brillaron lunas agarenas.

En la bella ciudad que el Genil riega
Y el Darro con sus aguas fertiliza,
No cruzan ya su deliciosa vega
Los agarenos en revuelta liza,
Ni el granadino ya las cañas juega,
Ni en opuesto escuadrón hace ya riza,
Ni ostenta ya sus cifras y pendones
Ni cabezas suspende en los arzones.

Ni una sonrisa de su mora bella
Hace que el musulmán de amores arda,
Ni una palabra de sus labios sella
Amor eterno, que inviolable guarda;
Ni a los peligros lánzase por ella,
Ni a Granada abandona en noche tarda,
Ni la dirige ya sus tristes ojos
Para volver cargado de despojos.

[p. 250] A las arenas líbicas lanzados,
De la Numidia a los peñascos duros,
Tendían sus ojos, de llorar cansados,
De la ciudad a los perdidos muros;
Y al contemplar los campos tan amados
En la desierta playa mal seguros,
Elevaban al cielo sus clamores
Y mostraban inútiles furores.

Y ya las barras de Aragón unidas
De Castilla a los ínclitos leones,
En el Mediterráneo tan temidas,
Dilataban su nombre y sus blasones;
Sus armas, por Gonzalo conducidas,
Sometían indómitas naciones;
De sus corceles al fogoso vuelo
Parténope sintió temblar su suelo.

Porque ya la cristiana monarquía,
Del Pirene nevado al mar de Atlante,
Sus armas dilataba y extendía,
Doquier llevando su pendón triunfante;
Del Católico Rey la sien ceñía,
Cual blanca perla o fúlgido diamante,
De Aragón la corona esclarecida,
Ya de Castilla a la diadema unida:

[p. 251] Y rota al fin la artificial barrera,
Que ambos pueblos un día separaba,
Al aire ondeaba sólo una bandera,
Y España en torno se agrupaba
Y Patria y Religión su enseña era;
Y ante ella el Universo se inclinaba,
Que Dios sus estandartes bendecía
Y un Apóstol sus haces dirigía.

Y en alas de la fe y de la esperanza,
Siguiendo luego a un genovés osado,
Sus leños entregaron sin tardanza
A las iras del hondo ponto hinchado;
Y surcaron en plácida bonanza

Ondas de un mar jamás atravesado,
Y náyades y faunos y tritones
Saludan al partir sus galeones.

Y el viento juega en las tendidas lonas
Y el aire cruzan las pintadas aves,
Y vense ya del monte las coronas,
Y espumas cortan las ligeras naves;
Y un mundo al cetro de Castilla donas
Tú, Dios, que solo su destino sabes
Y les conduces a abrasada arena
Del mar azul por la extensión serena.

[p. 252] Y en las remotas playas de Occidente,
Ocultas hasta entonces e ignoradas,
Bajo los rayos de su sol ardiente
Por el salvaje habitador pobladas,
En cuya virgen selva sólo siente
Rugir el viento en rápidas oleadas,
Enclavaron la cruz de sus pendones
Entra barras, castillos y leones.

[p. 253] CANTO I

... Bella, horrida bella,
Et Tybrim multo spumantem sanguine cerno.
(Virgilio, *Æneid,* VI, 86.)

ARGUMENTO.—Levantamiento de los moriscos en la Alpujarra.—Llegada del Ferí de Benestepar.—Su discurso.—Contestación de Gazul.—Se disponen para el combate y eligen por caudillo al Ferí.

Era el primer albor de la mañana,
Y roto de la noche el denso velo
Su cetro abandonaba ya Diana;
Brillaba el sol iluminando el suelo,
Y desterrando la tiniebla vana
Voló su carro en el azul del cielo;
Y entre las sombras de la noche fría
Surgió la claridad del nuevo día.

Un ronco grito en la Alpujarra suena
Y el eco le repite en la montaña;
Por los quebrados valles ya resuena
Que el Verde Río con sus aguas baña;
Convoca la trompeta sarracena
[p. 254] De los hijos de Agar la furia y saña,
Que armados de su bélico heroísmo
Hacen temblar el firmamento mismo.

Armada multitud cubre la tierra
Y cubre las fragosas Alpujarras
Y corona la cumbre de la sierra
Y brillan las moriscas cimitarras;
Resuena el grito de venganza y guerra
Y de África el león muestra sus garras,
Y monta ya el caudillo sarraceno
Indómito corcel que tasca el freno.

Y deja su guarida el mahometano,
Y corre presuroso a la venganza,
Y con sangre del pueblo castellano
Quiere teñir los hierros de su lanza.
El númida veloz, el africano
Dejaron el desierto sin tardanza,
Y en sus corceles, cual ligero viento,
Llegaron de Gazul al campamento.

Las lágrimas regaron la mejilla
Del triste granadino desterrado
Mientras el estandarte de Castilla
Estuvo de laureles coronado;
[p. 255] Lloraron su deshonra y su mancilla
Y su trono en el polvo derribado,
Mientras brilló en los muros de Granada
La Cruz en Covadonga tremolada.

La rabia concentrada, que un momento
Sin cesar en su pecho viva ardía,
Estalló al fin, cual el furioso viento,
Que ruge en medio de la selva umbría;
Como el Vesubio, que por bocas ciento
Arroja lava, que en su centro hervía,
Y convierte en escombros las ciudades,
Hoy cenizas y vastas soledades.

Vertió su copa la discordia un día
Y Marte despeñó su carro ardiente,
Y entre las sombras de la noche fría
El árabe blandir su lanza siente
Muerte, desolación y guerra impía
Corrieron a las playas de Occidente,
Rasgaron las entrañas de la tierra,
Volaron a la cumbre de la sierra.

En sitios señalados reunidos
De la nación infiel los más ancianos,
Por las diversas tribus elegidos,
[p. 256] De los errantes pueblos mahometanos,
Por el peligro de la guerra unidos,
La venganza común de sus hermanos

En secreto consejo meditaban
Y el final rompimiento dilataban.

Rodeaba la tienda del consejo
En torno la apiñada muchedumbre;
Mirábase en el mar, como un espejo,
El dios autor de la celeste lumbre,
Y de sus claros rayos el reflejo
Doraba de la sierra la alta cumbre,
E iluminando la azulada esfera
Llegaba a la mitad de su carrera.

Por la nevada sierra un caballero
A galope tendido descendía
Y con semblante y ademán guerrero
Su caballo hacia el llano dirigía;
Y con espuela de templado acero
Del corcel los ijares oprimía;
Llegó por fin al campo de la tienda
Y al brioso alazán paró la rienda.

Venir parece de región distante,
Cubre el polvo su negra vestidura,
Negras plumas ostenta en el turbante
[p. 257] Y negro es el color de su armadura;
Tristeza muestra su feroz semblante,
Es arrogante y noble su estatura
Y el peso de la lanza que blandía
Ni Ayax de Telamón sustentaría.

Negro turbante la su sien ceñía;
De su escudo los timbres y blasones,
Que la adarga en su centro contenía,
Eran rotos castillos y leones;
Y a sus pies una letra que decía:
«Yo humillo de Castilla los pendones,
En España mi nombre fué temido,
Siempre fuí vencedor, nunca vencido».

Pende el alfanje del siniestro lado
Y enristra el adalid pesada lanza,
Y muestra un pendoncillo tremolado
El alegre color de la esperanza;
Corre el caudillo en su corcel montado
Mostrando su valor y su pujanza,
En sus ojos demuestra y en su rabia
La.salvaje fiereza de la Arabia.

El bruto cordobés, hijo del viento,
Alta la crin y de cerviz erguido,
Con ligero y airoso movimiento,

[p. 258] Con paso resonante y atrevido,
Estribando su brazo en duro asiento,
Tascando el leve freno guarnecido,
Rompió por las legiones apiñadas
Y la tierra temblaba a sus pisadas.

Llegó el desconocido caballero
Hasta el centro del campo mahometano
Y fijaron su vista en.el guerrero
Los jefes del ejército africano;
Nadie le conoció, por extranjero
Y criado en el suelo mauritano,
Y él impuso silencio a los campeones
Y dirigióles luego estas razones:

«Soy el sostén del pueblo mahometano,
La gloria de las lunas agarenas,
Yo humillé el estandarte castellano,
Yo rompí de Granada las cadenas,
Yo llevé a la victoria al africano,
Yo conduje las huestes sarracenas
Y en la guerra este nombre merecí,
Yo de Benestepar soy el Ferí.

Yo teñí en sangre del Genil la orilla,
Yo me hallé en la defensa de Granada,
Y yo vi la bandera de Castilla
[p. 259] De la Alhambra en el muro tremolada;
La misma enseña que brilló en Sevilla
En la Torre del Oro enarbolada,
La misma enseña que brilló en Toledo,
Ciudad de Leovigildo y Recaredo.

Si cobarde Boabdil cayó en Lucena
En poder del ejército cristiano,
Si teñida con sangre sarracena
Su corona rindió al rey castellano,
Si él mismo se forjara las cadenas
Que pesó sobre el pueblo mahometano,
¿Cómo habían de darnos justas leyes
Rey sin corona, ejércitos sin reyes?

¿Es ésta la nobleza de Granada?
¿Es ésta de sus reyes la memoria?
¿Es ésta la bandera desplegada,
Que llevaba sus hijos a la gloria?
Con sangre nuestra tierra fué regada
Y dejó nuestras haces la victoria,
Y el reino de Alhamar corrió a su ruina
Irritando la cólera divina.

Reinó el furor en vuestros corazones
Sin quedar un destello de esperanza,
Escuchasteis la voz de las pasiones,
[p. 260] Escuchasteis la voz de la venganza,
Y vieron de Castilla las legiones
Teñida en propia sangre vuestra lanza,
En sangre que aumentaba cual torrente
Del Genil y del Darro la corriente.

Cristalino Genil, que te deslizas
Por apacibles cármenes y vegas;
Dorado Darro, tú que fertilizas
Los campos con tus ondas y los riegas;
Darro, que con el Betis rivalizas,
Genil, que de Granada al muro llegas,
¡Visteis teñir en sangre las espadas
Contra los mismos hijos afiladas!

¿Dónde está la ciudad, la que extendía
Su nombre hasta las playas del Oriente,
Y del viento en las auras se mecía
Embalsamando el rejalado ambiente?
El Darro su corriente dirigía
Por los frescos jardines de Occidente,
Y mansión de perpetua primavera
Del Darro y del Genil fué la ribera.

Ya cayó la potencia granadina,
Muerto está su valor y su pujanza,
Sombras mil se levantan de su ruina,
[p. 261] Rota y sin brillo está la antigua lanza;
El rayo de la cólera divina
Tomó de sus ofensas la venganza,
Y lanzó en el sepulcro del olvido
El reino de Alhamar fuerte y temido.

Doblaron la rodilla al extranjero
Esos fuertes caudillos musulmanes,
Y no hubo entre nosotros un guerrero
Que resistiera en pie sus alazanes;
Y Boabdil al dejar el suelo ibero,
Huyendo de la guerra los afanes,
Por Granada lloró y por sus placeres;
¡Tiempo era de llorar como mujeres!

Envuelto entre las ruinas de Granada,
De la Libia en los secos peñascales,
De la Libia sedienta y abrasada,
Más fiero que los tigres y chacales,
Volví la vista a la ciudad amada
Y corrí a los desiertos arenales;

Juré vengar la afrenta recibida
Y mi patria vengar de su caída.

Siguiendo la bandera desplegada
Corramos hacia el templo de la gloria,
En ruinas sepultemos a Granada,
[p. 262] ¡El fuego alumbrará nuestra victoria!
Y empuñando la mano ardiente espada,
De nuestros triunfos la inmortal memoria
Escribamos con sangre en sus almenas,
Y rompamos por fin nuestras cadenas.»

Calló el Ferí, sus últimos acentos
Por las concavidades retumbaron
Y llevados en alas de los vientos
En lejanos espacios resonaron;
Dejaron los ancianos sus asientos
Y los mozos sus armas empuñaron
Y al joven capitán, al extranjero,
Contestó así Gazul, viejo y guerrero:

«También Toledo vió y Sevilla un día
Triunfante el estandarte mahometano,
Y la fértil y rica Andalucía
Obedeció la ley del africano;
Imperio poderoso que temía
El reino de Aragón y el castellano,
Imperio que Almanzor llevó hasta el Duero
Y dilató con su glorioso acero.

Lleva al combate, a la victoria lleva
Las indomables huestes sarracenas,
Tu mano la pesada lanza mueva,
[p. 263] Dirige las legiones agarenas;
El nuevo triunfo, la victoria nueva,
Quebrante de tu patria las cadenas,
Que por jefe y caudillo te aclamamos
Y perpetua obediencia te juramos.»

Las últimas palabras del anciano
El pueblo repitió con voz de trueno,
Adelantóse el jefe mahometano
Hasta el centro del campo sarraceno
Y juró destruir el castellano
Imperio y el poder del nazareno,
Y romper de su patria las cadenas
Y conducir las huestes agarenas.

Mil valientes por jefe le aclamaron
Y vibrando las corvas cimitarras
Obediencia y respeto le juraron,

Y el eco resonó en las Alpujarras;
El pendón granadino tremolaron.
¡Castellano león, muestra tus garras,
Que con guerra amenaza ya tu seno
El oculto enemigo sarraceno!

La clara luz del sol se oscurecía
Y cubriendo la tierra denso velo,
Entre las sombras de la noche fría
[p. 264] Pálida luna iluminaba el suelo;
Y sus trémulos rayos dirigía
Por las espesas nubes que en el cielo,
Confusas y sin orden, semejaban
Fantásticos espectros que cruzaban.

[p. 265] CANTO II

Sacra suosque tibi commendat Troia penates.

(Virgilio, *Aen.*, lib. II, 293.)

ARGUMENTO.—Al recibir la noticia del alzamiento de los moriscos , convocan los Reyes Católicos a sus nobles.—Razonamiento del rey Fernando.—Se ofrece a la empresa D. Alonso Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán.—Contestación de la reina Isabel.—A la mañana siguiente D. Alonso reúne sus hombres de armas y marcha a Granada para unirse con los Condes de Ureña y de Cifuentes.—Profecía del Betis.

Apenas por las puertas del Oriente
Con su manto bordado de oro y grana,
Anunciando del sol la luz ardiente,
Prestando claridad a la mañana,
Mostró la aurora su risueña frente,
Oscureciendo el brillo de Diana;
Abriéronse a los nobles de Castilla
Las puertas del alcázar de Sevilla.

Los llama el Rey Fernando, que blasones
Del reino de Aragón y el Castellano
Enlazando de España en los pendones,
Hizo temblar al bárbaro africano;
[p. 266] Terror de los infieles escuadrones
La fe ensalzó y el nombre de cristianos,
Dominó de Granada las murallas
Invocando al Señor de las batallas.

Y aquella reina, cuya eterna fama
Escrita está con páginas de gloria,
A quien Castilla por su madre aclama
Y guarda de su nombre la memoria,

La que ardió de la fe en la santa llama
E hizo inmortal su nombre y su victoria,
Isabel de Castilla soberana,
Gloria y honor de la nación hispana.

Los grandes y los nobles de Castilla
Por sus reyes y príncipes llamados
Del Betis claro a la tranquila orilla,
Abandonan su hogar y sus estados,
Acuden al alcázar de Sevilla
A la voz de la patria convocados,
Y a defender su religión y leyes
Corrieron al palacio de sus reyes.

Ocupa el trono, a la derecha mano,
La noble reina y ciñe la corona
Del reino de León y el castellano,
Áurea diadema, que su sien corona;
[p. 267] Y rige el rey con poderosa mano
El cetro de Aragón y Barcelona;
Y el trono los magnates rodeando
Les dirigió su voz el rey Fernando:

«Próceres y magnates castellanos,
Caudillos vencedores de Granada
Y terror de los reyes mahometanos,
Afilad al combate vuestra espada,
Porque ya los infieles africanos
Tremolan su bandera desplegada,
Amenazando, ¡sedición impía!,
Hundir en polvo nuestra monarquía.

En vano de Granada en las almenas
Ondean nuestros ínclitos pendones,
Y en vano ya las huestes sarracenas
Huyen de los castillos y leones;
Porque ese pueblo rompe sus cadenas
Y al ímpetu y furor de sus legiones,
No resisten almenas ni murallas
Ni fuertes cotas de aceradas mallas.

Cual torrente que rompe sus riberas
Inundando los campos desbordados,
Y arrollando sus diques y barreras
Dilata su corriente, arrebatado,
[p. 268] Así vuelan las árabes banderas;
Y el pueblo sarraceno encadenado
Vibra en su mano la pesada lanza
Y corre presuroso a la venganza.

Y súbito en la cima de la sierra

Tremolan de Granada los pendones,
Óyese el grito de venganza y guerra
Y el rápido volar de sus bridones;
Armada multitud cubre la tierra
Y corren al combate sus legiones
Y hacen que el viento y que los aires rompa
El ronco son de la guerrera trompa.

Caudillos y guerreros castellanos,
Corred a defender vuestros hogares,
Porque ya los infieles africanos
Amenazan el trono y los altares;
Y lanzas y paveses mahometanos
Conduce la Discordia a vuestros lares,
Y teñirán en sangre sus aceros
De Libia y Mauritania los guerreros.

Si caballeros sois y en vuestras venas
Corre la noble sangre castellana,
Si no teméis las huestes agarenas,
Ni toda la potencia mahometana;
[p. 269] Si brilla de Granada en las almenas
La santa cruz de redención cristiana
Y del Genil a la argentada orilla
Llevasteis los pendones de Castilla;

Si la Discordia conturbó la tierra,
Rasgando del abismo las entrañas,
¿Quién ha de alzar en la desnuda sierra
El blasón noble de las dos Españas?
Y pues sois invencibles en la guerra
¿Quién clavará el pendón en la montaña?
Si caballeros sois y sois cristianos
Mostrad, pues, el valor de castellanos.»

Calló el rey de Aragón y los magnates,
Que en profundo silencio le escuchaban
Y sintieron llamarse a los combates,
Un confuso murmullo levantaban;
Como azotan las olas con embates
En los mares las rocas, se agitaban
Pretendiendo correr a las batallas,
Defender de Granada las murallas.

Alzóse al fin de Córdoba un guerrero,
De Córdoba nacido en los jardines,
Gentil y valeroso caballero,
Capitán de Granada en los confines,
[p. 270] Que, más limpio que el sol su blanco acero,
Al escuchar el son de los clarines,
Tiñó con sangre mora en cien batallas,

Tiñó su cota de aceradas mallas.

Es D. Alonso de Aguilar el fuerte
Que libró a la sultana de Granada,
Que se lanzó mil veces a la muerte
Por su Dios, por su rey y patria amada;
Es D. Alonso cuya triste suerte,
Del Darro en las orillas lamentada,
Eterniza en sus páginas la historia
Y guarda de sus hechos la memoria.

«¡Oh reyes!, exclamó, si es que la muerte
Puede arrancarme de la patria mía,
Si es que ha querido mi cansada suerte
Que en temprana y tristísima agonía,
¡Oh dulce patria!, tenga que perderte,
Por ti yo moriré con alegría.
¡Oh reyes, escuchad, que el castellano
Cetro regís con poderosa mano!

El fuerte y valeroso caballero
Que cuelga al cinto la temida espada,
Que tiñe en sangre su desnudo acero
Y se viste el arnés y la celada,
[p. 271] El que combate cual leal guerrero
Al pie de una muralla derribada,
Y abandona su patria y sus hogares
Por defender el trono y los altares,

O vuelve vencedor en cien batallas
Y clava victorioso en las almenas
De su feudal castillo en las murallas
Triunfante las banderas sarracenas,
Cuelga la cota de aceradas mallas
Terror de las legiones agarenas,
Porque en el peto y la acerada cota
Más de una lanza infiel ha sido rota;

O si enemiga la fortuna impía,
En medio del estrago y la matanza,
Entre las sombras de la noche fría,
Al caballero en el sepulcro lanza,
Si ha querido la suerte que en un día
De algún brazo alevoso la venganza
Corte cobarde su preciosa vida
Y le atraviese con traidora herida;

Morirá sin temor, porque la gloria
Quedará de su nombre y de su hecho,
Y le guarda en sus páginas la historia
Triste recuerdo de su fuerte pecho;

[p. 272] Quedará de su nombre la memoria
Y cuando duerma en el sangriento lecho
El Señor de los cielos y la tierra
Recordará que ha muerto en buena guerra.

Sí, caballeros somos y cristianos,
Y juro por la fe de caballero
Que he de alzar los pendones castellanos,
Si alcanzo la victoria, como espero;
Y contra los infieles africanos,
Teñido en sangre mi desnudo acero,
La voz de patria y religión me manda
Que venza o que perezca en la demanda.

Y si Dios ha querido que yo muera
Y no vuelva a los muros de Sevilla,
Y que corra mi sangre la primera
Del Verde Río en la sangrienta orilla,
Aunque mayor mi sentimiento fuera,
Moriré por la gloria de Castilla,
Moriré por su trono y por su ley,
Por mi Dios, por mi patria y por mi rey.»

«Y si mueres, que Dios te dé su gloria,
Dijo la noble reina de Castilla,
Y quede de tu nombre la memoria,
Del Betis claro en la tranquila orilla;
[p. 273] Y si alcanza tu brazo la victoria
Y vuelves a los muros de Sevilla
Triunfante y vencedor en cien combates,
El primero serás de los magnates.

El Señor encamine tus legiones
Puesto que eres cristiano y caballero;
Bendiga de Castilla los pendones,
Pues de Dios y de su ley eres guerrero;
Y pues fe y religión son tus blasones,
Y más limpio que el sol tu blanco acero,
Al combatir al árabe enemigo
De Dios la bendición vaya contigo.

Por la fe de Granada en las almenas
Brilla la cruz de redención cristiana,
Y por la fe las huestes agarenas
Huyen de la bandera castellana;
Porque la fe rompió nuestras cadenas,
Derribé la pujanza mahometana,
Y nos abrió un camino por los mares
Para ensalzar la cruz y sus altares.

¡Guerrero de la fe, marcha a la sierra,

Tremola la bandera castellana,
Y si mueres en santa y buena guerra,
Y si corta una lanza mahometana
[p. 274] El curso de tus días en la tierra,
Dios premiará tu abnégación cristiana;
Y si vuelves triunfante y sin mancilla,
Por vencedor te aclamará Castilla!»

Era la aurora del siguiente día
Y triste apareció y oscuro el cielo,
Y perdieron las flores su alegría
Y cayeron marchitas en el suelo;
Y en la fértil y rica Andalucía
Una voz resonó de desconsuelo;
Las madres los acentos escucharon
Y a los pechos sus hijos apretaron.

Una voz se escuchó en los corazones,
Y resonando su postrer acento,
¡Ay de Castilla, dijo, y sus campeones!
Y tembló la ciudad en su cimiento,
Temblaron los castillos y leones,
Y estremecióse en su profundo asiento
El trono y el alcázar de Sevilla,
Mansión de los monarcas de Castilla.

Mas D. Alonso de Aguilar salía
Con la primera luz de la mañana;
Tropa de mil valientes le seguía
Y su gente aguerrida y castellana
[p. 275] Hacia las Alpujarras dirigía
Contra la raza bárbara africana;
Desplegando al viento su bandera
Llegan del Betis claro a la ribera.

El padre Betis elevó su frente,
De lirios y espadañas coronada,
Y detuvo sus aguas tristemente;
Detuvo su corriente arrebatada,
Y cesando el murmullo del torrente,
A los vientos calmó su voz sagrada,
Y mirando a los muros de Sevilla
Anunció los destinos de Castilla.

¡Cisne del Betis, tú divino Herrera,
Suave cantor de la sonante lira,
Quién tu sonora voz y arpa me diera
Y aquel sagrado numen que te inspira
Del Guadalquivir en la ribera,
Tu dulce canto, que de amor suspira,
Y en cuanto baña el mar y Cintio dora

Hace inmortal el mundo de Eliodora!

Así el Betis habló: «¡Triste Castilla!
¿Qué será de tus bravos campeones?
¿Quién volverá a los muros de Sevilla?
Y rotos los castillos y leones,
[p. 276] ¿Quedará en tus escudos tal mancilla?
A la muerte conduces tus legiones.
¡Verted mares de llanto, castellanos,
Pues que sois caballeros y cristianos!

¿A dónde vais, a dónde vais perdidos?
¿A dónde vais caudillos y guerreros?
¿Sois aquellos valientes tan ternidos?
¿Sois aquellos gallardos caballeros?
Y ¿sois aquellos nobles no vencidos,
Que tiñeron en sangre sus aceros,
Y vistiendo la cota y la armadura
No temieron jamás la muerte dura?

¡Los de acerada cota y fuerte espada!
¿Sois los que del Genil en la ribera,
Al viento vuestra enseña desplegada,
Con fuerte corazón y fe sincera,
Corristeis a los muros de Granada
Y alzasteis de Castilla la bandera
Sobre rotas almenas y murallas,
Conquistadas con sangre en cien batallas?

Vuestros padres con brío afortunado,
Caballeros sin tacha y sin mancilla,
Triunfantes en las Navas y el Salado,
Vencedores de Córdoba y Sevilla,
[p. 277] Sobre el trono del godo, destrozado,
Levantaron el trono de Castilla;
Un rey sobre paveses elevaron
Y una corona ante sus pies postraron.

Vosotros herederos de su gloria
De su valor y su entusiasmo ardiente,
Acatando su nombre y su memoria
Volasteis del Genil a la corriente;
Alcanzó vuestro brazo la victoria
Y temblaron los reyes del Oriente,
Huyendo los leones africanos
Al sentir los guerreros castellanos.

¡Mas, ay, cuánta coraza, cuánto escudo,
Cuánto cuerpo de nobles destrozado,
Lleva el Río Verde, con silencio mudo,
En su rauda corriente arrebatado!

¡Ay, que ese suelo, estéril y desnudo,
Con sangre castellana fué regado,
Y esos tigres hambrientos de matanza
En la sierra cumplieron su venganza!

Sí, D Alonso, en la escarpada sierra,
Cual bueno y valeroso caballero,
Morirás, combatiendo en santa guerra,
Tiñendo en sangre tu fulmíneo acero;
[p. 278] Pero tu nombre quedará en la tierra,
Y se levantará un nuevo guerrero,
Y saldrá un vengador de tus cenizas,
Pues con tu sangre el suelo fertilizas.»

[p. 279] CANTO III

¡Río Verde, Río Verde,
Tinto vas en sangre viva,
Entre ti y sierra Bermeja
Murió gran caballería!

(Romancero General.)

ARGUMENTO.—D. Alonso sale de Granada con sus gentes y se dirige a sierra Bermeja.—Envía uno de sus vasallos al castillo de Aguilar con un mensaje para su hijo mayor, D. Pedro de Córdoba.—Llegada del capitán.—Su entrevista con su tío.—Éste sale del castillo para unirse con su padre.—Llegan a las orillas del Río Verde.—Combate sostenido contra los moriscos acaudillados por Gazul.—Muerte de Nuño, escudero del Conde de Cifuentes.—Los cristianos retroceden, pero el Conde de Ureña reanima su valor y pone en fuga a los musulmanes.—Muerte de Gazul.—Al caer la tarde, llegan a las entrañas de la sierra D. Alonso, su hijo y el Conde de Ureña, mientras el Conde de Cifuentes queda al pie de los montes para proteger, en caso necesario, la retirada.—Historia de un castillo, situado en aquellos riscos.—Los castellanos sientan los reales cerca de sus muros.—El Ferí asalta sus tiendas durante la noche y pone fuego al campamento.—Espantosa derrota de los cristianos.—Retirada del Conde de Ureña.—Muerte de D. Pedro de Córdoba.—Combate personal de D. Alonso y el Ferí de Benestepar.—Muerte de Aguilar, que expira al ver la cabeza de su hijo.

Nota.—Según la historia, D. Pedro no murió en el combate, sino que salió muy mal herido, y fué salvado por un escudero de su padre, pero tratándose de un hecho no muy conocido, me he tomado la libertad de alterar en esto sólo sus circunstancias. (Véase la advertencia preliminar.)

En medio de la rica Andalucía,
Cercada de murallas y de almenas,
Se eleva la ciudad que fuera un día
Asiento de las lunas agarenas;
[p. 280] La que sus estandartes dirigía
Por todas las provincias sarracenas,
La que desde la Alhambra y la Alcazaba
A Málaga y Guadix leyes dictaba.

La ciudad que, de España en los confines,
Sobre alfombras.y cármenes de flores,
Entre mirtos, laureles y jazmines,

Sin temer de la guerra los horrores,
Agotaba en palacios y en jardines
La copa del placer y los amores,
Corriendo sus jinetes por la vega
Que el manso Darro con sus aguas riega.

Era la noche y con su negro manto
Los montes y los valles ocultaba;
Triste Granada, en soledad y llanto,
En la confusa sombra vigilaba;
Y D. Alonso de Aguilar, en tanto,
La ciudad con su gente abandonaba,
Seguido por valientes adalides
Que la victoria coronó en las lides.

Marchando van por la tranquila orilla
Al ronco son de trompas y atambores,
Siguiendo el estandarte de Castilla,
Con paso silencioso entre las flores,
A vengar de su patria la mancilla,
[p. 281] Calmar su acerbo llanto y sus dolores,
Caminando serenos a la muerte
Sin temer los rigores de la suerte.

Con noble corazón y altiva frente
A la batalla el de Aguilar se lanza,
De su patria el amor le impele ardiente
No la bárbara sed de la venganza;
Arroja su corcel espuma hirviente,
Carga su brazo el peso de la lanza
Y brilla de su yelmo entre el plumaje
El águila, blasón de su linaje.

Pende a su lado la cortante espada
Que desnudó de Loja en el combate,
Cuando salvé la hueste destrozada
Del mahometano al poderoso embate
Y firme protegió su retirada
Sin clavar al bridón el acicate,
Hasta que vió volver a los infieles
Las riendas de sus rápidos corceles;

Y desnudó otra vez en Vivarrambra,
Vengador de la tribu abencerraje,
Al rodar en los patios de la Alhambra
Las cabezas de aquel noble linaje,
Cuando en torneos y morisca zambra
[p. 282] Lanzaron los zegríes vil ultraje,
Cuando allí los valientes perecieron,
Cuando lanzas las cañas se volvieron.

Y entrando luego en la ciudad sitiada
Con cuatro caballeros castellanos
Lidió por la sultana de Granada
Contra cinco caudillos africanos.
¿Quién cantará tu gloria señalada?
¿Quién el valor dirá de dos hermanos?
Porque emularon, sí los Aguilares
Triunfos de Garcilasos y Pulgares.

Su hermano, que Gonzalo se llamaba,
En Nápoles laureles recogía,
Para su rey un trono conquistaba
Y una corona ante sus pies ponía;
Y de Francia las lises humillaba,
La gloria de su patria engrandecía,
Y en la margen del claro Garellano
Hizo inmortal el nombre castellano.

Se alzaba D. Alonso entre sus gentes
Como el ciprés erguido en la colina,
Y se elevaba sobre altivas frentes
Como el nudoso tronco de una encina.
Con el Conde de Ureña, el de Cifuentes
[p. 283] Por la orilla que al Darro se avecina,
Conducen a la lucha sus guerreros,
Denso tropel de pajes, y escuderos.

Vinieron al combate de éste día
Los que ciñe de Gades la barrera,
Vinieron del confín de Andalucía
Los hijos de Archidona y Antequera,
Los que pisan los campos de Almería
Y del Genil habitan la ribera,
De Granada la vega y las arenas
Do vierte el Darro el oro de sus venas.

De Córdoba dejaron las murallas
Y de Aguilar siguieron los pendones,
Soldados de Aguilar en las batallas,
Vasallos con sus armas y blasones
Vistiendo cotas de aceradas mallas;
Oprimiendo la espalda a los bridones,
Siguiendo de los montes el camino,
Van los hijos del Betis cristalino.

Sólo faltaba un adalid valiente
Entre tantos gallardos capitanes,
Mozo gentil, en juventud ardiente,
Criado de la guerra en los afanes,
Que el noble fuego de la patria siente,
[p. 284] Y entre lanzas, escudos y alazanes

En el castillo de Aguilar criado,
Para la guerra fué predestinado.

Dirige, ¡oh musa!, el vuelo a las murallas
Que de Aguilar coronan las almenas,
El genio invocaré de las batallas
Cuando cante las huestes sarracenas,
Cuando rotos los petos y las mallas
Y teñidas en sangre sus arenas,
Arrastre el Río Verde destrozadas,
Lanzas y arneses, grebas y celadas.

De la luna a los tibios resplandores,
Pendientes de su cinto los aceros,
Al castillo feudal de sus señores,
Se encaminan armados caballeros;
No resuenan ni trompas ni atambores,
En silencio los pajes y escuderos
Siguen el estandarte donde brilla
La cruz y los leones de Castilla.

Ya un guerrero sintió desde una almena
El paso de los brutos andaluces;
Al caer de la puerta la cadena
El resplandor de antorchas y de luces,
Prestando claridad a aquella escena,
[p. 285] Iluminando las cristianas cruces,
Descubrió a los armados castellanos
Que llegaban guerreros sevillanos.

Rodrigo, que por su señor regía
De aquel fuerte castillo la tenencia,
Las llaves, como alcaide, poseía,
Viejo lleno de canas y prudencia.
Dirigióse al que jefe parecía
De D. Alonso por la triste ausencia,
Y dijo: ¿Qué buscáis en esta tierra?
¿Acaso apellidáis para la guerra?»

«Vasallos somos de Aguilar el fuerte,
Le respondió el armado caballero,
Y marchamos en busca de la muerte
Guiados por el brillo de su acero.
No tememos reveses de la suerte,
No nos alcanzará su pie ligero,
Nunca volvió la cara al enemigo
La enseña de Aguilar, noble Rodrigo.

A D. Pedro de Córdoba me envía,
Pues de Granada mi señor se aleja,
Y antes de ver la luz del cuarto día

Ya sus gentes verán Sierra Bermeja.»
Y D. Pedro de Córdoba que oía
[p. 286] Estas palabras, las almenas deja,
Y el jefe al ver de D. Alonso al hijo,
Hincando, en tierra la rodilla, dijo:

«Tierno renuevo de la ilustre rama
Que con sangre creció de tus mayores,
El bélico clarín a guerra llama,
Y resuenan las cajas y atambores,
Porque en el pueblo infiel prendió la llama
Y gimen de la sierra los alcores;
Se estremecen del monte las encinas
Y el musulmán oprime las colinas.

La soberana que tu patria rije
Y empuña el noble cetro castellano,
A D. Alonso de Aguilar elige
Y entrega el estandarte de su mano;
Porque el pendón en la Alpujarra fije
Contra el furor del pueblo mahometano;
Si sangre de Aguilar corre en tus venas
Deja de este castillo las almenas.»

«Dadme una lanza, sí, dadme una lanza,
Siento en mi mente inspiración del cielo,
Dadme el caballo, que en correr alcanza
De los vientos el presto y raudo vuelo.»
Y de la cumbre al llano se arrojaba
[p. 287] Cual rayo que hace estremecer la tierra,
De las cavernas retumbando el seno
Al bravo son del poderoso trueno.

Terrible fué el encuentro y en pedazos
Rotas fueron las haces musulmanas,
Mas resistieron los robustos brazos
El empuje de lanzas castellanas;
Y unidos luego con estrechos lazos,
Brillando cimitarras africanas,
El ruido se escuchó de los guerreros
Y el triste rechinar de los aceros.

Cual suelen en las fraguas de Vulcano,
Del Etna en las entrañas escondidas,
Con el martillo en la pesada mano
Sacudiendo las masas encendidas,
En los yunques herir y al aire vano
Formar roncos estruendos y estampidas,
Ocultos en el seno de los montes
Estérope feroz, desnudo Bronte,

Pues tal era el estruendo del combate
Al pie de la Alpujarra sostenido;
Ni el castellano su pendón abate,
Ni el musulmán se retiró vencido;
Estréllase en las gentes del magnate,
[p. 288] Cual las olas del mar embravecido,
Cuando un peñasco su furor refrena,
Van a morir en la menuda arena.

Empuñando un acero damasquino
Entró en la lid un bárbaro africano,
De nombre y de linaje sarracino,
De religión y patria mahometano;
De los desiertos de Numidia vino
Llamado por el ruego de su hermano,
Que en Lanjarón y en Güéjar dominaba
Y como rey su pueblo gobernaba.

Pero Núñez, mancebo que en Granada,
Sintió correr sus años juveniles,
Que se encontraba en la ciudad sitiada,
Cuando cumplió los diecinueve abriles,
El más gallardo que ciñera espada,
De corazón y alientos varoniles,
Y del Conde de Fuentes escudero,
A la batalla se lanzó el primero.

El trance de la lid incierto y vario
En silencio miraba la Alpujarra,
Pero el joven cayó, pues el contrario,
Levantando la corva cimitarra,
Derribó la cabeza a su adversario;
[p. 289] Como león ensangrentó su garra
Y la sangre bañó la faz hermosa,
Cual de Sidón la púrpura preciosa.

Lanzó un grito la hueste del guerrero
Y otro grito el caudillo mahometano.
Teñido en sangre su desnudo acero
Se lanza por el campo castellano;
No resiste paje ni escudero
El rudo acometer del africano;
Dondequiera que va la muerte lanza
Movido por el ansia de venganza.

Pero el Conde de Ureña, dirigiendo
A sus gentes la voz, se arroja airado
Y el sarraceno va retrocediendo;
Mas Gazul, a morir determinado,
Su ya vencida gente deteniendo,
Gritó feroz con ánimo irritado:

«Muslimes, es el día de la gloria,
Id a buscar la muerte o la victoria.»

Resisten como fieras el embate,
Bajo sus pies estremecióse el suelo,
Entre el fragor y estruendo del combate
El polvo sube a oscurecer el cielo;
Marte su escudo con la pica bate,
[p. 290] Tiende sobre las nubes denso velo,
El sol sus claros rayos oscurece,
Crece la niebla y la batalla crece.

Cual luchando en la orilla el ponto brama
Y en las rocas se estrella su corriente,
O abrasa selvas resonante llama
Encendiendo en los bosques fuego ardiente
Que en las ásperas cumbres se derrama,
Arde el fresno, laurel, pino eminente,
Y caen al fuego de la mies vecina
Añejo roble y sacudida encina,

Tal, regando los bárbaros la tierra,
En torrentes de sangre derramada,
Húyendo van por la desnuda sierra
Del castellano la sangrienta espada.
Con sus vasallos el de Ureña cierra
Y D. Alonso va con su mesnada,
D. Pedro de Córdoba les guía,
Que el estandarte de su rey seguía.

La arena se tornó sangriento lago,
Gazul, el viejo, con furor pelea,
Pero una flecha por el aire vago,
Cortó su vida sin que el triunfo vea;
Creció la confusión, creció el estrago
[p. 291] Y los suyos dejaron la pelea,
Huyendo como fieras a los montes
A ocultarse en remotos horizontes.

Tendió en tanto la noche el denso velo,
La casta luna, que con faz serena
De los mortales míseros el duelo
Alumbra y su dolor y triste pena,
Roja brillaba en la mitad del cielo
Iluminando la sangrienta escena,
Cubierta de cadáveres y espadas,
De lanzas y armaduras destrozadas.

Llegó, pues, el ejército cristiano
De la desnuda sierra a las entrañas,
Donde espacioso se formaba un llano

Rodeado de altísimas montañas;
Un collado, de nieves siempre cano,
Dominaba aquellas fértiles campañas
Y un torrente impetuoso se despeña
Haciendo un ronco son de peña en peña.

Un castillo se alzaba en la espesura
Coronado de muros y torreones,
Bosques de adelfas, selvas de verdura,
Cercaban los deshechos murallones;
Y entre las sombras de la noche oscura,
[p. 292] Agitando los árabes pendones
El viento, que silbaba en sus almenas,
Semejaba rumor cual de cadenas.

Y es fama que en aquella fortaleza,
Do estrellan su furor los huracanes,
En los brazos del ocio y la pereza,
Siguiendo de la caza los afanes,
Un godo de valor y de nobleza
Fatigando sus perros y alazanes,
Moraba de sus torres al abrigo
Cuando reinaba el infeliz Rodrigo.

Y combatió a su lado en Guadalete,
Mostrando su valor y su venganza
En un potro de Córdoba jinete;
Doquier vibraba su nudosa lanza
Tremolaban las plumas de su almete
Y de su férreo brazo a la pujanza,
Formando de cadáveres un puente
Sucumbian los hijos del Oriente.

Y triunfante, gallardo y animoso,
Llevando muerte, asolación y guerra,
Rompió por las escuadras victorioso
Y sembró de cadáveres la tierra;
Y triunfante en el choque peligroso
[p. 293] Volvióse a su castillo de la sierra,
Seguido por sus fieles compañeros
Y teñidos en sangre sus aceros.

Era una noche, y su estrellado manto
Ocultaban los densos nubarrones,
Era una noche de terror y espanto,
Velaban en el muro los campeones.
Y del ave agorera el triste canto
Resonaba en los góticos torreones,
Rasgaba de sus bóvedas el seno
La ronca voz del pavoroso trueno.

Mas del castillo la ferrada puerta
Giró sobre sus quicios y dinteles,
Y por el oro a la traición abierta
Dió paso al escuadrón de los infieles.
Vieron los godos su desdicha cierta,
Brillaron los turbantes y alquiceles,
Y Muza apareció con sus falanges
Desnudos en sus diestras los alfanjes.

El noble godo la batalla mira
Y perdiendo el terror y la esperanza
En la hueste se arroja, ardiendo en ira,
Vibra y revuelve la pesada lanza;
La negra muerte con sus alas gira,
[p. 294] Terrible es de los godos la matanza,
Quinientos con su jefe perecieron
Y todos como buenos sucumbieron.

Y aquel viejo torreón abandonado
Quedó, entre las inmensas soledades,
Por el viento y las lluvias azotado,
Por el ronco furor de tempestades.
Y yace entre sus ruinas sepultado
Aquel señor de torres y ciudades;
Aún su voz en las bóvedas retumba
Y su castillo le sirvió de tumba.

Aquí sentó sus reales el de Ureña,
Claro D. Diego, honor de los Girones;
De Castilla enarboló la enseña,
Desplegó de su casa los pendones.
Y D. Alonso, al pie de una alta peña,
Reunió sus leales campeones,
Al estruendo del agua que corría,
Esperando la luz del nuevo día.

Cual hambriento león que en los desiertos
Del África sedienta y abrasada,
De sangre y de cadáveres cubiertos,
Lame su garra de matar cansada,
Y con ligero paso, entre los muertos,
[p. 295] A su caverna va de retirada
Y lanzando al llegar triste rugido
Sobre la ardiente arena cae rendido,

Tal dormía el ejército cristiano
Al pie de la muralla destruída,
Cansado el invencible castellano
De la sangrienta lucha sostenida,
Cual la espuma del férvido Oceano
De las rocas al pie queda dormida.

Y no se descubría gente armada
Cuando salió el Ferí de una emboscada.

Con el furor que el impelido viento
Desgaja de los árboles la rama,
Se lanza al castellano campamento
Y prende en él la abrasadora llama
Y enciende el pabellón en un momento;
Y el fuego por las tiendas se derrama,
Y sube en espirales hasta el cielo
Rasgando de la noche el denso velo.

Y en medio del estruendo y la matanza
Discurren por las tiendas los infieles
Y en la dormida gente su venganza
Ejecutan feroces y crueles;
Y del Ferí la poderosa lanza,
[p. 296] Arrollando jinetes y corceles
La tierra de cadáveres sembraba
Y la sangre cristiana derramaba.

Y la sangre a torrentes se vertía,
Y de la muerte la visión horrenda
Envuelta en humo y polvo discurría
Del de Aguilar a la abrasada tienda
Que el fuego lentamente consumía.
Cae de sus ojos la funesta venda
Y ve su campo roto y destrozado,
En sueño y en olvido sepultado.

Cabalga en su corcel, vuela el magnate,
Se cubre con su férreo capacete,
Su noble corazón de gloria late,
Las árabes falanges acomete;
Se lanza en lo más recio del combate,
Y volando las plumas de su almete,
Se arroja a la batalla con denuedo
Desnudando la espada de Toledo.

Mas todo en vano fué, bárbaro estrago
El muslim por los reales esparcía;
En sus alas arrastra el aire vago
El fuego que las tiendas consumía,
Y convertido en un sangriento lago
[p. 297] El valle, que los muertos recibía,
Y en el polvo jinetes y trotones,
Humeaban los rojos pabellones.

Rompiendo con los suyos el de Ureña,
Derribando jinetes y alazanes,
Pudo llegar a una elevada peña

Cansado de la lucha y los afanes,
Y desplegando la cristiana enseña,
Con pocos de sus fieles capitanes,
Unióse con el conde de Cifuentes
Que el campo custodiaba con sus gentes.

Mas D. Pedro de Córdoba ya vuela
A vengar de los suyos la derrota
Hiriendo su caballo con la espuela,
Viendo su fuerza ya deshecha y rota:
Alto el escudo, en ristre la arandela,
Cubierto el pecho de acerada cota,
Revuelta atrás la roja sobreveste,
Al hombro el capellar azul celeste.

Tremolaba en su yelmo roja pluma
Que el viento desplegaba y sacudía,
Gallardo joven con su peso abruma
El guerrero alazán que el Betis cría.
Jadeante el corcel lanzaba espuma
[p. 298] Que por los frenos y el pretal corría;
De Aquiles el bridón así volaba
Cuando su carro por Ilión rodaba.

Era su yelmo rico y reluciente,
Adornado de varia pedrería,
Con las perlas que vienen del Oriente,
Con labores de fina argentería.
Entre sombras su luz resplandeciente,
En la batalla a sus soldados guía,
Y brilla del mancebo la armadura,
Como el ardiente fuego en noche oscura.

Puesta en el puño la siniestra mano
Pende a su lado la tajante espada,
Por artífice insigne castellano
Del Tajo en las orillas fabricada;
Ya sonando el acero toledano
En rica vaina de marfil grabada;
Blancas las armas, cual nobel guerrero
Sin empresa, sin cifra ni letrero.

La istriada lanza acomodó en la cuja,
Y al campo se lanzó de los infieles
Haciendo que su hierro pase y cruja
Turbantes y dorados alquiceles
Que bordó con primor sutil aguja,
[p. 299] Y ricos mantos de forradas pieles.
Le vió en la lid y le gritó su padre:
«Vete y consuela a tu afligida madre;

No muera de mi casa la esperanza,
No perezca su gloria en este día.»
Pero era tarde ya, la férrea lanza
Que el de Benestepar fuerte blandía,
Y en medio del estrago y la matanza
Cual rayo destructor aparecía,
Hirió al noble corcel y el castellano
Soltó las riendas y apartó la mano.

Rompió su lanza y arrojóla al viento,
En tierra descendió, junto a un peñasco,
Una flecha pasó, cortando el viento,
Y atravesóle el acerado casco,
Y lanzóse sobre él en un momento
Abdalha con su alfange de Damasco;
Cortóle la cabeza y en su lanza
Clavóla como enseña de venganza.

¡Oh musa, dame versos, dame flores
Para esparcir sobre la tumba fría
Del joven que mostraba en sus verdores
A sus abuelos emular un día!
Permiteme que entone sus loores;
[p. 300] Cuando en los muros de Aguilar nacía,
«Tú D. Pedro serás, dijo el destino,
Corto ha de ser el áspero camino».

Cual nace en el jardín purpúrea rosa
Al rojo despuntar de la mañana,
Y la halagan los céfiros hermosa
Desplegando sus hojas de oro y grana,
Mas del agricultor mano oficiosa
Corta la flor y por el aura vana
Disipado su aroma y desteñida
Al perder su color pierde la vida;

Como la nave, que dejando el puerto
Entre torrentes de nevada espuma,
Mirando el mar ante su quilla abierto
Las aguas corta cual ligera pluma,
Mas de improviso el cielo ve cubierto
En negra oscuridad, en densa bruma,
Y cae, después de resistir en vano,
En el seno del férvido Oceano,

Tal el mancebo, que ciñó la espada,
Siguiendo de su padre las banderas
En la sangrienta lucha de Granada
Y del fresco Genil en las riberas,
Perdió su triste vida, en flor cortada,
[p. 301] De la sierra en las ásperas laderas,

Cual lirio que, al pasar, tronchó el arado
O pisa el niño cuando está enojado.

Destrozadas las haces castellanas
Y deshecho su ejército altanero,
Resistía a las fuerzas mahometanas
El de Aguilar con su fulmíneo acero;
Cercábanle las huestes africanas,
Y solo el valeroso caballero,
Sostenía una lucha sempiterna
Cual león acosado en su caverna.

«El campo abandonad, dijo Rodrigo,
Pues ¿qué nos resta ya?» «Sólo la muerte,
Pero nunca ceder al enemigo
Sin sucumbir al brazo de la suerte.
Eterno lauro con valor consigo
Y moriré cual caballero fuerte,
Pues ¿qué dirán los nobles de Castilla,
Si vuelvo derrotado y con mancilla?»

Vió caer sus leales servidores
Y todos perecieron como buenos,
De su Dios y su patria defensores,
Al filo de los hierros agarenos.
Y vertida su sangre en los alcores
[p. 302] De la tierra bañó los hondos senos,
Y cayeron tras luchas y fatigas
Como caen en el campo las espigas.

Sólo quedaba D. Alonso, rota
En partes mil su poderosa lanza;
La aguda punta de su acero bota,
Aun sembraba el terror y la matanza;
Deshecho el peto y la acerada cota,
Perdida de salvarse la esperanza,
Muerto a sus pies el alazán guerrero
Aún lucha el invencible caballero.

Cierra con él en desigual combate,
El jefe del ejército africano,
Resiste de su lanza el rudo embate,
Herido, el indomable castellano;
Atraviesa el acero del magnate
El caballo que monta el mahometano;
El noble bruto a vacilar empieza,
En tierra cae y dobla la cabeza.

Saltó veloz el ofendido moro
Y desnudó la bárbara cuchilla
Que en el escudo dió golpe sonoro,

Donde la empresa del guerrero brilla:
El águila imperial en campo de oro
[p. 303] Al pie de los leones de Castilla
Y partida su adarga en tres cuarteles
Por antiguo blasón trece roeles.

Levantó el noble la sangrienta espada
Y, cubierta su mano con el guante,
Al darle en la finísima celada
El golpe descargó sobre el turbante,
Y sintiendo su sangre derramada
El hijo belicoso del Levante,
Arrojando el acero de Damasco
Que hundir pudiera el acerado casco,

El puñal desnudó que al diestro lado
En la vaina de acero le pendía,
Que con sangre cristiana fué bañado
En la jornada atroz de la Ajarquía,
Y lanzando su estoque destrozado
El de Aguilar, que a su contrario vía
Con el rojo puñal en sangre tinto,
Sacó la daga de su férreo cinto.

Cual luchan en Marsilia dos dragones,
Enlazando las colas escamosas,
Tal combaten los fuertes campeones
Y resuena en las cumbres peñascosas;
Vienen a tierra como dos leones
[p. 304] En las llanuras secas y arenosas:
«Soy D. Alonso», repitió el guerrero,
«Y yo el Ferí», le respondió altanero.

Y al oír aquel nombre de venganza
Vió el noble la cabeza de su hijo
Enclavada en la punta de una lanza.
Ni pudo hablar, ni una palabra dijo,
Y perdiendo su última esperanza,
Sin resistir aquel dolor prolijo,
Vió el universo para él desierto
Y cayó como cae un cuerpo muerto.

Será eterna y sagrada su memoria
En cuanto baña el mar y Cintio dora,
Para siempre inmortal será su gloria
Mientras preceda al sol la blanca Aurora
Y guardará en sus páginas la historia,
El triste llanto con que España llora
La pérdida tan triste y dolorosa
De un hijo por quien ella fué famosa.

¡Oh cara, ilustre prenda, quién pudiera
Tu ingenio y tu valor mayor que humano
En voz cantar que perdurable fuera
Por todo cuanto abraza el Oceano!
Que si el acerbo fin no previniera
[p. 305] El largo paso de tu orgullo ufano,
Tú fueras, D. Alonso, en todo el mundo
Mayor que fué tu hermano sin segundo.

Cayeron los valientes campeones
Al pie de aquella gótica muralla
Y fueron arrollados sus pendones
Y deshecho el arnés, rota la malla,
Y diezmada la flor de sus legiones,
Quedó su juventud en la batalla.
Su pérdida lloró Castilla entera
Porque el año perdió su primavera.

[p. 307] INTRODUCCIÓN HISTÓRICA [1]

Del abismo en los senos escondido
Poderoso castillo está fundado,
De triple almena y foso guarnecido
Y de altas torres por doquier cercado;
Y su cimiento viejo y carcomido,
De Aqueronte a la margen fué sentado:
Digna morada al ser que en ella habita
La que el furor y el odio siempre excita,

La que viste de luto a las naciones
Y guerra y destrucción siembra en su suelo,
La que entre sí destroza los campeones
Y muerte arrastra en su ligero vuelo.
[p. 308] Ella es quien oscurece los blasones,
Ella quien de las madres es el duelo,
En ruina los imperios precipita,
El odio y los rencores ella irrita.

Las leyes rasga con sangrienta mano,
Cetros y tronos en el polvo hundiendo,
Es la enemiga del linaje humano
Larga copia de males esparciendo;
Es quien hace enemigo a un pueblo hermano
Ira, venganza y ambición vertiendo,
Es, en fin, la Discordia tan temible,
Furia hasta en el infierno aborrecible.

Es la horrible Discordia fementida,
Llamas arroja por su vista ardiente,
Es la Discordia con la sien ceñida
De sangrientos cabellos de serpiente;

De lanzas sobre un haz está tendida,
El más leve rumor doquiera siente,
Su mano agita vengadora tea,
Muerte y desolación sólo desea.

Lleva una copa en la sangrienta mano,
De males llena y de venganza henchida,
Y de ella vierte en el linaje humano
El odio y la ambición aborrecida;
[p. 309] Soberbia y vanidad, orgullo vano
La copa encierra, de áspides ceñida;
La sangre y hiel rebosa allí mezclada
Con tósigo mortal emponzoñada.

El poderoso rey del centro oscuro,
Ángel que fué del cielo derribado,
Víctima loca de su orgullo impuro,
Del Averno a los senos arrojado,
De la Discordia se acercaba al muro;
Sobre sus negras alas elelvado
Llegó al umbral y la ferrada puerta
Sobre estridentes goznes giró abierta.

Tembló al estruendo el infernal monarca,
Tembló el viejo castillo en su cimiento,
Tembló Caronte en su escondida barca,
Tembló el abismo en su profundo asiento;
Cuanto el averno en sí cierra y abarca,
Cual hojas agitadas por el viento,
Temblaron; la Estigia cenagosa
Detuvo su corriente perezosa.

La Discordia tembló, su rostro horrendo
Elevó desde el lecho en que yacía,
Y al príncipe rebelde descubriendo,
En él fija la vista detenía.
[p. 310] El tentador en vivo fuego ardiendo,
Cólera respirando y saña impía,
Y con voz que al infierno mismo altera,
A la Discordia habló de esta manera:

«Bien recuerdas el día lastimoso
En que nuestros pendones elevados
Contra el Señor y Rey tan poderoso,
Por sus legiones fueron arrollados;
En medio del estruendo fragoroso
Al hondo abismo fuimos arrojados;
Funesto día que grabóse eterno
Con negra piedra en el profundo Averno.

Quise arrastrar en mi desobediencia

Al padre y tronco del linaje humano;
Desoyendo la voz de su.conciencia
A la rama fatal llevó la mano;
Gustó por fin del árbol de la ciencia,
Con su loca soberbia el fruto vano,
Fruto que a su perdición le llevaría
Porque era de fatal sabiduría.

El Señor, que en el cielo desplegado
Más allá de los aires tiene asiento,
Que calma con su voz el mar hinchado,
Cuando sus ondas embravece el viento.
[p. 311] El Señor cuyo trono está sentado
Sobre la nube dócil a su acento,
Tendió su vista al valle de amargura
Y vió su predilecta criatura.

Vióla de males y dolor cercada,
Y vió que su existencia cada día
Estaba a muerte condenada,
Y vió que el crimen y el dolor hería
A su posteridad en él manchada,
Y vió que sangre y lágrimas vertía,
Del universo fábrica preciosa,
La primer criatura y más hermosa.

Cual suele horrible tempestad undosa
Los mares agitar en su hondo asiento,
Y ola tras ola elévase espumosa
Y ruge el aquilón con ronco acento,
Y surcando la niebla vagarosa
El rayo cruza y atraviesa el viento,
Con el trueno los antros retumbando
Y el relámpago ardiente centellando,

Y cálmanse las ondas de repente
Y vuelve a su reposo el mar hinchado,
Y Febo presta ya su lumbre ardiente
Al cielo, ora de nubes despejado;
[p. 312] Deslizase dulce y mansamente
El mar por leves brisas agitado
Y sus aguas en paz surcan las naves
Cortando el aire las pintadas aves,

Así la indignación de Dios calmóse,
Cual calma su furor mar espumante,
Y su cólera ardiente sosegóse,
Cual nube que ocultara el sol radiante;
Habló, y a sus acentos suspendióse
De arcángeles el coro en el instante,
Retemblando a su vez en son profundo

Los ejes de la fábrica del mundo.

Al hombre sus destinos anunciaba
Del Supremo en la mente concebidos,
Sus secretos designios revelaba
Del Eterno en los senos escondidos,
Al trabajo y sudor le condenaba,
Paz y reposo por su mal perdidos;
Y el suelo que a sus plantas florecía
Sólo abrojos y espinas le darla.

Y corriendo las horas presurosas
Del tiempo el veloz curso arrastraría
En sus ligeras alas vagarosas
De gloria y redención el santo día,
[p. 313] Y que nuestras cervices orgullosas
La planta de una Virgen hollaría,
Madre de Dios y Virgen bienhechora,
Consuelo del mortal que fiel la implora.

Y corrieron los siglos y olvidando
De la ley natural los fundamentos,
Los hombres sus pasiones escuchando
Erigieron suntuosos monumentos,
Y a sus deidades templos elevando
Sobre la arena fundaron sus cimientos;
Y ofreciendo cruentos sacrificios
Culto prestaron a sus propios vicios.

Y el humo del incienso negó al cielo
En las sangrientas aras esparcido,
Y la sangre del templo cubrió el suelo
A profanas deidades erigido;
Y el ángel protector en raudo vuelo
Abandonando el suelo maldecido,
Cubrió su rostro y apartó la vista
Y a la mansión llegó do siempre asista.

Y cumpliéndose el plazo señalado
Y la tierra en tinieblas sumergida
Y el vicio por doquier entronizado
Y la virtud oculta y perseguida;
[p. 314] De su destino el hombre ya olvidado
Y la luz natural oscurecida,
De gloria y redención se oyó la hora
En las comarcas que el Oriente dora.

Y el eco resonó hasta los desiertos
De la sedienta Libia y Mauritania
Y de la Escitia en los peñascos yertos,
Y en los salvajes bosques de Germania

A romana legión jamás abiertos,
Y en las nevadas rocas de Britania,
En la soberbia Albión, en Caledonia,
Y en los perpetuos hielos de Laponia;

Y en las costas sonó y el mar de España,
Y del dorado Tajo en la ribera
Y en la que el Betis con sus ondas baña
Amena y fertilísima pradera
Y del Pirene en la áspera montaña,
Cuna y solar de la nación ibera,
Del Ebro claro en la tranquila orilla
Y en los feraces campos de Castilla.

Esparta en el Taigeto edificada,
Que a la Grecia forjaba las cadenas,
Corinto sobre el istmo levantada,
Argos y Olimpia, Tebas y Micena,
[p. 315] Bizancio sobre el Bósforo fundada,
La ciudad de Minerva, sabia Atenas,
La falsa y corrompida nación Jonia,
La fuerte y poderosa Macedonia,

La rica Tiro, que sobre los mares
Su imperio dilataba y extendía,
La que en frágiles leños sus hogares
A apartadas regiones conducía;
La que a Hércules el libio erigió altares,
Sidón de su esplendor émula un día,
Oyeron a su vez la buena nueva
Que aquella vieja sociedad renueva.

El orgulloso pueblo rey del mundo,
Sobre siete colinas elevado,
De gloria y deshonor suelo fecundo,
En sangre ajena y propia mancillado,
El que llevó su imperio al mar profundo,
Y el orbe tuvo ante sus pies postrado,
Vió al rojo Tíber amagar sus lares
Y vacilar sus ídolos y altares.

De Vesta vió apagarse el fuego ardiente,
Temblar el Quirinal y el Palatino,
Y el viejo Capitolio oscilar siente
El escudo de Rómulo Quirino,
[p. 316] Y la ciudad que baña el Simoente
El Paladión fatal a su destino;
Y el carro de Júpiter sonoro
Giró en los ejes de sus ruedas de oro.

¿Es que de Breno la pesada lanza

Audaz se clava en la ciudad abierta?
¿Es que su espada arroja en la balanza
Y en precio pone la ciudad desierta?
¿Es que de Epiro el rey a Roma avanza?
¿Es que el cartaginés llega a su puerta?
¿Es que del circo en la sangrienta arena
Del esclavo Espartaco el grito suena?

No, que de Roma la pasada gloria
Será en densas tinieblas sepultada
Y el ara temblará de la victoria
En la eterna ciudad abandonada;
De su esplendor no quedará memoria
Y yacerá en el polvo derribada,
Ruina será el antiguo Capitolio
Y ruina de los césares el solio.

En la cima del Gólgota sangriento
Una cruz afrentosa se elevaba,
Rugía el aquilón con ronco acento
El aire tristemente resonaba,
[p. 317] Y temblando Salem en su cimiento
Del sacro templo el velo se rasgaba;
Sus losas los sepulcros entreabrieron
Y con fragor las piedras se movieron.

El claro sol su luz oscurecía
Por no ver los desórdenes del suelo,
Y su carroza de oro detenía
Ocultando su rostro en denso velo;
Sus términos airado el mar rompía
Elevando sus olas hasta el cielo,
Su impetuosa corriente dilatando
Y a la tierra sus ondas azotando.

Y volviendo a su cárcel tenebrosa
Las furias del abismo desatadas,
A la negra tiniebla pavorosa
Con nuevo espanto fueron arrojadas,
Y del averno sima cavernosa
En el oscuro centro encadenadas;
La tierra abandonaron torpemente
Que rescatara al fin sangre inocente.

Los ídolos cayeron aquel día
Y derribados fueron los altares,
Y Roma se aprestó a la guerra impía
Por la defensa de sus dioses lares;
[p. 318] Y odio y ciego furor y saña impía
Esparció el fanatismo en los hogares
De la patria cruel, en grato asilo

De Curio, de Fabricio y de Camilo.

Y el ciego y el cruel pueblo romano,
Al carro de los Césares uncido,
Sujeto al férreo yugo de un tirano,
A los pies de Calígula rendido,
Víctima de Nerón y Domiciano,
Por el imbécil Claudio envilecido,
Al sangriento espectáculo corría
Y ¡a las fieras, cristianos!, repetía.

La púrpura imperial ya desgarrada,
Roto de Augusto el cetro poderoso,
El águila orgullosa ya humillada
Por el persa y el godo belicoso,
La potencia romana dilatada
Hasta el Indo y el Ganges caudaloso,
Vió arrollados sus ínclitos pendones
Y el rostro vió volver a sus legiones.

Saliendo de la Escitia y la Germania,
Del inhospitalario Ponto Euxino,
De la nevada Albión y la Britania
Nueva raza que cede a su destino,
[p. 319] Lanzóse hasta la Libia y Mauritania;
Y en el romano imperio abrió camino
El vándalo y el suevo y el alano,
El escita cruel, godo y germano.

Cubrieron los bárbaros la tierra,
Bajo sus pies estremecióse el suelo
Y al mundo amenazó sangrienta guerra
De sus corceles el fogoso vuelo;
Ante su paso enmudeció la tierra,
Ante su vista oscureciése el cielo,
Y las fieras huyeron pavorosas
A sus negras cavernas tenebrosas.

Y ¿Roma al precipicio conducida,
De sangre y de placeres embriagada,
Al borde de la sima adormecida,
Ya de su gloria antigua está olvidada?
¿En dónde está su juventud temida?
¿Por qué no empuña ya la ardiente espada?
¿Dónde está su valor, dónde su historia?
¿Qué fué de su grandeza y de su gloria?

Que ya de Atila llegan los leones
Y hollando están del Tíber las riberas,
De Genserico avanzan los pendones
Y cubren ya de Italia las praderas;

[p. 320] Y del godo Alarico las legiones,
Al aire desplegadas sus banderas,
Pisan el Quirinal y el Esquilino,
Clavan sus tiendas ya en el Palatino.

Roma cayó, cayó el poder romano,
Tronos, imperios, Césares cayeron;
Sus ruinas arrastrando el polvo vano,
Las torres a su peso se rindieron;
Esclava del escita y del germano,
Luto y desolación su faz. cubrieron,
Y presa de enemigos escuadrones
Partieron sus despojos las naciones.

Y los godos a España descendieron,
Tremoló su pendón en Barcelona,
Sus armas y blasones extendieron
A Arlés, a la Provenza y a Narbona;
Los vándalos y galos sometieron,
Clavaron su estandarte en Carcasona,
Y de Toledo al muro brilló un día
La Cruz que Recaredo alzado había.

Lanzó el infierno en su profundo seno
Un grito de rencor y de venganza,
Lleno de horror y de terrores lleno
Hacia la tierra el fanatismo avanza;
[p. 321] En el Asia esparció letal veneno,
En Arabia fatal semilla lanza
Y temblé la ciudad de Constantino
Al soplo airado del furor divino.

Y los hijos del Yemen cual torrente
Que rompe desbordado su ribera,
O cual cruza los aires rayo ardiente
Estremeciendo la celeste esfera,
Temblar hicieron el tranquilo Oriente,
Y en Bagdad y en Damasco su bandera
Triunfante tremoló; del Nilo al Ganges
Dominaron la tierra sus falanges.

Después... la antigua goda monarquía,
Que del cántabro mar al gaditano
Sus amas dilataba y extendía,
El fuerte y poderoso trono hispano,
El trono que Toledo, alzara un día,
El reino que humilló el poder romano,
Su cetro, su corona hundirse veo
En las sangrientas ondas del Leteo.

Y rindieron las cuchillas agarenas

Cuanto circunda el mar y el Betis baña;
Su indómita cerviz a las cadenas
Del hijo de Ismael dobla la España;
[p. 322] De Sansueña y Toledo las almenas
Derriba de los árabes la saña,
Y tinto en sangre arrastra el Guadalete
El carro y el caballo y el jinete.

De Pirene en las rocas escarpadas
Se estrella la soberbia sarracena
Y crúzanse en el aire las espadas
Y el grito de venganza ya resuena,
Y triunfan las legiones arrolladas
Del Guadalete en la sangrienta arena;
Huye a su vista el hijo del desierto,
De polvo y sangre y de sudor cubierto.

Y del dorado Tajo a la ribera
Llegaron del Rey Casto los pendones,
Y en la ciudad de Ulises su bandera
Triunfante tremolaron sus legiones;
Rotas fueron sus haces en Junquera,
Pero unidos castillos y leones
Huye el árabe infiel de su pujanza
Y su valor decrece y su esperanza.

El triunfo de las Navas y el Salado
Vengó del Guadalete la mancilla;
El manto de Almanzor ya desgarrado,
Abren sus puertas Córdoba y Sevilla.
[p. 323] En árabe mezquita enarbolado
El glorioso estandarte de Castilla,
Rompióse de Granada en las almenas
El postrer eslabón de sus cadenas.

Llegaron de Castilla los pendones
A las desiertas playas africanas
Y vió el Tirreno mar sus galeones,
Los vió surcar las ondas sicilianas;
Y vió temblar del galo las legiones
Al brillo y al fulgor de armas hispanas,
Y a los pies de Gonzalo vió a los reyes
Y vió a la Italia obedecer sus leyes.

Pues bien; vuelve la vista a esas praderas
Que el claro Betis con sus ondas baña,
Ve cuál dejan de Hesperia las riberas
Y de Pirene la áspera montaña,
Tremolan de Castilla las banderas
Lejos ya de las costas de la España,
Que no bastaba un mundo a su deseo

Y otro surgió del seno de Nereo.

A su prosperidad quiero oponerme
Y derribar la cruz de sus almenas;
El blando sueño de la gloria duerme
Quiero forjar de nuevo sus cadenas;
[p. 324] Ni un punto me es dado detenerme,
Reanímense las huestes agarenas,
Hombres produzca la desnuda tierra,
Armados brote la escarpada sierra.

Tu esclava soy, repuso la Discordia,
Ley de tu voluntad y tu deseo,
Y el sol alumbrará de nuestra gloria
En las negras orillas del Leteo,
Y el fantasma fugaz de la victoria
Agitando su falso caduceo,
Hacia la triste España se encamina
Y a sus fértiles costas se avecina.

[p. 325] FÁBULA DE PÍRAMO Y TISBE

Imitación de los Metamorfóseos de Ovidio

Píramo de los jóvenes de Oriente
El más hermoso fué, y a Tisbe amaba,
Tisbe, la que entre todas excelente,
De ninfas en el coro dominaba;
Unióles en la infancia amor ardiente,
Creció con la tardanza; alimentaba
Sus locas esperanzas y su fuego
El triste amor, el inconstante y ciego.

En la ciudad que edificó de Nino
La infiel esposa y la cercó de muros
De cocido ladrillo, abrió camino
De industria amor a corazones duros,
Y Píramo de Tisbe fué vecino;
Una pared los separó seguros,
Y trataron confiados sus amores,
Mas el tiempo llegó de los dolores.

[p. 326] Quiso el amor unir sus corazones,
Los lazos estrechar quiso Himeneo,
Satisfacer quisieron sus pasiones,
Y término poner a su deseo;
No lograron sus vanas pretensiones,
Ni el dulce fin de tan dichoso empleo,
Y de sus padres voluntad sagrada
Les impidió la unión tan deseada.

En noche silenciosa determinan,
Los guardas y testigos engañando,
De su casa salir; luego caminan,
De la ciudad el muro abandonando;
Al sepulcro de Nino se encaminan,
En el bosque sus pasos ocultando,
Hasta llegar a la floresta umbrosa,
Morada de las Ninfas deleitosa.

Sombra prestaba a una cercana fuente,
Con blancas frutas un moral erguido
Que eleva ufano su orgullosa frente,
Árbol por los amantes escogido
Para satisfacer su amor ardiente;
Éste fué el sitio oscuro y elegido.
Ya la noche tendió su negro manto,
De las ligeras aves cesó el canto.

[p. 327] En las tinieblas de la noche fría
Ocultóse del sol la luz ardiente,
La pura claridad del nuevo día;
Y la luna mostró pálida frente,
Y Tisbe cautelosa dirigía
Sus ciegos pasos a la helada fuente,
Ocultando su rostro denso velo,
Y sin marcar las huellas en el suelo.

Al sepulcro llegó, y allí sentóse
A la sombra del árbol elevado;
Su amante pensamiento recreóse
En el recuerdo del ausente amado.
Despreció su peligro y olvidóse
Del sitio oculto, espeso y retirado,
Prestóle audacia amor y sus ardores,
Probó la amarga copa de dolores.

Cansada del estrago y por la boca
Lanzando espuma con la sed ardiente,
Con pisada veloz el suelo toca,
Viene a apagar su sed en la corriente,
Ciega de ira y furor, de saña loca,
Viene a enturbiar las aguas de la fuente,
Que con sus hojas el moral corona,
Teñida en roja sangre una leona.

[p. 328] A los pálidos rayos de la luna
Tisbe la divisó y a un antro oscuro
Huyó, dejando en manos de fortuna,
Al desdichado amante mal seguro.
La persiguió desde la tierna cuna
Fatal estrella e inconstante el hado,

La negó gustos, dichas y placeres,
Y desgraciada fué entre las mujeres.

Llegó la fiera a la vecina fuente,
De Tisbe desgarró el manto en el suelo,
Satisfizo su sed en la corriente;
Con prestos pasos y ligero vuelo
A la selva corrió, y amor ardiente
A Píramo llevó al sitio elegido
Por mal de los amantes escogido.

Vió en el polvo de sangre los vestigios,
Y el manto de su Tisbe desgarrado,
Reconoció de muerte los indicios,
De todo su sentido enajenado.
Una noche verá dos sacrificios,
Exclamó el joven, triste, infortunado;
Tisbe fué digna de más larga vida,
Su corazón atravesó mi herida.

[p. 329] Por mí corrió tu sangre derramada
Sobre las frescas yerbas, y teñido
En sangre fué tu manto, y colorada
La rosa fué con el humor vertido;
Del tierno cuerpo el ánima arrancada
Al reino del espanto fué temido,
De la noche y el Caos mansión dina,
Morada de Plutón y Proserpina.

¿Por qué vine el postrero? ¡Ah! desdichado,
Leones que habitáis estas cavernas,
¿Por qué no desgarráis a un desgraciado?
¿Mis tristes penas han de ser eternas?
¿Para siempre he de ser infortunado?
Vuestra rabia mostrad, furias internas,
Mis entrañas rasgad con mano impía,
Tienda su velo ya la muerte fría.

Cobarde soy en desear la muerte,
Y si al menos en fin tan inhumano,
¡Ah! si al morir pudiera al menos verte,
Y pudiera estrechar tu débil mano
En el instante mismo de perderte;
Ya ni me resta este consuelo vano,
Y en tu infeliz, tristísima agonía,
Robóme este consuelo suerte impía.

[p. 330] Tomó el velo de Tisbe y dirigióse
A la sombra del árbol escogido,
En sus espesas ramas ocultóse,
Y lágrimas vertió sobre el vestido;

Al elevado tronco recostóse,
Besó el velo, de rojo humor teñido,
Y «recibe la sangre de mis venas,
Este consuelo resta ya a mis penas.»

En el seno escondió la aguda espada,
La que el siniestro lado le ceñía,
Y por el corazón atravesada
De la caliente herida la extraía,
Y la preciosa sangre derramada
De negro el fruto del moral teñía;
Moribundo cayó en el seco prado,
Cual flor que fué cortada por arado.

Buscando al triste amante desdichado
Sin perder el temor Tisbe afligida,
Por no faltar al pacto concertado,
En tristes penas y en dolor sumida,
Hasta llegar al sitio señalado,
Por el espeso bosque fué perdida;
Admiró la mudanza de las flores,
Dudó un momento, viendo sus colores.

[p. 331] Vió sacudir los miembros temblorosos,
Mojada en sangre la desnuda tierra,
Volvió pie atrás con pasos presurosos,
Sus tristes ojos con temor los cierra,
Y pálida y con pasos temerosos
Vió de la muerte la terrible guerra,
Y vió las convulsiones de agonía,
Y de la muerte vió la mano impía.

Luego, reconociendo sus amores,
Detúvose, abrazando el cuerpo yerto,
Sintióse traspasada de dolores,
Vió el miserable fin de su concierto,
De su loca pasión vió los ardores,
Y al triste amante, ante sus plantas muerto.
Tembló, cual suele el mar airado alzarse
Y al soplo de los vientos agitarse.

Envuelto en sangre ya su amargo llanto,
Su hermoso rostro lágrimas regando,
Reconoció su desgarrado manto,
Su blando pecho hirió; luego mesando
Sus cabellos, envuelta en largo llanto,
Las heridas de Píramo besando,
«¡Ah Píramo! exclamó, ¿qué desdichado
Caso te arrebató, mi dulce amado?

[p. 332] Responde al llanto de tu Tisbe amada,

Oye mi voz, dulcísimo consuelo».
A Tisbe oyó nombrar, tan deseada,
Abrió sus ojos, los fijó en el suelo,
Y a Tisbe descubrió a sus pies postrada;
Tendióse de la muerte el negro velo,
La tierra recibió tristes despojos,
Sólo para morir abrió los ojos.

«Tu mano te mató con tus amores,
Así exclamó la joven desdichada,
Yo apuré la copa de dolores,
Yo seré para siempre desgraciada,
Para morir me bastan los ardores
De mi ciega pasión arrebatada;
Si tu mano y amor te dió la muerte,
Al sepulcro arrastró mi triste suerte.

Causa fuí de tu muerte y compañera
Seré también en el sepulcro helado,
Caerá mí yerto cuerpo en la pradera.
Por la cortante espada atravesado,
Y teñirá del Tigris la ribera,
El humor de las venas derramado;
Nada me arrancará ya de tus brazos,
Ni muerte romperá tan dulces lazos.

[p. 333] Si es que firme el amor, si última hora
Nuestras almas unió con dulces lazos,
Si es que el amor en vuestras almas mora,
Al dejar para siempre vuestros brazos
¡Oh tristes padres!, a quien mi alma adora,
Sólo os ruego ya que aquestos lazos
No rompan ni la muerte ni sucesos:
Cubra una tumba nuestros tristes huesos.

Y tú que con tus ramas, árbol triste,
Cubres de un amador el cuerpo helado,
Pues de negro color frutas teñiste
Y el lamentable caso de mi amado
En tus moradas flores escribiste,
Conserva siempre este color prestado,
Recuerdo de la triste vida mía,
Que cortó la segur de muerte impía».

Dijo; empuñando la caliente espada,
En la sangre de Píramo teñida,
Debajo de su pecho colocada,
El corazón atravesó la herida.
Y por sus tristes padres acatada
Fué su postrera voluntad cumplida,
Y los dioses también se la otorgaron,

Y las doncellas de Asia la lloraron.

[p. 334] En un mismo sepulcro sus cenizas
Tristes reposan y las negras moras
Conservan el color de eterno luto
Y a su memoria dan este tributo.

Barcelona, 29 de septiembre, 1871

[p. 335] ÉGLOGA VIII DE VIRGILIO

La Hechicera (Pharmaceutria)

Dedicada al Sr. D. Francisco M.ª Ganuza,
Catedrático en el Instituto de Santander.
Traducida directamente del texto latino.

Pastoris Musam Damonis et Alphesibei

El canto de Damón y Alfesibeo,
Que, de pacer las yerbas olvidada,
Escuchó la novilla embebecida;
El sabroso cantar, que estupefactos,
Fuera de sí, los linces admiraron,
Mientras detuvo su corriente el río;
El canto de Damón y Alfesibeo
Digamos, Musa, y tú que los erguidos
Peñascos del Timavo ya dominas,
Claro Polión, ¿cuándo será aquel día,
En que pueda cantar tus altos hechos,
Y por el mundo dilatar tu fama,
Y tus versos más dignos del coturno
De Sófocles? De ti tomé principio,
En ti he de terminar, pues que tú solo
Acogiste mis versos pastoriles,
Mi rústica zampoña y mis cantares;
Permite que esta yedra se entrelace
[p. 336] Al laurel de victoria, que tus sienes
Circunda, como premio a tus hazañas.
Apenas ya la noche tenebrosa
Tendió sobre los montes negro velo,
Al tronco de un olivo recostado
A cantar comenzó Damón cuitado.

Canto de Damón

Lucero matutino, que anunciando
El brillo y claridad del nuevo día,
Los montes y los valles alegrando,
Destierras a la noche helada y fría;

Apresura tu curso, y aguijando
Los caballos del rubio dios del día,
Contempla mis afanes y tristeza,
Y de mi infiel amada la crüeza.
Mientras me quejo y a los dioses ruego
(En vano, pues que nada he merecido),
Mientras me abraso vivo en este fuego,
Que triste y desdichado yo he encendido,
Y mientras loco, desgraciado y ciego,
Al morir, de la tierra me despido;
Levanta el son, zampoña, y los cantares
De Ménalo repite en los pinares.

Ménalo tiene bosques y cercados
Y los erguidos pinos, que cantores
Repiten los acentos pronunciados
[p. 337] Por inocentes ninfas y pastores;
Repiten sus acentos acordados,
Y repiten su amor y sus dolores;
Levanta el son, zampoña, y los cantares
De Ménalo repite en los pinares.

Únese a Mopso Nisa; ya el cordero
Aplacará su sed en la corriente,
Y el tigre, y el león, y el lobo fiero
Ya beberán con él en una fuente;
¡Ah Mopso! para ti sale el lucero;
Apaga las antorchas, que ya siente
Tus pasos Nisa; esparce ya las nueces
¡Ve ahí la esposa que tan bien mereces!
Levanta el son, zampoña, y los cantares
De Ménalo repite en los pinares.

¡Ah digna esposa de tu Mopso amado!
Desprecia a todos; penetrante vira
Traspase, cual arpón enherbolado,
Al triste pecho que de amor suspira;
Y di que ningún dios tiene cuidado,
Ni por las cosas de la tierra mira;
Levanta el son, zampoña, y los cantares
De Ménalo repite en los pinares.

Siendo pequeña, y con tu madre estando,
Te vi coger, sirviendo yo de guía,
Las mojadas manzanas, y alcanzando
La fruta de los árboles un día;
[p. 338] Era yo niño, y con la mano alzando
Los ramos de la tierra recogía,
Porque de once años ya mi edad pasaba,
Y desde aquel momento yo te amaba.
Levanta el son, zampoña, y los cantares

De Ménalo repite en los pinares.

Ya te conozco, amor; fuiste engendrado
De duros garamantas, o en las breñas
Del Ismaro fragoso y elevado,
Que azota el mar en las desnudas peñas;
Del Ródope en los peñascos sustentado,
Tu sangre procedió; que nuestras señas
No son las tuyas, ni de nuestra raza
Nace el que nudo tan cruel enlaza.
Levanta el son, zampoña, y los cantares
De Ménalo repite en los pinares.

Por ti, cruel, por ti, oh amor tirano,
La sangre de sus hijos derramada,
Y la sangre inocente de su hermano
Tiñó una cruda mano despiadada,
¿Fué ella más cruel, o tú inhumano?
Malvado fuiste tú, y ella malvada.
Levanta el son, zampoña, y los cantares
De Ménalo repite en los pinares.

Huirá el hambriento lobo del ganado;
Producirán manzanas las erguidas
[p. 339] Encinas, y el arbusto delicado
Electro sudará por las partidas
Cortezas, y en el roble sustentado
Narciso mostrará ramas floridas;
Títiro emulará el canto de Alceo,
En los mares Arión, en selva Orfeo.
Levanta el son, zampoña, y los cantares
De Ménalo, repite en los pinares.

Adiós, selvas; y cubran ya los mares
Los montes y los valles de la tierra;
Cubran de los pastores los hogares
Y aneguen las cabañas de esta sierra;
Porque abandono ya mis Dioses Lares
Y termino por fin tan triste guerra;
A las ondas me arrojo infortunado,
El adiós recibid de un desdichado.
Termina, Musa, ya tristes cantares,
Que en Ménalo repiten los pinares.
Esto cantó Damón; vosotras, Musas,
El canto repetid de Alfesibeo.

Canto de Alfesibeo

Trae agua, y tú circunda estos altares
De vendas y verbenas abundantes,
Y ofrece incienso tú a los Dioses Lares,

Que mágicos conjuros son bastantes
[p. 340] A que mi Dafni torne a sus hogares;
Mis encantos al fin serán triunfantes;
Atraviesa los mares mi conjuro,
Y vuelve a Dafni de su casa al muro.

Con mágicos cantares pronunciados
Puede la Luna descender del cielo;
Por Circe son los griegos transformados
Y ocultos de animales en el velo;
Con mágicos cantares, los helados
Áspides se revientan en el suelo;
Atraviesa los mares, mi conjuro,
Y vuelve a Dafnis de su casa al muro.

Y tres lirios te ofrezco lo primero,
De diverso color, de tres colores;
Que agrada al Dios el número tercero;
Y ofrezco un sacrificio a tus amores,
Y tu imagen llevar tres veces quiero
En tomo del altar que ciñen flores;
Atraviesa los mares, mi conjuro,
Y vuelve a Dafnis de su casa al muro.

Liga, Amarilis, liga con tres nudos
Estos lirios que tiñen tres colores;
Y no estén al ligar tus labios mudos,
Y en cada nudo di de los amores:
Yo los lazos estrechos y los crudos
Vínculos enlacé de los dolores.
[p. 341] Atraviesa los mares, mi conjuro,
Y vuelve a Dafnis de su casa al muro.

Cual la novilla de correr cansada
Por los espesos bosques, que buscando
Su toro por los montes, y olvidada
De que la tarda noche está ocultando
Los montes y los valles, fatigada
En la yerba se tiende, y escuchando
La fuente murmurar, queda dormida;
Así mi alma a Dafnis está unida.
Atraviesa los mares, mi conjuro,
Y vuelve a Dafnis de su casa al muro.

Así como este barro se endurece,
Así como esta cera se liquida,
Y un mismo fuego abrasa y enternece,
Así el alma de Dafnis a mí unida,
A todas las demás se empedernece;
La salsa mola esparce, y encendida
La rama de laurel en este fuego,

Pues que Dafnis me abrasa en amor ciego.
Atraviesa los mares, mi conjuro,
Y vuelve a Dafnis de su casa al muro.

Dejóme estos despojos el malvado,
Estas prendas queridas y estimadas,
Aquel Dafnis, por mí tan deseado,
A mi custodia las dejó confiadas;
[p. 342] Estas prendas me deben su cuidado,
A la tierra serán pues entregadas.
Atraviesa los mares, mi conjuro,
Y vuelve a Dafnis de su casa al muro.

Meris me dió estas yerbas poderosas
En los campos del Ponto producidas,
Porque es fértil el Ponto en venenosas
Yerbas, por hechiceros recogidas;
En figura de fieras pavorosas
Convertido vi al Meris, traducidas
De su lugar las mieses y evocadas
Las sombras levantarse ensangrentadas.
Atraviesa los mares, mi conjuro,
Y vuelve a Dafnis de su casa al muro.

Trae las cenizas, Amarilis mía,
Y arrójalas detrás en la corriente,
No vuelvas la cabeza al agua fría,
Veré si Dafnis el encanto siente;
De Dafnis moveré la mente impía,
Sienta su corazón amor ardiente,
Mas no escucha mi amor ni mis dolores,
Ni a mis ruegos atiende ni clamores.
Atraviesa los mares, mi conjuro,
Y vuelve a Dafnis de su casa al muro.

En las cenizas ya prendió la llama,
Y trémula circunda los altares,
[p. 343] ¡Buen agüero!; a la puerta alguno llama,
¿Es que mi Dafnis vuelve a sus hogares?
¿Será verdad o sueña aquel que ama?
¿O vuelve Dafnis ya a sus Dioses Lares?
Porque de Hilax se escucha ya el ladrido
Y se oye ya de pasos el ruïdo,
No atravieses los mares, mi conjuro,
Que es vuelto Dafnis de su casa al muro.

Barcelona, 16 de octubre de 1871.

[p. 345] ENSAYOS POÉTICOS

DE

Qui non es trist, de mos dictats non cur.

Ausias March, *Cants d'amor.*

SANTANDER

1875

[p. 347] A I. M.

DEDICATORIA

Donec vivam

Recibe de mis versos el presente
Debido a tu belleza soberana,
En tus aras tal vez ofrenda vana,
Tal vez recuerdo de mi amor ardiente.

Yo vi, señora, tu beldad rïente
En la sonante playa laletana,
Donde eleva Favencia la romana
Hacia las nubes su murada frente.

Te vi, te amé, mi corazón fué preso
Entre los rayos de tus claros ojos,
Entre las redes de tu crencha hermosa;

¡Feliz quien pueda, de tus labios rojos,
Ebrio de amor, arrebatar un beso,
Y venga sobre mí la muerte odiosa!

Santander, 10 de enero de 1875.

[p. 348] A I. M.

Tecum vivere liceat, tecum obeam libens.

(Hor. lib. III, 9.)

No sé por dónde lleva mi fortuna
El curso vago de mi incierta vida,
Por recios huracanes combatida,
Desde el primer sollozo de la cuna.

Ora esplendor de gloria me importuna
De la ciencia en las lides adquirida;
Ora es mi alma del amor herida,
Y me lamento al rayo de la luna.

Paso la vida entre memorias tristes,
Recordando la faz de mi Belisa;
Y como cera me deshace el llanto;

¡Oh los que alguna vez su rostro vistes,
Su dulce boca, su gentil sonrisa,
Decidme si hay olvido a tal encanto!

Madrid, 3 de octubre de 1874.

[p. 349] A I. M.

Ulcus enim vivescit et inveterascit alendo.
(Lucr. IV, 1061.)

Lágrimas rinden al varón robusto,
Llanto derrama el ternezuelo infante,
Lágrimas vierte el afligido amante,
Llora el mendigo y el monarca augusto.

Porque es el llanto entre el placer y el gusto
Recuerdo del dolor que va delante,
Y en la copa del néctar espumante
Mezclado con la dicha está el disgusto.

En el pesar es dulce medicina,
Que blanda cura las humanas llagas;
El llanto cava hasta la dura losa;

Rinda mi llanto, pues, madre Erycina,
Cual suave filtro de hechiceras magas,
El pecho de Belisa desdeñosa.

Santander, 15 de agosto de 1874.

[p. 350] A I. M.

Interea dum fata sinunt jungamus amores.

(Tib., Eleg. I, 1.ª, V . 69.)

Cual suele por las puertas del oriente
Al rojo despuntar de la mañana,
Desplegando su manto de oro y grana,
Mostrar la aurora su risueña frente

Y retratarse en límpida corriente,
Que murmurando entre las flores mana,
El rostro de la ninfa soberana
Guiando su carroza refulgente,

Así brillaste tú, dulce Belisa,
Ante mi vista ¡oh Dios! un solo instante;
Y yo pensé encontrar, ángel de amores,

Tu voz en el suspiro de la brisa,
En la faz de la Aurora, tu semblante,
Tu aliento en el perfume de las flores.

[p. 351] A I. M.

Tu modo sola places, nec iam, te praeter, in urbe
Formosa est oculis ulla puella meis.
(Tib., Eleg. IV, 13, V. 3 y 4)

Ensalce a Laura el amador toscano
En dulce canto y cítara sonora;
El que viva la amó, muerta la llora,
Condense en Beatriz saber cristiano

Con noble voz y aliento sobrehumano,
Por cuanto baña el mar y Cintio dora;
Haga inmortal el nombre de Eliodora
El divino poeta sevillano,

Y respondan las ninfas a su acento
Con dulce halago y apacible risa,
Del Betis en la plácida ribera:

Que al nombre celestial de mi Belisa
Al olvido darían su tormento
Dante, Petrarca y el ivino Herrera.

[p. 352] ELEGÍA a I. M.

Epicharis laudatur; ejus pulchritudo depingitur.

Mihi dulcis amorum sedes, pulcherrima virgo,
Quae facie praestas venustiore deas,

Pedibus alternis digna memorari Tibulli,
Candidior lacte candidaque nive;
Dicam oculorum lumen velut astra micantium,
Hecatae similium cum rupit illa nubes,
Et laxos crines capitis de vertice tortos,
Qui pectus tegunt turgentiaque poma,
Fluctibus densiores humero jactantur utroque;
Tales Aphroditem flexus habere credo,
Talis caesarie fuerat formosa Lacaena,
Pergami exitium trojanique regis;
Talis Berenices coma super astra locata,
Callimachi ingenio, docte Catulle, tuo.
Singula quid referam? manus tornatiles ipsas,
Gracilesque pedes, incessumque divum,
Et leves risus, blandaque murmura linguae,
Purpureo in ore provocante basia.
Felix qui dulcem possit exaudire loquentem,
Oscula loquenti qui tibi rapiat, felix!
Felix qui possit nuptam te ducere lectum,
Fulmine contactus dummodo postea cadat!

Santander, 3 de agosto de 1876.

NOTAS A PIE DE PÁGINA:

[p. 231]. [1] . Reproduzco estas líneas preliminares que puse al Poema al publicarlo por primera vez en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* (Números 1 y 2 de 1954), por creerlas necesarias para conocer la historia de esta composición juvenil de Menéndez Pelayo y para la justificación del por qué infringimos una orden terminante de D. Marcelino.

[p. 234]. [1] . Don Juan Pelayo y España, tío materno de don Marcelino.

[p. 242]. [1] . Luis del Mármol Carvajal, *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos de Granada.* Málaga, 1600, en folio.

[p. 243]. [1] . Conde, *Historia de la Dominación de los Árabes en España,* tomo III, página 209.

[p. 243]. [2] . D. Diego Hurtado de Mendoza, *Historia de la guerra de Granada.* Madrid, 1610. Edición de Luis Tribaldos de Toledo.

[p. 307]. [1] . *Nota del Colector.* —Esta larga Introducción histórica, que rompe la unidad del poema, la debió suprimir después el mismo D. Marcelino, pues no aparece en las copias definitivas que para la imprenta iba haciendo, con cuidada letra, su padre. Como no se ha intentado formar en este volumen una antología, sino aportar todo el material posible para el estudio de Menéndez Pelayo poeta, no hemos dudado en reproducir al final del poema el presente canto.

[p. 345]. [1] . *Nota del colector.* En un cuadernillo manuscrito y con esta portada reunió Menéndez Pelayo varios sonetos amorosos de los que seleccionó algunos que aparacieron en sus *Estudios Poéticos* y en *Odas Epístolas y Tragedias.* Los que ni en uno ni en el otro de estos libros se publicaron son los que damos ahora a la estampa.